

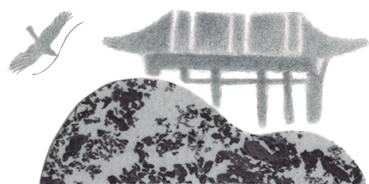
Chunhyangjeon

Anónimo



Samil Yang
Traducción

Samuel Castaño
Ilustraciones



Chunhyangjeon

Anónimo

Samil Yang

Traducción

Samuel Castaño

Ilustración

Chunhyangjeon

Biblioteca Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín, edición 7

© Alcaldía de Medellín - Secretaría de Cultura Ciudadana

© Editorial ITM

© Samil Yang, 2026

© Samuel Castaño, 2026

Primera edición, septiembre de 2026

Alcaldía de Medellín

ISBN impreso: 978-628-7751-52-1

ISBN digital: 978-628-7751-51-4

Autor

Anónimo

Traductor

Samil Yang

Ilustrador

Samuel Castaño

Correctora

Martha Caballero Jerez

Edición y diseño

Marcela Londoño Agudelo

Manuela Escobar Ortiz

Impresión

Divegráficas S. A.

Impreso en Medellín, Colombia

Printed in Medellín, Colombia

La Biblioteca Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín es un proyecto de la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín.

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Contenido

<i>Prólogo</i>	7
<i>서문</i>	11
<i>El mundo de Chunhyangjeon</i>	13
<i>춘향전의 세계</i>	15
<i>Primera parte</i>	
<i>Chunhyang y el joven Yi</i>	23
<i>Segunda parte</i>	
<i>El encuentro en el pabellón Gwanghan</i>	27
<i>Tercera parte</i>	
<i>La noche del encuentro</i>	41
<i>Cuarta parte</i>	
<i>La separación</i>	71
<i>Quinta parte</i>	
<i>El sufrimiento</i>	87
<i>Sexta parte</i>	
<i>El reencuentro</i>	121
<i>Notas</i>	179



Prólogo



Chunhyangjeon no es simplemente una novela clásica para los coreanos. Así como en Occidente muchos crecen escuchando o leyendo distintas versiones de la *Ilíada* desde la infancia, en Corea esta historia ha ocupado un lugar semejante. Es un relato que atraviesa generaciones, que se escucha, se reinterpreta y se vuelve a contar una y otra vez.

Ambientada en la Corea de la dinastía Joseon, una sociedad marcada por un rígido orden social, esta obra narra el amor entre un joven de la clase *yangban* y la hija de una *gisaeng*. Sin embargo, no se trata solo de una historia romántica. En su centro se entrelazan el amor y el orden social, la promesa y el poder, así como la dignidad humana. Por ello, *Chunhyangjeon* ha sido, antes que la historia de unos amantes, una narración que el pueblo ha hecho suya durante siglos.

Esta historia no se ha transmitido únicamente a través de la escritura. Durante mucho tiempo, *Chunhyangjeon* ha vivido dentro del *pansori*, una forma escénica en la que un solo intérprete conduce simultáneamente la narración, el canto, la música y la actuación. En este tipo de representación conviven el ritmo, la respiración, la improvisación y un intercambio vivo con el público.

Yo mismo, durante mi niñez, pasaba cada periodo de vacaciones en la casa de mis abuelos. En Boseong, una de las regiones centrales del *pansori* del sur de Corea, crecí escuchando

repetidamente esos cantos hasta que sus ritmos y entonaciones se volvieron parte natural de mi cuerpo. El habla particular de la región de Jeolla recuerda, en cierto modo, la manera en que los dialectos se integran naturalmente en el soul o en las músicas surgidas de comunidades afrodescendientes: no como una deformación, sino como una forma legítima de expresión.

Más aún, la respiración narrativa del *pansori* parece conectarse con tradiciones musicales de otras regiones. Así como el vallenato del Caribe colombiano une relato y ritmo, el *pansori* depende no solo de lo que se cuenta, sino también de cómo se conduce el tiempo de la historia. Aunque nacidas en contextos distintos, hay momentos en los que estas estructuras narrativas parecen reconocerse entre sí.

La mayor dificultad de esta traducción no fue la lengua en sí misma, sino la distancia del tiempo. El texto que tomé como referencia no corresponde al coreano contemporáneo, sino a una forma cercana al coreano antiguo. Por ello, fue necesario primero trasladar su sentido al lenguaje actual y luego llevarlo al español. Este proceso no consistió simplemente en traducir, sino en atravesar dos veces una distancia: del pasado al presente, y del coreano al español.

Tal vez por eso, durante esta traducción, terminé comprendiendo que la verdadera dificultad no estaba únicamente en las palabras, sino también en conservar algo del ritmo y de la respiración original del relato. Porque el *pansori* no vive solamente en lo que cuenta, sino también en la manera en que hace avanzar el tiempo: repite, acelera o se detiene. Y quizá toda gran narración conserve todavía algo de esa antigua relación entre la voz y la escritura.

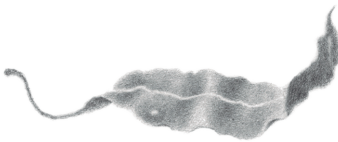
Al preparar esta traducción, la primera pregunta no fue solamente qué debía conservar, sino también qué debía evitar. Procuré apartarme del exceso de literalidad, de las frases planas propias de un folleto informativo, de la simplificación que reduce un clásico a un relato infantil, así como del artificio de imponer un castellano arcaizante inspirado en el Siglo de Oro. En cambio, busqué un español que pudiera leerse con naturalidad por el lector de hoy, sin renunciar a la dignidad literaria, al ritmo propio de los clásicos y a una elegancia sobria. Un lenguaje accesible, pero nunca liviano: ese ha sido el horizonte de esta versión.

Por consiguiente, lo más importante en esta traducción no fue la forma de las oraciones, sino la textura de la narración. Más que explicar o comentar el original, intenté que sus escenas, ritmos y emociones volvieran a vivir en español. Más que definir, quise mostrar; más que explicar, quise hacer oír.

Por eso, esta versión no busca una correspondencia literal línea por línea, sino otra forma de fidelidad: aquella que permite que la obra respire y pueda leerse con naturalidad en otra lengua sin perder su densidad humana y narrativa.

Chunhyangjeon pertenece a un momento específico de Corea, pero al mismo tiempo contiene conflictos que reaparecen en cualquier sociedad: poder y justicia, deseo y norma, imposición y fidelidad. Por lo tanto, espero que esta traducción no permanezca como un clásico lejano para los lectores latinoamericanos, sino que en algún momento pueda sentirse como una historia propia.

Deseo que este libro sea algo más que una introducción:
una prueba de que culturas distintas pueden compartir una
misma emoción.



서문



‘춘향전’은 한국인에게 단순한 고전소설이 아니다. 서구에서 어린 시절부터 다양한 버전의 ‘일리아드’를 읽으며 성장하듯, 한국에서는 이 이야기가 그러한 위치를 차지해 왔다. 세대를 넘어 반복해서 읽히고, 들리고, 다시 해석되는 이야기다.

조선 시대의 위계적인 사회를 배경으로, 이 작품은 양반 계층의 한 젊은이와 기생의 딸 사이의 사랑을 그린다. 그러나 이것은 단순한 연애담이 아니다. 그 중심에는 사랑과 사회 질서, 약속과 권력, 그리고 인간의 존엄이 서로 얽혀 있다. 그래서 ‘춘향전’은 연인의 이야기이기 이전에, 오래전부터 민중이 자신의 이야기로 받아들이며 온 서사이기도 하다.

이 이야기는 글로만 전해진 것이 아니다. 오랜 세월 동안 ‘춘향전’은 판소리라는 형식 속에서 살아왔다. 한 명의 소리꾼이 이야기와 음악, 연기를 모두 이끌어가는 이 독특한 공연 속에는 리듬과 호흡, 즉흥성과 관객과의 생생한 교감이 함께 존재한다.

나 역시 소년 시절, 방학이 되면 늘 할아버지 할머니 댁을 찾아갔다. 남도 판소리의 중심지 중 하나인 보성에서 들려오던 그 소리를 반복해서 들으며 자라면서, 그 장단과 억양은 자연스럽게 몸에 배어 들었다. 전라도 특유의 말투와 소리는 마치 흑인 음악에서 방언이 소울이나 랩 속에 자연스럽게 녹아드는 방식과도 닮아 있다. 그것은 변형이 아니라 하나의 표현 방식이기 때문이다.

더 나아가 판소리의 서사적 호흡은 다른 지역의 음악과도 연결된다. 콜롬비아 카리브 해안의 바예나토가 이야기와 리듬을 결합하는 방식처럼, 판소리 역시 무엇을 이야기하느냐뿐 아니라 어떻게 시간을 끌고 가느냐가 중요하다. 서로 다른 문화에서 태어났음에도 불구하고, 이러한 서사 구조가 서로를 비춰보는 순간이 존재한다.

이번번역에서가장큰어려움은언어자체가아니라시간의거리였다. 내가 참고한 텍스트는 현대 한국어가 아닌 고어에 가까운 언어였기 때문에, 먼저 그 의미를 오늘의 언어로 풀어낸 뒤 다시 스페인어로 옮겨야 했다. 이 작업은 단순한 번역이 아니라, 과거에서 현재로, 그리고 한국어에서 스페인어로 두 번의 거리를 건너는 과정이었다.

이번번역을준비하며가장먼저고민한것은무엇을옮길 것인가보다, 무엇을 피할 것인가였다. 지나치게 원문에 매인 직역투, 관광 안내문처럼 평평한 문장, 고전을 어린이용 이야기로 단순화하거나 축소하는 표현, 혹은 스페인 황금세기의 고어체를 억지로 덧씌우는 방식은 모두 피하고자 했다. 반대로 오늘의 독자가 자연스럽게 읽을 수 있으면서도, 문학적 품위와 고전 특유의 리듬, 그리고 가볍지 않은 우아함을 지닌 스페인어를 지향했다. 쉽게 읽히되 가볍게 읽히지 않는 언어, 그것이 이 번역이 택한 길이다.

그래서 이 번역에서 가장 중요하게 붙잡고자 한 것은 문장의 형태가 아니라 이야기의 결이었다. 이 번역은 원문을 설명하거나 해설하기보다, 장면과 리듬, 그리고 감정이 스페인어 안에서 다시 살아나도록 하는 데에 집중했다. 정의하기보다 보이게 하고, 설명하기보다 들리게 하는 것을 기준으로 삼았다.

그래서 이 번역은 문장을 그대로 옮기는 데에 머물기보다, 다른 언어 속에서도 이 이야기가 숨 쉬고 살아 움직일 수 있도록 하는 데에 더 가까이 다가가고자 했다.

‘춘향전’은 특정 시대의 한국 이야기이면서도, 동시에 어떤 사회에서나 반복되는 갈등을 담고 있다. 권력과 정의, 욕망과 규범, 강요와 충실함이 충돌하는 이야기다. 그래서 이 번역이 라틴아메리카의 독자에게 낯선 고전으로 남기보다, 어느 순간 자신의 이야기처럼 읽히기를 바란다.

이 책이 단순한 소개를 넘어, 서로 다른 문화가 같은 감정을 공유할 수 있음을 보여주는 하나의 증거가 되기를 바란다.



El mundo de *Chunhyangjeon*



Para comprender plenamente esta historia, es necesario asomarse, aunque sea brevemente, al mundo en el que nació.

Estas páginas no pretenden agotar la complejidad histórica de su contexto, sino ofrecer al lector algunas claves que le permitan acercarse naturalmente a este universo.

Chunhyangjeon se sitúa en la Corea de la dinastía Joseon, una sociedad marcada por un rígido orden social. En la cima se encontraba la clase *yangban*, formada por eruditos y funcionarios que concentraban el poder político, administrativo y cultural. Por debajo, distintos estratos delimitaban con claridad lo que cada persona podía o no podía ser, hacer o desear. La movilidad social era extremadamente limitada y, más que la riqueza, era el honor lo que definía el lugar de cada individuo.

Dentro de este sistema, las *gisaeng* ocupaban una posición particular. Eran mujeres formadas en música, poesía y artes, capaces de dialogar con la élite en un nivel cultural elevado, pero pertenecientes a un estrato social bajo. En el ámbito local, estaban vinculadas a la Administración y, en la práctica, podían ser convocadas por las autoridades para ofrecer entretenimiento en banquetes oficiales o reuniones públicas. Esta relación no respondía simplemente a una elección personal, sino a una estructura social que subordinaba sus vidas al poder local.

Esa autoridad recaía en el *satto*, el magistrado de cada región. Su figura concentraba funciones que, en otras tradiciones, estarían separadas: gobernaba, juzgaba y ejercía control directo sobre la población. En ausencia de contrapesos efectivos, su poder podía volverse arbitrario. Lo que para él era una simple orden, para otros podía significar el límite entre la vida y la destrucción.

En este contexto, la negativa de Chunhyang a someterse no constituye un gesto individual aislado. Es una ruptura profunda con el orden establecido. Rechazar la voluntad del *satto* no implicaba solo desobediencia: significaba desafiar una estructura que sostenía toda la sociedad. Por eso, su decisión adquiere un peso que va más allá del amor y se convierte en una afirmación de dignidad.

Frente a ese poder local aparece otra figura decisiva: el *eosa*, inspector secreto del rey. A diferencia de los funcionarios ordinarios, el *eosa* actuaba investido de una autoridad extraordinaria. Podía recorrer el territorio de incógnito, investigar abusos y ejercer justicia en nombre del monarca. Su llegada no representaba simplemente un cambio de autoridad, sino la irrupción de un orden superior capaz de restablecer el equilibrio quebrado.

La tensión entre estas fuerzas —el poder local y la justicia central, la imposición y la resistencia— sostiene el núcleo dramático de *Chunhyangjeon*. En ese espacio, la historia de dos personas termina convirtiéndose en algo más amplio: una reflexión sobre el poder, la lealtad y el valor de mantenerse fiel a uno mismo incluso cuando el mundo entero parece exigir lo contrario.

춘향전의 세계



이 이야기를 온전히 이해하기 위해서는, 그것이 태어난 세계를 비록 짧게나마 들여다볼 필요가 있다.

이 글은 그 역사적 맥락을 모두 설명하려는 것이 아니라, 독자가 이 세계를 자신의 경험 속에서 자연스럽게 이해할 수 있도록 돕기 위한 최소한의 단서를 제공하는 데 목적이 있다.

‘춘향전’은 조선 시대를 배경으로 한다. 이 사회는 매우 엄격한 위계 질서를 지니고 있었으며, 그 질서는 단순한 환경이 아니라 삶 전체를 조직하는 하나의 법과도 같았다. 그 정점에는 정치·행정·문화 권력을 모두 쥐고 있던 지배 계층, 즉 양반이 있었다. 그 아래로는 각기 다른 신분들이 뚜렷하게 구분되어, 개인이 무엇을 할 수 있고 무엇을 할 수 없는지가 명확히 정해져 있었다. 사회적 이동은 극히 제한되어 있었고, 부모라도 오히려 ‘명예’가 한 사람의 위치를 규정하는 중요한 기준이었다.

이러한 구조 속에서 기생은 독특한 위치를 차지하고 있었다. 그들은 음악과 시, 예술을 교육받은 존재로서, 높은 문화적 수준에서 양반들과 교류할 수 있었지만, 동시에 낮은 신분에 속해 있었다. 지방 사회에서 기생은 행정과도 연결되어 있었으며, 실제로는 관청의 필요에 따라 연회나 공식 자리에서 불려 나가야 하는 존재였다. 이는 단순한 개인의 선택이 아니라, 권력에 종속된 사회 구조 속에서 형성된 관계였다.

이러한 권력은 각 지역의 수령인 사포에게 집중되어 있었다. 사또는 행정, 사법, 통치를 동시에 담당하는 존재로서, 다른 사회에서는 분리되어 있을 권한들을 하나로 지니고 있었다. 견제 장치가

충분하지 않았던 상황에서, 그의 권력은 쉽게 자의적으로 행사될 수 있었다. 그에게는 단순한 명령이, 다른 이들에게는 삶과 파멸의 경계를 가르는 일이 되기도 했다.

이러한 맥락에서 춘향이의 거부는 단순한 개인적 선택이 아니다. 그것은 기존 질서에 대한 깊은 균열이다. 사포의 명을 거부한다는 것은 단순한 불복종이 아니라, 사회 전체를 지탱하던 구조에 대한 도전이었기 때문이다. 그래서 그녀의 선택은 사랑을 넘어, 하나의 존엄에 대한 선언으로 읽힌다.

이러한 지방 권력에 맞서 등장하는 또 하나의 중요한 존재가 있다. 바로 암행어사다. 암행어사는 왕의 비밀 명을 받아 움직이는 특별한 감찰관으로, 일반 관리들과 달리 매우 강한 권한을 지니고 있었다. 그는 신분을 숨긴 채 지방을 돌아다니며 부정을 조사하고, 왕을 대신해 직접 정의를 집행할 수 있었다. 그의 등장은 단순한 권력의 교체가 아니라, 무너진 질서를 바로잡는 상위 권력의 개입을 의미한다.

이처럼 지방 권력과 중앙의 정의, 강압과 저항 사이의 긴장은 ‘춘향전’의 핵심을 이룬다. 그 안에서 두 사람의 이야기는 더 넓은 의미를 획득한다. 그것은 권력과 인간, 사랑과 의무, 그리고 세상이 요구하는 것과 스스로 지키고자 하는 것 사이에서 끝내 자신을 지켜내려는 인간의 이야기다.







Agradecimientos



Quiero expresar mi profundo agradecimiento a Alejandro Villa Gómez, rector de la Institución Universitaria ITM de Medellín, y al equipo editorial de su institución. A ellos les debo el respaldo que dio forma y vida a esta obra.

A Emma Jung-Yoon Cho, directora de Programación de la Fundación Cultural Asia-Iberoamérica, le agradezco la paciente coordinación y el acompañamiento constante en este proyecto.

También deseo agradecer el apoyo brindado por Santiago Silva Jaramillo, secretario de Cultura Ciudadana de Medellín, y por Juan David Vélez, director de los Eventos del Libro de Medellín, quienes acompañaron generosamente el camino de Corea como país invitado de honor.

La traducción al español de este texto fue revisada por un grupo de lectores en quienes confíé plenamente al compar-tirles este trabajo. Lida Rueda aportó su sensibilidad y una lectura minuciosa; Diony González Rendón, traductor y especialista en lenguas clásicas formado en la Sorbona, ofreció precisión y rigor filológico; Nelson Córdoba, politólogo de la Universidad de los Andes y lector dedicado, ayudó a que la traducción tuviera mayor fluidez; Diana Casas, investigadora doctoral en Francia, aportó observaciones valiosas durante el proceso; y Angélica López, magíster en Asuntos Internacionales de la Universidad Externado de Colombia,

ayudó a ajustar matices culturales que fácilmente pueden perderse en una traducción de este tipo.

Por último, Angela Díaz, economista y especialista en Políticas Públicas de la Universidad Nacional, estuvo presente desde el inicio hasta el final de este proceso con paciencia, amistad y generosidad.

Y, finalmente, agradezco también a mis queridas sobrinas: Yang EunJi, abogada de la Universidad de los Andes, quien desde sus años en el Colegio Anglo Colombiano ha sido amante de la literatura; y Oh SunMin, médica cirujana, quien tuvo la paciencia de leer mis escritos incluso después de largas y agotadoras jornadas de trabajo. En cierto modo, ellas también caminaron conmigo en esta historia.

Samil Yang
Medellín, 2026

Chunhyangjeon
Anónimo



Primera parte Chunhyang y el joven Yi



En los primeros años del reinado del rey Sukjong¹, el reino parecía envuelto en una calma profunda, como si la virtud del monarca descendiera suavemente sobre la tierra y alcanzara incluso los rincones más lejanos.

Las generaciones se sucedían con orden, y la vida florecía con la armonía que los antiguos atribuían a los tiempos de los sabios Yao y Shun². En la corte, hombres justos sostenían el equilibrio del poder y guerreros firmes custodiaban las fronteras. Todo parecía estar en su lugar.

Esa virtud, invisible y constante, recorría el país como un perfume leve, posándose sobre montañas y aldeas, alcanzando tanto a los cercanos como a los lejanos. Había lealtad en los servidores del rey, devoción en los hijos... y una calma que parecía sostener el mundo.

El pueblo vivía en paz. Vestía sin penuria, comía sin temor, y sus cantos se alzaban aquí y allá, nacidos de la paz, como eco de un tiempo justo.

Por aquellos días, en Namwon, en la provincia de Jeolla, vivía una *gisaeng*³ llamada Wolmae.

Había sido célebre entre las mujeres de su condición, pero había dejado atrás aquella vida para compartir sus días con un hombre de linaje noble. Sin embargo, al llegar a la

madurez, no tenía descendencia. Y esa ausencia, silenciosa al principio, fue convirtiéndose con los años en una pena que se asentó en su corazón como una enfermedad.

Un día, después de largas cavilaciones, habló con su esposo:

—Quizá en otra vida no supimos acumular virtud. En esta hemos vivido juntos, he abandonado lo que fui, he cuidado las formas y he trabajado con esmero... y aun así no tenemos un hijo. ¿Quién honrará a nuestros antepasados? ¿Quién continuará nuestra casa cuando ya no estemos? Si acudimos con sinceridad a los templos de las montañas y pedimos un hijo, tal vez podamos aliviar este dolor. Dime, ¿qué piensas?

El hombre respondió, tras un breve silencio:

—Tiene sentido lo que dices. Y si lo pedimos con fe..., ¿cómo no habría de cumplirse?

Pero Wolmae insistió, aferrándose a esa última esperanza:

—Incluso Confucio nació gracias a las plegarias de su padre en el monte Nigu⁴. Hay innumerables lugares sagrados bajo el cielo. Si otros han sido escuchados, ¿por qué no nosotros? Lo que nace de la devoción no se pierde fácilmente.

Desde aquel día, purificaron sus cuerpos y sus corazones, y emprendieron el camino hacia las montañas. Atravesaron paisajes donde los ríos se abrían como largos espejos y los bosques se cerraban en sombras profundas, hasta llegar al monte Jirisan.

En la cima levantaron un altar. Dispusieron ofrendas. Y, prostrados ante el cielo, rezaron con toda la fuerza de su deseo.

Entonces, en medio de aquella entrega, Wolmae tuvo un sueño.

Del cielo descendía una figura luminosa, montada sobre una grulla azul. Sus vestiduras resplandecían con colores nunca vistos y en su mano llevaba una rama de canela. Al acercarse, inclinó la cabeza y dijo con voz serena:

—Fui expulsada del cielo por una falta. No sabía adónde ir hasta que el espíritu de esta montaña me guio hasta ti. Acógeme.

La figura se acercó como empujada por el viento.

En ese instante, Wolmae despertó.

El sueño se había desvanecido, pero algo había cambiado.

Poco tiempo después, quedó encinta.

Y cuando se cumplieron los meses, en un día colmado de fragancia y de luz, dio a luz a una niña.

No era el hijo que había esperado, pero su corazón, que había estado cargado de tristeza, encontró un consuelo inesperado.

La llamó Chunhyang. Y la crio como si fuera un tesoro guardado en lo más profundo.

La niña creció con una gracia poco común. Desde pequeña mostró inteligencia, aprendió a leer y cultivó con esmero las virtudes que la hacían digna de admiración.

Allí donde se hablaba de ella, se hacía con respeto.

Por aquel entonces, en el barrio de Samcheongdong, en la capital, vivía un *yangban*⁵ llamado Yi Hallim, de familia ilustre y de linaje leal al reino. Un día, el soberano revisó los registros de fidelidad y virtud y quiso recompensar a quienes los encabezaban. Así nombró a Yi Hallim magistrado de Namwon. Yi Hallim se inclinó ante el rey con gratitud, preparó su marcha y llegó a su destino. Gobernó con justicia y benevolencia, y todo el territorio vivió en paz. Los cuatro

rincones estaban tranquilos, y el pueblo, agradecido, cantaba su elogio. Era como revivir los tiempos de los sabios reyes.

Era la estación más alegre de las tres de la primavera⁶. Las aves volaban en parejas, respondiendo unas a otras entre las flores y la hierba nueva; al norte y al sur, las montañas se cubrían de rojo y de rosa, y entre las miles de ramas de los sauces, los pájaros dorados llamaban a sus compañeros. Los árboles habían crecido espesos y el cuco⁷ cantaba sin cesar. Era la mejor época del año.

El hijo del magistrado, el joven Yi Doryeong⁸, tenía dieciséis años. Su porte evocaba al poeta Du Mu de la antigüedad: su ánimo era tan vasto como el mar, su inteligencia, ágil y clara; en literatura era como Li Bai, y en caligrafía, como Wang Xizhi⁹. Un día llamó a su sirviente o *bangja*¹⁰ y le dijo:

—¿Cuáles son los lugares más hermosos de aquí? El ánimo de la primavera me llama. Dime adónde ir.

Bangja respondió con cautela:

—Un joven como usted, que debe estudiar, no debería andar buscando paisajes.

El joven Yi replicó con firmeza:

—Qué ignorante eres. Desde siempre, los grandes escritores han recorrido paisajes sublimes: de ahí nace la poesía. Sima Xiangru navegó hacia el sur por los grandes ríos, y en aquellas aguas bravas encontró el material de su escritura. Li Bai vagó por el río Caixi; Su Dongpo gozó de la luna otoñal en el acantilado Rojo; Bai Juyi se perdió en la noche del río Xunyang¹¹; y el mismo rey Sejong¹² descansó en el pabellón de Unjangdae, en Songnisan. ¿Cómo podría yo no salir?



Segunda parte

El encuentro en el pabellón Gwanghan



Bangja, siguiendo la voluntad del joven, comenzó a enumerar los lugares más hermosos de la región:

—Si hablamos de la capital, están Cheongnyeongam, Chilsongam y Segeomjeong; en Pyongyang, el pabellón Yeonggwang, Daedongnu y el monte Moran; también Nakseondae en Yeongyang, Munjangdae en Songnisan, Suseungdae en Anui, Chokseongnu en Jinju, Yeongnamnu en Miryang... Pero si hablamos de Jeolla, están el pabellón Pihyang en Taein, Hanpungnu en Muju, Hanbyeokru en Jeonju... y los de Namwon merecen mención aparte. Por la puerta del este están el bosque de Jangnim y el templo Cheoneunsa; por la del oeste, el pabellón Gwanghan¹³, el puente Ojak y el pabellón Yeongju; por la del norte, las rocas que se alzan como lotos de jade sobre el cielo, y la fortaleza del monte Gyoryong. Vaya donde quiera.

El joven respondió:

—Solo con oírte, el pabellón Gwanghan y el puente Ojak ya me parecen extraordinarios. Vamos allá.

Entró a los aposentos de su padre y habló con respeto:

—El día está claro y luminoso. Me gustaría salir un momento a contemplar el paisaje y abrir la mente a la poesía. ¿Me lo permite?

El magistrado, complacido, asintió:

—Ve, contempla los paisajes del sur..., pero no olvides pensar en tus estudios.

—Así lo haré.

Se retiró y llamó:

—Bangja, prepara el caballo.

Bangja obedeció de inmediato. Preparó la montura con esmero: riendas de seda roja y azul, adornos de coral y jade, silla con incrustaciones de oro, estribos de plata reluciente, piel de tigre sobre el lomo y campanillas que tintineaban delante y detrás, como cuentas de un rosario en manos de un monje.

—El caballo está listo.

Miró entonces al joven. Su rostro, claro como el jade, resplandecía. El cabello, peinado con aceite de sésamo y recogido con elegancia, brillaba bajo la luz. Vestía capas de telas finas: ropa interior de seda blanca, pantalones de lino bordados, medias perfectamente ajustadas, una chaqueta corta con botones de ámbar, una capa larga de seda oscura ceñida con un cinturón negro sobre el pecho, y zapatos de cuero suave que se deslizaban con ligereza. Montó con soltura, apoyando el pie en el estribo y alzándose de un solo movimiento. Un asistente lo seguía de cerca. Salieron por la puerta principal y el joven cubrió el sol con su abanico dorado mientras avanzaba por el amplio camino que atravesaba la ciudad. Su porte evocaba al poeta Du Mu paseando entre los placeres de Yangzhou, o la gracia del joven Zhou Yu en sus días de gloria. Los aromas de la primavera llenaban las calles, y quienes lo veían pasar no podían apartar los ojos.

Subió al pabellón Gwanghan y miró a su alrededor. El paisaje era magnífico. La neblina de la mañana se deslizaba suavemente sobre las aguas verdes y la brisa primaveral movía las flores de los árboles. Los pabellones de colores —rojo, azul, blanco— se alzaban con gracia bajo el cielo de primavera. Más allá, las aguas fluían como las del lago Dongting y los estanques del noroeste recordaban a los paisajes de los antiguos poetas. Pájaros de colores cruzaban el aire entre flores blancas y rojas; los pinos retorcidos se mecían al viento de primavera; cascadas y arroyos murmuraban entre las piedras; la hierba fragante cubría la tierra. Los colores de la canela, el sándalo, la peonía y el melocotonero se fundían con el paisaje del gran río. Y entonces, al mirar hacia otro lado, el joven vio algo que no esperaba: una joven.

Se movía entre los árboles como si fuera llevada por el viento. Incapaz de contener el ímpetu de la primavera, arrancaba flores de azalea y las llevaba al cabello; llevaba flores de magnolia a los labios; levantaba ligeramente las mangas y mojaba las manos en el agua clara, luego los pies, se enjuagaba la boca, tomaba piedrecillas y las lanzaba contra las ramas de los sauces para espantar a los orioles dorados. Arrancaba hojas de sauce y las echaba a flotar en el agua. Mariposas blancas como la nieve y abejas rondaban a su alrededor, siguiéndola entre las flores. Los orioles volaban de un árbol a otro. El pabellón Gwanghan era hermoso, pero el puente Ojak era aún más bello. Era, sin duda, el lugar más extraordinario de Honam. Si este era el puente Ojak, ¿dónde estarían Gyeonwoo y Jingnyeo?¹⁴ En un lugar así, ¿cómo podría no nacer la poesía?

El joven compuso entonces dos versos:

En lo alto se extiende el puente de las urracas,
y este pabellón de Gwanghan es como un palacio de jade.
Pregunto al cielo: ¿dónde está Jingnyeo?
Porque hoy, aquí en la tierra, yo mismo soy Gyeonwoo.

Llegó entonces una mesa con vino desde los aposentos interiores. El joven bebió una copa y cedió el resto a sus sirvientes. Con el ánimo encendido por la primavera, paseó con el abanico entre los labios, dejándose llevar por la belleza del lugar. Los colores del pabellón relucían bajo la luz; el canto de los orioles, ocultos entre los árboles, sostenía el aire; las mariposas amarillas y blancas buscaban la fragancia de las flores. Las tres montañas sagradas de los inmortales parecían acercarse desde el horizonte; el agua era como la Vía Láctea, y el paisaje, como el palacio de jade del cielo. Si aquello era el palacio celestial, ¿cómo no habría de estar allí la dama de la luna?

Era el quinto mes, el día del Festival de Dano¹⁵, el mejor día del año.

Y en ese mismo instante, Chunhyang, hija de Wolmae, que también conocía bien la poesía y la música, decidió salir a columpiarse. Con Hyangdan¹⁶ por delante, bajó hacia el bosque. Su cabello oscuro, peinado con esmero y sujetado con una horquilla de oro, brillaba con elegancia. Su cintura parecía un sauce que se dobla con la brisa. Con una gracia suave y contenida, avanzó paso a paso hacia el interior del bosque de Jangnim. La hierba verde se extendía como un tapiz, y los

orioles volaban en parejas entre las ramas. Bajo un alto sauce, Chunhyang preparó el columpio.

Se despojó suavemente de su manto verde bordado con flores y lo colgó a un lado; quitó sus zapatos de raso violeta y los dejó caer; levantó la ropa interior de seda blanca hasta el cuello y, con manos delicadas como jade, tomó las cuerdas de cáñamo. Con los dos pies calzados de blanco, saltó y comenzó a impulsarse.

Su cuerpo, fino como el sauce, iba y venía suspendido en el aire. Por detrás, los adornos de jade y los broches de plata; por delante, el colgante de ámbar, la daga con empuñadura de jade, la chaqueta de doble capa con sus lazos de colores. Todo danzaba con ella.

—¡Empuja, Hyangdan!

Con cada impulso, el viento se elevaba bajo sus pies. A medida que iba y venía, las ramas de los árboles la seguían, meciéndose. Entre la sombra verde, el vuelo rojo de su falda brillaba con el viento como un relámpago en un cielo despejado. Al avanzar, parecía una golondrina ligera que persigue un pétalo caído; al retroceder, una mariposa sorprendida por el vendaval que gira en busca de su pareja; a veces, una doncella celestial que desciende entre las nubes sobre el monte Musan. Mordisqueaba hojas, arrancaba flores y se las colocaba suavemente en el cabello.

—¡Ay, Hyangdan! El viento de aquí es muy fuerte... me da vueltas la cabeza. Sujeta bien la cuerda.

Mientras Hyangdan iba y venía intentando sujetarla, uno de los adornos de jade cayó sobre las piedras del arroyo con un sonido claro y puro, como si una baqueta de coral golpeará

una bandeja de jade. Su figura, su movimiento... no parecían de este mundo.

Las golondrinas van y vienen durante los tres meses de primavera.

El corazón del joven Yi se agitó. Su ánimo quedó suspenso y mil pensamientos comenzaron a brotar.

El joven Yi, con el alma fuera del cuerpo, murmuraba para sí:

—Ni Xi Shi, que navegó en una barca pequeña siguiendo a Fan Li... ni Yu Meiren, que se despidió del rey Xiang con una canción bajo la luna... ni Wang Zhaojun, que partió al desierto montada en su caballo blanco... ni Ban Jieyu, que escribió sus lamentos encerrada en el palacio de Changxin... ni Zhao Feiyan, que servía en el pabellón de Zhaoyuang al amanecer...¹⁷ ¿Era acaso la ninfa del río Luo? ¿O la doncella del monte Musan?

El ánimo del joven Yi flotaba entre el cielo y la tierra. Verdaderamente, ya no era dueño de sí.

—¡Tú, asistente!

—Sí, señor.

—Allá, entre los árboles, esa figura que aparece y desaparece, que brilla y se oculta... ¿Qué es? Mira bien.

El asistente observó con atención y respondió:

—No es otra cosa, señor. Es Chunhyang, la hija de Wolmae, la *gisaeng* de este pueblo.

El joven, sin darse cuenta, exclamó:

—¡Es extraordinaria! ¡Admirable!

El asistente añadió:

—Su madre fue *gisaeng*, pero Chunhyang es orgullosa y ha rechazado ese camino. Aprende caracteres entre las flores y las hojas, tiene talento para las artes femeninas y domina la escritura. No se diferencia en nada de una joven de familia respetable.

El joven Yi rio con fuerza:

—Bangja, no entiendes nada. Cada cosa valiosa tiene su dueño. El jade blanco del monte Jing y el oro del río Yeo... cada uno tiene a quién pertenece. Deja de hablar y ve a buscarla.

Bangja obedeció. Cruzó el espacio que separaba el pabellón del bosque con la agilidad del pájaro azul que llevaba mensajes a los banquetes celestiales de la Reina Madre del Oeste, y al llegar llamó:

—¡Oye, Chunhyang!

Ella se sobresaltó.

—¿Por qué gritas así? ¿Quieres quitarme el sentido?

—No te enfades. Ha pasado algo.

—¿Qué cosa?

—El hijo del magistrado está en el pabellón Gwanghan. Te vio columpiándote y ha dado la orden de que vayas.

Chunhyang frunció el ceño y respondió con firmeza:

—¿Estás loco? ¿Cómo puede ese joven conocerme y mandarme llamar? Seguro que has estado hablando de mí como un charlatán.

—Que no. Yo no he dicho nada. Escucha bien lo que ha pasado. Si una joven quiere columpiarse, lo hace en secreto, en el jardín de su propia casa, sin que nadie la vea. Eso es lo que corresponde. Pero tú... has venido aquí, donde los

saucos del arroyo de adelante se envuelven en verde y los de atrás en jade, donde una rama cuelga y otra se extiende y otra más se abre al viento bailando... Y en ese lugar, frente al pabellón Gwanghan, has colgado el columpio y has volado con tus dos pies finos entre las nubes, con la falda roja ondeando y la ropa interior de seda blanca agitándose al viento del sureste, y tu figura suave y clara brillando en el cielo. ¿Cómo no iba a verte el joven señor? ¿Qué culpa tengo yo? Deja de hablar y ven.

Chunhyang respondió con calma, pero con firmeza:

—Lo que dices no es del todo falso. Pero hoy es día de Dano. No soy la única que ha salido: otras jóvenes también estaban aquí con el columpio. Y aunque así fuera, yo no soy *gisaeng* en activo. No hay razón para que llamen así, de repente, a una persona de familia ordinaria ni razón para que yo vaya solo porque me llamen. Desde el principio has entendido mal.

Bangja, sin saber qué decir, regresó al pabellón y transmitió sus palabras.

El joven escuchó en silencio y luego sonrió:

—Es admirable. Tiene razón..., pero ve otra vez. Dile esto.

Bangja volvió a buscarla, pero Chunhyang ya había regresado a su casa. La encontró sentada frente a su madre, compartiendo el almuerzo.

—¿Otra vez tú? —preguntó ella al verlo entrar.

—Perdonen. El joven señor te envía otro mensaje. Dice: «No te llamo como a una *gisaeng*. He oído que sabes leer y escribir, y por eso te pido que vengas. No es raro llamar a una

joven de buena casa para conversar. No lo tomes a mal. Solo ven un momento y luego regresas».

Chunhyang guardó silencio. Sin saber por qué, sintió que se le movía el corazón. De pronto sintió el impulso de ir..., pero no quería decidir sin conocer la opinión de su madre. Se quedó quieta, sin decir nada.

Entonces su madre habló:

—Los sueños no siempre son vanos. Anoche soñé con un dragón azul que se sumergió en el estanque de los melocotoneros. Pensé que sería señal de algo bueno... y ahora lo entiendo. Además, he oído que el nombre del joven señor es Mongryong: el carácter *mong*, 'sueño', y el carácter *ryong*, 'dragón'¹⁸... ¡Qué coincidencia tan extraña! Si un hijo de una familia noble te llama, no puedes negarte. Ve un momento y vuelve.

Chunhyang, como si no tuviera más remedio, se levantó por fin.

No lo hizo con prisa. Avanzó con una lentitud serena como la grulla que posa con cuidado cada paso sobre el suelo de un gran salón; como la gallina orgullosa en el patio soleado; como el ánade dorado en la orilla de arena blanca. Con el mismo paso cadencioso de Xi Shi al caminar sobre las piedras del río, cruzó el espacio que la separaba del pabellón.

Desde la baranda, el joven la observaba apoyado, mirándola acercarse sin apartar la mirada. Cuanto más se aproximaba, más parecía desvanecerse el mundo a su alrededor.

Su figura era perfectamente equilibrada; su belleza, incomparable. Su rostro, claro y puro, era como una grulla que llega al río bajo la luna de nieve. Sus labios, apenas

entreabiertos, y sus dientes, como de jade. Su tez tenía el suave matiz de una nube rosada al atardecer. Sus ojos brillaban como las aguas de la Vía Láctea. Con pasos medidos subió al pabellón y allí se detuvo, tímida.

El joven llamó a su asistente:

—Dile que se siente.

Cuando Chunhyang tomó asiento, su gesto fue sereno y contenido. El joven la observó con detenimiento. Era como una golondrina que, tras bañarse en las aguas claras entre piedras blancas, se posaba un instante y, al ver a alguien, se sobresaltaba. No había en ella artificio ni exceso. Era la belleza más pura del reino, sin adorno. Su rostro, al alzarse, tenía la claridad de la Luna suspendida entre nubes tenues sobre el río. Y sus labios, apenas entreabiertos, recordaban a una flor de loto que empieza a abrirse sobre las aguas sagradas. La doncella que vagaba por las islas del paraíso había venido a Namwon, y la que servía en el palacio de la luna había perdido aquí a una amiga. Su figura, su presencia... no eran de este mundo.

Mientras tanto, Chunhyang, con un leve movimiento de los ojos, miró al joven Yi. Solo un instante. Pero en ese instante reconoció algo. Ante ella no había un hombre cualquiera. Era un joven de porte extraordinario, un hombre valioso en este mundo. Su frente alta anunciaba gloria temprana; sus facciones armoniosas, las de un leal servidor del reino. Sintió una profunda inclinación en su ánimo... y, sin embargo, bajó la mirada. Se sentó con recogimiento, en silencio.

Entonces el joven Yi habló:

—Incluso los sabios de la antigüedad enseñaron que no conviene unir lo que no corresponde. Dime, ¿cuál es tu apellido y cuántos años tienes?

—Mi apellido es Seong. Tengo dieciséis años.

El joven se animó visiblemente:

—Eso alegra aún más mi corazón. Somos de la misma edad, los dos tenemos dieciséis años. Y al escuchar tu apellido, no puedo sino pensar que este encuentro no es casualidad. La unión de dos apellidos distintos que se complementan... es un destino dispuesto por el cielo. Compartamos la vida. Dime, ¿viven tus padres?

—Solo mi madre.

—¿Y cuántos hermanos tienes?

—Mi madre ya tiene sesenta años. Soy hija única, sin hermanos varones.

—Entonces eres, sin duda, una hija preciada. Si el cielo ha dispuesto este encuentro, ¿por qué no habríamos de vivir juntos toda la vida?

Chunhyang alzó ligeramente el rostro. Sus cejas se fruncieron apenas, sus labios se abrieron con delicadeza, y con voz suave pero firme respondió:

—Se dice que el hombre leal no sirve a dos señores, y que la mujer virtuosa no entrega su corazón a más de un hombre. Eso enseñan los libros antiguos. Usted es un joven de noble cuna, y yo no soy más que una mujer de condición humilde. Si después de entregarle mi corazón llegara a abandonarme, ¿qué sería de mí? Con el corazón partido, sola en mi habitación, llorando..., ¿quién cargaría con ese destino si no yo? No me pida algo que no puede tomarse a la ligera.

El joven Yi la escuchó con admiración:

—Cuanto más oigo tus palabras, más admirable me parecen. Si nuestros destinos han de unirse, que sea con un juramento firme como el metal y la piedra. Dime, ¿dónde está tu casa?

Chunhyang respondió sin apresurarse:

—Pregúntele a su sirviente.

El joven soltó una carcajada:

—¡Qué respuesta tan curiosa! Te pregunto a ti directamente... y me remites a otro.

Llamó entonces:

—Bangja.

—Sí, señor.

—Dime dónde vive Chunhyang.

Bangja levantó la mano y señaló a lo lejos:

—¿Ve aquel lugar donde los árboles se alzan espesos y el estanque refleja la luz del cielo? El viento sopla suavemente a ambos lados, y entre ellos florece toda clase de plantas. Los pájaros que se posan en cada rama presumen de su buena vida. Sobre las rocas, los pinos retorcidos se mecen con la brisa como si un dragón verde se curvara. Frente a la puerta, los sauces cuelgan sus ramas sin cesar. Hay bambúes y cipreses, abetos y ginkgos plantados en pareja, siguiendo el orden del yin y el yang. Frente a la entrada, cañas de bambú alto y fresnos de montaña; enredaderas de vid silvestre, de kiwi y de liana se enroscan unas con otras y se asoman por encima de la tapia. Y entre los pinos y el bambú, apenas visible entre sombras y luz... esa es la casa de Chunhyang.

El joven asintió con aprobación:

—El jardín es limpio y ordenado, y los pinos y el bambú lo rodean en silencio. Es la morada de una mujer virtuosa.

Chunhyang se levantó con una leve timidez:

—La gente habla con ligereza. Será mejor que me retire.

El joven asintió:

—Es sensato. Muy sensato. Pero esta noche, cuando todo se haya calmado, iré a tu casa. No me rechaces.

Chunhyang respondió, casi sin mirarlo:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —replicó él con una sonrisa—. Ve. Nos veremos esta noche.

Ella no respondió. Bajó del pabellón y se alejó.

Al llegar a casa, su madre salió a recibirla:

—¡Ay, hija mía! ¿Ya has vuelto? ¿Qué te ha dicho el joven señor?

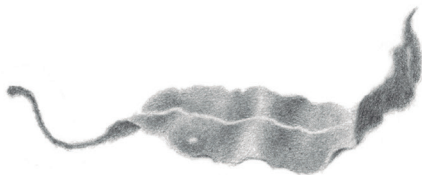
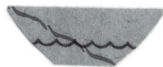
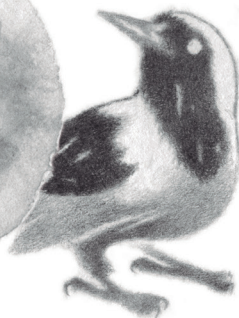
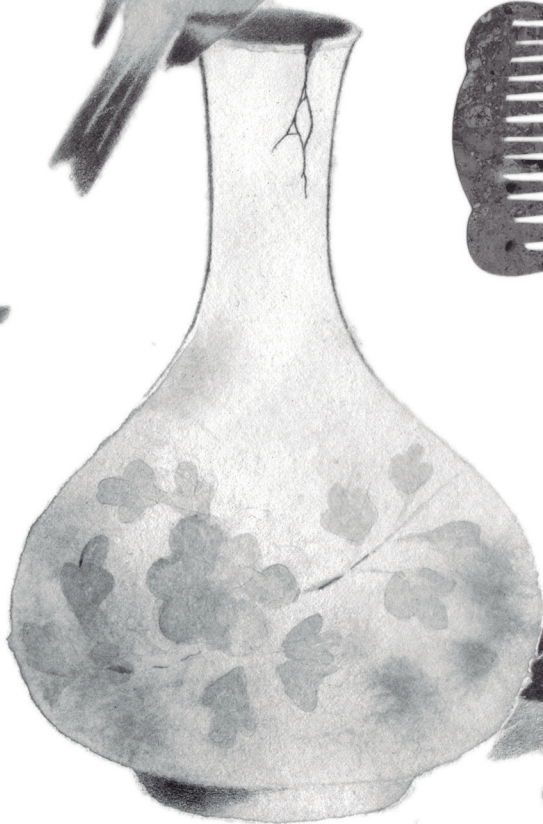
—Nada en particular. Me pidió que me sentara un momento y, cuando me levanté para irme, dijo que vendría esta noche a nuestra casa.

—Y tú, ¿qué respondiste?

—Que no lo sabía.

—Has hecho bien.





Tercera parte La noche del encuentro



Después de despedir a Chunhyang, el joven Yi regresó a su estudio sin saber qué hacer consigo mismo. No había en él lugar para nada más. Su voz seguía resonando en sus oídos, y su figura, delicada y serena, permanecía ante sus ojos como si no quisiera desaparecer. Esperaba que el sol se pusiera. Llamó a Bangja:

—¿Qué hora es?

—Señor, el sol apenas comienza a salir por el este.

El joven estalló:

—¡Insensato! ¿Cómo va a volver a salir por el este el sol que ya se puso por el oeste? Mira bien.

Al cabo de un momento, Bangja respondió:

—El sol ha caído en el horizonte y ya anochece. La luna comienza a asomarse por las montañas del este.

La cena no tenía sabor. El joven no podía quedarse quieto. Decidió esperar leyendo, y dispuso los libros ante sí: el *Zhongyong*, el *Daxue*, las *Analectas*, el *Mencio*, el *Shijing*, el *Shujing*, el *Yijing*, el *Guwen Zhenbao*, el *Tongsallyak*, los poemas de Li Bai y Du Fu, y hasta el *Mil caracteres*¹⁹. Empezó a leer.

Abrió el *Shijing*²⁰:

—«Guan guan... cantan las aves sobre la isla... la joven virtuosa es la compañera del noble...».

Se detuvo.

—No... tampoco puedo leer esto.

Abrió el *Daxue*:

—«El camino del gran aprendizaje consiste en iluminar la virtud, en renovar al pueblo, en... Chunhyang».

Cerró el libro.

—Tampoco puedo leer este.

Abrió el *Yijing*:

—«El principio se eleva, se expande, se afirma... Chunhyang... todo es excelente y Chunhyang también».

—Tampoco este.

Abrió el ensayo sobre la Torre de Tengwang²¹:

—«Al sur, las tierras antiguas... y la novia es hermosa como el jade rojo».

Se detuvo con una leve sonrisa.

—Ese... ese podría servir.

Pero ni siquiera eso logró mantener su atención. Abrió el *Mencio*:

—«Mencio se presentó ante el rey Hui de Liang, y el rey dijo: "Han venido desde tan lejos..."».

Murmuró sin darse cuenta:

—Han venido desde tan lejos... ¿para ver a Chunhyang? No... tampoco puedo leer.

Abrió las historias antiguas:

—«En los tiempos del soberano Tianhuang, quien gobernó el mundo con tortas de artemisa...».

Bangja frunció el ceño:

—Señor, he oído que el soberano Tianhuang gobernó con la virtud de la madera... pero lo de las tortas de artemisa es la primera vez que lo escucho.

—¡Qué ignorante eres! El soberano Tianhuang vivió dieciocho mil años. A esa edad, los dientes eran fuertes y podía comer tortas de madera sin dificultad. Pero los estudiosos de hoy en día tienen los dientes flojos y no pueden masticarlas. Por eso el mismo Confucio tuvo una revelación en el salón de enseñanza y ordenó que en las trescientas sesenta escuelas del reino se cambiaran las tortas de madera por tortas blandas de artemisa.

Bangja negó con la cabeza:

—Si el cielo lo oyera... se sorprendería de tales mentiras.

El joven dejó ese libro y abrió la *Oda al acantilado Rojo*²²:

—«En el otoño del año rensul, en la noche del decimosexto día del séptimo mes, navegaba yo con un amigo bajo el acantilado Rojo... el viento fresco venía del oeste y las aguas permanecían en calma...».

Se detuvo.

—No... tampoco este.

Tomó el *Mil caracteres*:

—«Cielo... tierra...».

Bangja lo miró extrañado:

—Señor, ¿a qué viene leer el *Mil caracteres* ahora?

—El *Mil caracteres* es la base de los siete clásicos. Zhou Xingsi, de la dinastía Liang, lo compuso en una sola noche y su cabello se volvió blanco al terminarlo. Por eso también se le llama el *Texto de cabellos blancos*. Si uno lo examina con detenimiento, hay en él más de lo que parece.

—Este humilde servidor también conoce algo de ese texto.

—¿De verdad lo conoces?

—Lo conozco.

—Entonces, léelo.

Bangja carraspeó y comenzó:

—«Escuchen... Alto, altísimo es el cielo... ancha, anchísima es la tierra... oscuro, oscurísimo es el misterio... ardiente, ardientísimo es el amarillo...».

El joven lo interrumpió con irritación:

—¡Insensato! ¿Dónde aprendiste esas tonterías? Eso es un canto de mercado. Escucha ahora cómo se lee de verdad.

Y comenzó a recitar él mismo. Pero las palabras del texto se fueron torciendo poco a poco, mezclándose con sus propios pensamientos:

—El cielo se abre en el primer instante y da origen a todo... cielo... la tierra se despliega en cinco elementos y ocho trigramas... tierra... en los treinta y tres cielos el corazón humano es oscuro como la noche... misterio... los veintiocho astros con sus colores de oro, madera, agua, fuego y tierra... amarillo... el Sol y la Luna se cruzan en el universo... hogar... los reinos nacen y caen a lo largo de la historia... universo... el gran Yu dominó las inundaciones con sus nueve principios... vasto... tras los cinco emperadores, los traidores y los déspotas llenaron el mundo de caos... desolado... al amanecer en el oriente el Sol asoma resplandeciente... Sol... el pueblo canta de alegría en los tiempos de paz... Luna... la Luna llena brilla en la noche del quince... llena... y luego mengua... mengua... las veintiocho constelaciones se ordenan en el cielo... estrellas... esta noche, ay, en el lecho compartido con mi amada... dormir... la belleza incomparable en los mejores años de la vida... descanso... a la luz clara de la luna en la tercera vigilia, miles de palabras entre los dos... extender...

hoy el viento frío sopla sin cesar... entrar... si la almohada es alta, apóyate en mi brazo... acércate más, más... venir... te abrazo con fuerza y entramos juntos en el sueño, aunque sople el viento helado... calor... si hace demasiado calor, que el viento nos refresque... de un lado al otro... ir... entre el frío y el calor, ¿cuándo llega el otoño?... las hojas caen del plátano... otoño... el cabello se irá volviendo blanco... recoger... el viento sobre las ramas desnudas... invierno... el amor que no me abandona ni un instante, guardado en lo más profundo... guardar... la belleza del loto bajo la lluvia fina de la madrugada... abundar... una figura tan hermosa que no me cansaría de contemplarla toda la vida... mujer... un juramento para cien años, profundo como el vasto océano... cumplir... vagando de un lado al otro sin saber que pasa el tiempo... año... no se puede maltratar a la esposa de toda la vida, así lo dice la ley... ley... «La joven virtuosa es la compañera del noble...», ¡qué bien le viene! Pegar mi boca a la de Chunhyang... eso sí que es ley. ¡Ay... quiero verla!

Lanzó el grito sin darse cuenta.

En ese momento, el magistrado, que acababa de cenar y había caído en un sopor, se sobresaltó al oír aquel alarido:

—¡Eh, tú!

—Sí, señor.

—¿Quién ha gemido así en el cuarto de estudio? ¿Le han puesto una aguja? ¿Le están frotando las piernas? Ve a ver qué pasa.

El asistente entró corriendo al estudio:

—Señor, ¿qué le sucede? Su grito ha alarmado al magistrado. ¿Qué debo decirle?

El joven Yi, sin alterarse, respondió:

—Dile exactamente esto: «Estaba leyendo las *Analectas* y llegué al pasaje que dice: “Hace tiempo que no sueño con el duque de Zhou”. Al leerlo, pensé: “Si yo llegara a verlo en sueños, ¿cómo reaccionaría?”. Me emocioné tanto que se me escapó la voz».

El asistente fue y transmitió las palabras.

El magistrado, al oírlas, se llenó de satisfacción:

—¡Ah! Este muchacho tiene un verdadero espíritu de estudio. Y añadió:

—Llamen al ayudante. Que vaya discretamente a verlo.

El ayudante entró poco después. Era un hombre de aspecto peculiar, con un andar apresurado y una expresión cargada de preocupación permanente.

—¿Se encuentra bien, señor magistrado?

—Síntese —dijo el magistrado—. Quiero hablarle. Usted y yo hemos estudiado juntos, y bien sabe que en la infancia no hay nada más pesado que leer. Y sin embargo..., ¿cómo no alegrarme al ver el empeño de mi hijo?

El otro asintió maquinalmente:

—Ciertamente, no hay cosa más pesada que el estudio en la infancia.

—Cuando a uno le pesa —continuó el magistrado— llegan el sueño y las distracciones sin cesar. Pero este muchacho, cuando empieza, lee y escribe sin descanso, día y noche.

—Así parece.

—Aunque aún no haya terminado su formación, su talento para la escritura ya sobresale.

—Así es.

El magistrado, animado, continuó:

—Basta un solo punto de su pincel, y es como una roca en lo alto de un acantilado en otoño. Traza una línea horizontal, y se extiende como nubes a lo largo de mil li²³. La punta del pincel cae como cuchilla de hacha; el trazo, como viento y relámpago. Los golpes verticales recuerdan a viejos pinos aferrados a un acantilado; las curvas, a enredaderas secas que se tensan. Y si le falta el aliento, basta con un leve impulso para que el trazo se sostenga por sí mismo.

—Al observar su caligrafía... cada trazo se sostiene por sí mismo.

—Escuchen esto —continuó el magistrado—. Cuando tenía nueve años, en el patio de nuestra casa en la capital, había un viejo ciruelo. Le pedí que escribiera unos versos sobre sus flores. Lo hizo en un instante, y la composición era extraordinaria. Bastaba leerla una vez para saber: este hombre dejará su nombre en la corte.

El otro asintió complaciente:

—Llegará lejos. Quizás... a gran ministro.

El magistrado sonrió y negó con la mano:

—No aspiro a tanto. Pero aprobaré pronto los exámenes. Y una vez que lo haga, su carrera seguirá sin dificultades.

Mientras tanto, el joven Yi aguardaba con impaciencia la señal de retirada.

—Bangja.

—Sí, señor.

—Ve a ver si ya han dado la señal.

—Aún no.

Pasó un momento. Luego se oyó la señal que anunciaba el fin de la jornada.

—¡Bien, bien! ¡Ya era hora! Bangja, enciende el farol.

Salió con un asistente siguiéndole los pasos, caminando con cautela hacia la casa de Chunhyang.

—Bangja, la luz se ve desde los aposentos principales. Aparta el farol hacia un lado.

Cruzaron la puerta principal y avanzaron por el sendero estrecho. La noche estaba clara. La Luna derramaba su luz sobre los caminos y, entre las flores y los sauces verdes, otros jóvenes noctámbulos se deslizaban también hacia casas ajenas. No era hora de vacilar.

Llegaron ante la casa de Chunhyang. La noche era profunda, ya la tercera vigilia²⁴. Los peces saltaban en el estanque y los peces dorados, grandes como cuencos, parecían alegrarse al ver llegar al visitante. Bajo la luna, las grullas cantaban llenas de gozo.

En ese momento, Chunhyang estaba sentada con su geomungo²⁵ apoyado en el regazo, tocando suavemente una melodía. Poco a poco, el sueño la había vencido. Bangja entró con cautela, temiendo que algún perro ladrara, y se acercó sin hacer ruido a la ventana de su habitación.

—Chunhyang..., ¿duermes?

Ella se sobresaltó y respondió:

—¿Cómo? ¿Has venido?

—El joven señor está aquí.

Al oírlo, su corazón se agitó de inmediato. Avergonzada, incapaz de permanecer en su lugar, abrió la puerta y salió. Cruzó el patio a paso rápido y entró en la habitación de su madre.

—Madre..., ¿cómo puede dormir tan profundamente?

Su madre, despertando a medias, respondió:

—Hija..., ¿qué necesitas?

—No he venido a pedir nada.

—Entonces, ¿por qué me llamas?

Chunhyang, casi sin darse cuenta, respondió:

—El joven señor ha venido. Está aquí, con Bangja.

La madre abrió por completo los ojos. Salió y llamó:

—¿Quién está ahí?

Bangja respondió con respeto:

—El hijo del magistrado ha venido, señora.

La madre de Chunhyang, sin vacilar, llamó:

—Hyangdan.

—¿Sí?

—Prepara el pabellón del fondo. Dispón los asientos y enciende las lámparas. Que todo esté en orden.

Y salió a recibir al visitante.

Todo cuanto se decía de la madre de Chunhyang era verdad. Se comprende por qué había podido nacer de ella una hija como Chunhyang. Aunque ya había pasado la mitad de su vida, conservaba una presencia serena y un porte digno y equilibrado. Había en ella algo pleno, como si su vida hubiera encontrado su lugar. Con paso contenido, arrastrando levemente el dobladillo de su falda, siguió a Bangja a cierta distancia.

El joven Yi aguardaba de pie sin saber en qué ocupar la espera. Bangja se acercó:

—La que viene es la madre de Chunhyang.

Ella se aproximó, juntó las manos con respeto y permaneció erguida:

—Señor..., ¿ha estado bien?

El joven esbozó una leve sonrisa:

—Así que es usted la madre de Chunhyang. ¿Se encuentra bien?

—Apenas me sostengo, señor. No esperaba su visita... no he podido recibirle como corresponde.

—No es nada.

La madre lo guio a través de la puerta exterior y la interior, rodearon el jardín trasero y llegaron a un pequeño pabellón apartado donde ardía una lámpara. Las ramas del sauce caían, cubriendo la luz como una delicada cortina. A un lado, el árbol de paulownia²⁶ dejaba caer lentamente sus gotas de rocío, con un sonido tan fino que parecía capaz de despertar incluso los sueños de las grullas. Más allá, un pino inclinado se estremecía con la brisa, como un viejo dragón que se curvaba bajo el viento. Frente a la ventana, hojas anchas de plátano y orquídeas crecían juntas; entre ellas, un loto joven apenas sostenía su forma sobre el agua, recogiendo en su centro el rocío de la noche. Los peces dorados, redondos como pequeños cuencos, agitaban suavemente el agua. Las hojas nuevas de loto se abrían lentamente, y las rocas dispuestas en capas formaban una pequeña montaña en miniatura. Bajo ella, las grullas, al notar la presencia humana, alzaban las alas con sobresalto y emitían un leve sonido. Junto al laurel, un perro lanudo ladró. En el estanque, los patos flotaban como si aguardaran la llegada de un invitado.

Al acercarse al alero, Chunhyang, obedeciendo la señal de su madre, solo entonces entreabrió la ventana y salió.

Como una luna llena que emerge de entre las nubes, su figura era difícil de abarcar de un solo golpe de vista. Descendió con timidez y allí, de pie, sin artificio alguno, su sola presencia parecía desanimar a quien la mirara.

El joven Yi sonrió levemente y le preguntó:

—¿No te has sentido mal? ¿Has comido bien?

Chunhyang, vencida por la vergüenza, no respondió. Permaneció en silencio.

Su madre subió primero al estrado, invitó al joven a tomar asiento y le ofreció té y tabaco. El joven lo aceptó y se acomodó. Su corazón estaba puesto en Chunhyang, no en contemplar los objetos de la casa. Fuera había creído que todo sería sencillo, pero ahora que estaba sentado allí, sentía el corazón inquieto. No encontraba palabras.

Desvió la mirada y observó la estancia. Los objetos estaban dispuestos con cuidado: armarios lacados²⁷, cofres decorados, utensilios diversos. Era extraño, pensó. Chunhyang aún no tenía marido. ¿Por qué, entonces, aquella casa guardaba tales cosas? La respuesta era otra: su madre, célebre en otro tiempo, había preparado todo aquello pensando en el día en que su hija fuese entregada a alguien digno.

En las paredes colgaban caligrafías de manos reconocidas y, entre ellas, pinturas. Pero lo que más llamaba la atención era una serie de escenas del Palacio de la Luna: el soberano celestial recibiendo a sus ministros en lo alto del cielo; Li Bai, el poeta inmortal, inclinado ante la Torre de la Grulla Amarilla²⁸ leyendo en soledad; el encuentro de un inmortal con la

doncella de jade tras construir el Palacio de Jade Blanco; los amantes del cielo reuniéndose en el puente de las Urracas el séptimo día del séptimo mes²⁹; la doncella de la luna vagando en la noche del Palacio de Gwanghan. Las imágenes se sucedían una tras otra, agitando el ánimo.

El joven apartó la vista. En otro rincón descubrió otra pintura: la del sabio ermitaño que había rechazado el poder del mundo y vivía entre montañas y ríos, con solo las aves y el silencio por compañía, con su caña de pescar lanzada al río en otoño. Un mundo lejano del ruido del mundo.

Y entonces, sobre una mesa, vio un poema escrito por Chunhyang:

Bajo el viento de primavera crece el bambú,
en la noche perfumada se estudia a la luz.

—Admirable —dijo el joven en voz baja—. El sentido de este poema recuerda a la fidelidad de Mulan³⁰.

Mientras así la elogiaba, la madre de Chunhyang habló:

—Es un honor que un joven señor de tan alto linaje descienda hasta esta humilde casa.

Aquellas palabras abrieron el camino. El joven respondió sin vacilar:

—No diga eso. La verdad es que en el pabellón Gwanghan, al ver a Chunhyang por un instante, no pude apartarla de mi pensamiento. Como una abeja que busca la flor, mi corazón quedó prendido. He venido esta noche, en apariencia, a verla a usted... pero en verdad deseo pedirle la mano a su hija y sellar con ella un compromiso para toda la vida. ¿Qué piensa?

La madre guardó silencio un instante y luego habló con calma:

—Sus palabras me honran. Pero escúcheme. Hace años, cuando el inspector Seong fue destinado a Namwon, me vio en una actuación y ordenó que lo sirviera. No pude desobedecer. Permanecí a su lado durante tres meses y luego partió. Fue entonces cuando, sin esperarlo, concebí a esta niña. El señor dijo que, cuando dejara de amamantarla, la llevaría consigo..., pero falleció antes de cumplir su palabra. No pude enviarla. La críe yo misma. Desde pequeña fue frágil, enfermaba con frecuencia. A los siete años le enseñé los primeros textos, la rectitud del corazón y el orden del hogar. Es hija de su linaje: comprende las cosas sin esfuerzo. ¿Quién podría negar su virtud? Pero el matrimonio se ha ido retrasando, y eso es motivo constante de preocupación. —Levantó la vista— Dice que quiere hacer un juramento de por vida con ella... pero le ruego que no hable así. Quédese esta noche, disfrute de la compañía... y luego, regrese en paz.

Esto no era lo que pensaba de verdad. Lo decía porque aún no conocía las intenciones del joven y quería ver hasta dónde llegaban.

El joven, contrariado, respondió:

—Eso no puede ser. Chunhyang aún no ha contraído matrimonio, y yo tampoco. ¿Acaso un hijo de familia noble diría una cosa hoy y otra mañana?

La madre lo miró con calma:

—Escúcheme aún. Los antiguos decían: «Nadie conoce mejor a una esposa que su marido, y nadie conoce mejor a una hija que su madre». Yo conozco el corazón de la mía.

Desde pequeña ha tenido un temple firme. Desea entregarse a un solo hombre en toda su vida. Su conducta es recta e inquebrantable, como el pino y el bambú que permanecen verdes en todas las estaciones. Aunque el mundo cambiara por completo, su corazón no variaría. Ni montañas de oro ni de jade la harían desviarse. Su espíritu es claro como el viento puro.

Su voz se volvió más grave:

—Por eso le hablo así. Si, movido por el deseo, sella hoy esta unión... y mañana, cuando los rumores crezcan, la abandona..., ¿qué será de ella? Sería como una joya fina hecha añicos, como un pato que pierde a su compañero en el río claro. Si su corazón es tal como le digo, reflexione... y actúe en consecuencia.

El joven, cada vez más impaciente, respondió:

—No dude más. Mi intención es clara y mi resolución, firme. Aunque no cumplamos todos los ritos formales del matrimonio³¹, ¿cree que mi corazón no alcanzará a Chunhyang? Cuando hago una promesa, no la quiebro. No tenga temor al mañana ni a las habladurías. Concédame su consentimiento.

La madre permaneció en silencio. Quizás un presentimiento. Quizás una señal ya vista en sueños. Al fin, su expresión cambió y habló con suavidad:

—Cuando nace el ave fénix, nace también su pareja. Cuando surge un gran general, aparece su caballo de guerra. Si en Namwon ha nacido Chunhyang, es natural que florezca en primavera.

Luego llamó:

—Hyangdan, ¿está preparado el servicio?

—Sí, señora.

Y comenzaron a disponer la mesa.

Los manjares eran abundantes y todo estaba dispuesto con limpieza y cuidado: vapor de ternera y de cerdo en cuencos grandes y pequeños; carpa al vapor; codornices en caldo fragante; abulones traídos de los mares del sur, cortados con precisión; brochetas de corazón y de callos; patas de faisán y de perdiz; fideos fríos en tazones de porcelana Buncheong³². Castañas frescas y cocidas, piñones, nueces, dátiles, granadas, cítricos, caquis, cerezas..., todo dispuesto en proporción.

Los recipientes para el vino eran igualmente diversos: jarras de jade blanco, jarras del color del mar profundo, jarras doradas con grabados de hojas, jarras de cuello largo, jarras de tortuga, jarras de flores, jarras de bambú del lago Xiaoxiang³³. Entre ellas, copas pequeñas de cobre dorado dispuestas en orden. En cuanto a los vinos: el vino de uva del inmortal Li Bai, el vino violeta de Angi, el vino de hojas de pino de los ermitaños del bosque, el vino de verano, el vino de receta secreta, el vino de los cien días, el aguardiente de oro, el licor de flores, el vino medicinal... y, entre todos, el perfumado vino de flor de loto, elegido sobre los demás. Lo templaron sobre brasero de carbón blanco a fuego lento hasta la temperatura justa, y lo sirvieron en copas de jade con forma de loro. Allí flotaba como una flor de loto en el estanque celestial.

Se bebió una copa, y otra, y otra más.

El joven Yi observó la escena y dijo:

—Lo que se ofrece esta noche no parece propio de una casa particular. ¿Cómo es posible tal abundancia?

La madre de Chunhyang respondió:

—He criado a mi hija con esmero, deseando que fuera digna de un hombre recto. Si no está preparada para recibir a quienes la visiten, el honor del hogar se ve afectado. Todo lo que ve aquí lo ha aprendido con sus propias manos. No se detenga en si es suficiente o no. Coma y beba según su gusto.

Sirvió el vino en la copa y lo ofreció al joven. Él lo tomó en la mano y suspiró:

—Si pudiera hacer las cosas conforme a mi voluntad, seguiría todos los ritos formales del matrimonio... pero, al no poder hacerlo, ¿cómo no sentir amargura?

Alzó la vista hacia Chunhyang:

—Tomemos este vino como si fuera el vino de nuestra unión³⁴.

Levantó la copa y habló:

—Escucha bien. La primera copa es de saludo. La segunda es de unión. Este vino no es un vino cualquiera: es el origen de lo que comienza entre nosotros. Nuestro vínculo no es pasajero. Está tejido desde antes de nacer, y no cambiará aunque pasen mil años. Que nuestra descendencia se extienda, que veamos a nuestros hijos y a los de nuestros hijos, y que al final podamos partir juntos sin que uno quede atrás del otro. Ese es el mayor de los destinos.

Bebió, y luego dijo:

—Hyangdan, sirve más vino. Dáselo también a tu señora.

—Y añadió— Tome. Es vino de celebración para la madre.

La madre de Chunhyang tomó la copa y, conteniendo la emoción, habló:

—Hoy es el día en que confío el destino de mi hija. ¿Cómo no habría de conmoverme? La he criado sin padre... y al llegar este momento, no puedo evitar recordarlo. Por eso mi corazón se entristece.

El joven dijo con ternura:

—Lo hecho, hecho está. No pensemos más en ello. Bebamos.

La madre bebió varias copas. Luego el joven ordenó que retiraran la mesa:

—Coman ustedes también. Y que Bangja haga lo mismo.

Cuando todo fue recogido, las puertas exteriores e interiores fueron cerradas. La madre llamó a Hyangdan y le indicó que preparara el lecho: almohadas de pino pulido y ropa de cama extendida con cuidado, suave y luminosa como la luz de las estrellas.

—Señor, descanse en paz.

—Hyangdan, sal. Ve a dormir con tu señora.

Las dos obedecieron y se retiraron.

La estancia quedó en silencio.

Frente a frente, Chunhyang y el joven permanecieron sentados. Él se acercó. Extendió los brazos con elegancia, como el ave fénix que despliega las alas en la cima de la montaña, y tomó con delicadeza las manos de Chunhyang.

—Quítate el vestido.

Era la primera vez para Chunhyang. Avergonzada, inclinó la cabeza y su cuerpo se movió con torpeza de un lado a otro, como un loto rojo que se estremece en aguas claras bajo el viento. El joven le quitó la chaqueta y la apartó; al intentar quitarle los pantalones y la ropa interior, ella se resistía sin

cesar. De un lado al otro, como el dragón azul del mar del este que serpentea sin hallar aún su curso.

—Ay... déjeme... por favor...

—No... no puede ser así.

Entre vacilaciones y resistencia, las ropas cedieron finalmente. Los lazos quedaron enredados en los dedos del pie, y él la atrajo hacia sí y la sostuvo con firmeza. [Aquí el texto original omite ciento ochenta caracteres]. Lo que ocurrió entre ellos no necesita palabras.

Pasó un día, luego otro. Eran jóvenes. Todo era nuevo. Poco a poco, la vergüenza se alejaba y en su lugar nacían la risa, las palabras suaves, los juegos ligeros. Sin darse cuenta, lo que había comenzado en silencio se convirtió en amor.

Y así pasaban el tiempo, uno junto al otro.

Y así jugaban, exactamente así.

La canción del amor

Amor, amor, este es mi amor.

Un amor alto como las nubes sobre el lago Dongting
bajo la luna, alto como el monte Musan. Un amor
profundo como el mar infinito más allá de las peonías
sin orilla. Un amor que contempla la Luna entre mil
cumbres bajo el cielo claro de las montañas de otoño.
Un amor que pregunta por la flauta de jade mientras
las grullas danzan en el cielo. Un amor que brilla en el
reflejo de la Luna, entre flores de melocotonero, al caer
suavemente el Sol. Un amor puro y delicado que sonríe
con gracia bajo la luna nueva. Un amor dispuesto por
el cielo en tres vidas anteriores, la tuya y la mía, que al

fin se han encontrado. Un amor sin falta, como el de los esposos que se pertenecen. Un amor que florece y se extiende como las peonías en el jardín de primavera. Un amor entrelazado como redes lanzadas sobre el mar de Yeonpyeong. Un amor unido hilo a hilo como el tejido de Jingnyeo en la Vía Láctea. Un amor guardado en secreto como el lecho de oro de la bella en la torre verde. Un amor que se extiende y se inclina como los sauces junto al agua. Un amor que se acumula en silencio como granos apilados en los graneros del norte y del sur. Un amor oculto en cada rincón como joyas encerradas en cofres de plata y jade. Un amor que, en la brisa primaveral de los montes floridos, flota como mariposas y abejas que juegan entre las flores. Un amor que flota como parejas de patos mandarines sobre aguas claras. Un amor que, en la noche del séptimo día del séptimo mes, reúne a Gyeonwoo y a Jingnyeo. Un amor como el del monje Seongjin que jugó con las ocho doncellas celestiales³⁵. Un amor como el del gran rey Xiang que encontró a su amada Yu Meiren. Un amor como el del emperador Xuanzong de Tang que encontró a Yang Guifei³⁶. Un amor delicado y persistente como las flores en la orilla de Myeongsa.

Todo esto... Todo eres tú, todo es amor.

Ah..., mi amor. Ah..., este, este es mi amor.

—Oye, Chunhyang... ve un poco más allá. Quiero ver cómo te alejas. Ahora vuelve. Quiero ver cómo regresas. Sonríe apenas, camina despacio. Déjame ver tu paso. Este

amor que nos ha unido... aunque quisiéramos romperlo, ¿dónde podríamos dejarlo? Si en vida es así, ¿cómo no habría de haber promesa también después de la muerte?

»Cuando mueras, te volverás letra. Serás tierra, serás sombra, serás mujer. El carácter de la tierra, el de la sombra, el radical de mujer. Y yo, cuando muera, también me volveré letra. Seré cielo, seré hombre, seré padre, seré varón, seré hijo. Y si tomo tu trazo y lo uno al mío, juntos formaremos la palabra bueno, la palabra grato, la palabra amor³⁷. Así volveremos a encontrarnos. Amor, amor... este es mi amor.

»Aún hay algo más en lo que podrías convertirte. Si murieras, te volverías agua: la Vía Láctea, las cascadas, los mares sin fin, los ríos claros, las corrientes de jade... dejando atrás todas las grandes aguas del mundo, te convertirías en esa agua donde el yin y el yang se funden, que nunca se agota, ni siquiera en los siete años de la gran sequía. Y yo, al morir, no seré ave cualquiera. No seré el cuco, ni la grulla azul del paraíso, ni la gran ave del cielo. Seré el pato mandarín, el que vuela siempre en pareja y nunca se separa. Y flotando sobre el agua, uno junto al otro, sin alejarnos jamás... cuando me veas, sabrás que soy yo. Amor, amor... este es mi amor.

»¿Y eso tampoco quieres ser tú?

—No... eso tampoco.

—Entonces no seas la campana de Gyeongju ni la de Jeonju ni la de Songdo. Sé la gran campana de la capital, la de Jongno en Hanyang³⁸. Y yo seré el mazo que la hace sonar. Respondiendo a los treinta y tres cielos y los veintiocho astros, cuando se apaguen las tres hogueras de la colina de

Jilmajae y las dos hogueras del monte Namsan³⁹, en el instante en que resuene el primer golpe de la campana... deng, deng... Los demás solo oirán el sonido de la campana. Pero nosotros, en nuestro corazón, sabremos: Chunhyang-deng, señor Yi-deng. Así nos encontraremos. Amor, amor... este es mi amor.

»¿Y eso tampoco te gusta?

—No... eso tampoco me gusta.

—Entonces hay otra forma. Tú serás el mortero y yo seré el mazo del molino. Y en el año, mes, día y hora del signo gyeongshin⁴⁰, como el molino que fabricó Jiang Taigong, thuk-kudung, thuk-kudung... cuando golpee, sabrás que soy yo. Amor, amor... este es mi amor.

Chunhyang respondió:

—No... eso tampoco me gustaría.

[Aquí el texto original omite ciento sesenta y seis caracteres].

—Entonces, escucha. Si murieras, te convertirías en una flor de begonia en la orilla lejana y yo, al morir, me volvería mariposa. Yo tomaría tu flor entre mis alas, y tú rozarías mis alas con tu fragancia. Y cuando la brisa de primavera apenas soplara, flotaríamos juntos, danzando suavemente.

»Amor, amor... este es mi amor. Mi dulce dulce amor.

»Te mire como te mire, sigues siendo mi amor. De un lado, del otro... todo en ti es amor. Si todo fuera así, ¿cómo podría uno vivir sin sucumbir a él? Ah... mi amor, mi dulce amor. Esa sonrisa leve... es como la peonía, reina de las flores, que, tras una larga noche de lluvia fina, apenas comienza a abrirse. Por más que te contemple, sigues siendo mi amor, mi único amor.

»Entonces, ¿qué haremos? Ya que tú y yo estamos unidos por el *jeong*⁴¹, juguemos con ese mismo sentimiento. Sentémonos juntos y cantemos la canción del *jeong*.

—Escuchemos.

—Escucha, amor mío. Tú y yo estamos ligados. ¿Cómo no habría de haber ternura entre nosotros? Como el río largo y sereno, como la emoción del viajero que se aleja... En el muelle, al despedirse, el corazón no puede sino entristecerse. Quien ha visto una despedida no ha dejado de sentir ese lazo.

»El lazo del pabellón donde el rey festejó bajo la lluvia, el lazo de los ministros en la gran corte, el lazo del estudio y la meditación, el lazo de la familia reunida, el lazo de los amigos que se reencuentran, el lazo de la paz que se restaura en tiempos de caos, y el nuestro, el de nosotros dos, que quisiéramos eterno.

»Bajo la luna clara, entre estrellas silenciosas, el lazo del lago Xiaoxiang, el lazo de todas las cosas del mundo.

»Hay lazos que alegran, lazos que preocupan, lazos en lo cotidiano, en la comida, en la vida, lazos en la fortuna... y también en la desdicha, lazos del pabellón del pino, del pabellón oficial, del interior del hogar y del exterior del mundo, del pabellón amado, del pabellón del cielo abierto, del pabellón de la fragancia donde reposó Yang Guifei, del lazo de las dos consortes de Shun junto al río Xiaoxiang, del pabellón de Hansong, del pabellón de la primavera en flor, del pabellón de la nube blanca bajo la luna del unicornio. Y el lazo nuestro, el que nos une.

»Si lo pensamos con sinceridad, tu corazón es íntegro y recto; mi intención es firme y verdadera. Y siendo tan profundo

este afecto, si algún día llegara a romperse... sería un dolor imposible de soportar.

—Por eso, que este vínculo sea verdadero.

—Ese... es el lazo del que hablo.

Chunhyang, complacida, dijo:

—Si es así, lleno de sentimiento..., reciten una bendición para esta casa.

El joven rio:

—¿Crees que eso es todo? Aún hay más. Escucha ahora la canción de los palacios.

—¡Qué cosa tan extraña! ¿Y qué es eso?

—Escucha. Hay en ello palabras hermosas.

»En este mundo estrecho, bajo los cielos que se abren, entre truenos, relámpagos, viento y lluvia, se alzan los palacios. El gran palacio donde el soberano celestial recibe a sus ministros, el imponente palacio de las Puertas del Cielo lleno de esplendor, el gran palacio Dading donde los huéspedes llenaban la corte, el palacio Afang del emperador Qin Shihuang⁴², el palacio Xianyang donde el fundador de Han conquistó el mundo, el palacio Changle, el palacio Changxin de la concubina Ban, el palacio de primavera del emperador Xuanzong de Tang, los palacios que se elevan aquí, los palacios separados que se alzan allá, el palacio de Cristal en el fondo del mar, el palacio de Gwanghan en el interior de la Luna... y ahora, tú y yo, unidos en un mismo destino: nuestra unión, que no tendrá fin.

Chunhyang sonrió apenas:

—No diga esas tonterías.

—No son tonterías, —respondió él—. Chunhyang, probemos otro juego. El del cargarse a la espalda.

—¡Ay! ¿Y cómo se hace eso?

[El juego de cargarse el uno al otro se describía con palabras muy explícitas].

—Es muy sencillo. Nos quitamos la ropa, nos cargamos el uno al otro, nos abrazamos, y así jugamos.

—Ay..., yo no puedo. Me da vergüenza.

[Aquí el texto original omite ciento cuarenta y nueve caracteres].

El joven intentaba quitarle la ropa a Chunhyang mientras la persuadía con juegos y bromas. Era como el viejo tigre de la montaña espesa que trae a una hembra bien alimentada y, sin poder comérsela, la acaricia y la ronda gruñendo; como el dragón negro del mar del Norte que juega con la perla mágica entre las nubes de colores; como el ave fénix que sostiene la semilla del bambú y vuela entre los plátanos; como la grulla de nueve colores que lleva una orquídea en el pico y planea entre los viejos pinos. [Aquí el texto original omite ciento ocho caracteres].

Chunhyang, avergonzada, se apartó a un lado y se sentó recogida. El joven la observó en silencio. Su rostro estaba encendido, y finas gotas de sudor brillaban como cuentas sobre su piel.

—Chunhyang... ven aquí. Apóyate en mí.

Chunhyang, avergonzada, dudó.

—¿De qué te avergüenzas? Si ya lo sabemos todo el uno del otro. Ven.

La tomó y la alzó con cuidado, cargándola a la espalda.

—Vaya..., esta muchacha pesa más de lo que parece.
¿Cómo te sientes ahí arriba?

—Se siente... muy bien.

—¿Bien?

—Sí... muy bien.

El joven sonrió:

—Yo también estoy bien. Ahora escucha y respóndeme.

—Responderé. Dímelo.

—¿Eres oro?

—¿Oro? Eso no puede ser. En los ocho años de guerra entre Chu y Han, Chen Ping gastó cuarenta mil pesos en oro en sus intrigas para atrapar a Fan Zeng... ¿Cómo podría yo ser algo que se disipa tan fácilmente?

—¿Eres jade, entonces?

—¿Jade? Tampoco. El gran Qin Shihuang halló jade en el monte sagrado y lo convirtió en el sello imperial, ordenando que se transmitiera durante diez mil generaciones. ¿Y yo habría de ser algo destinado a reyes?

—Entonces, ¿eres una flor de begonia?

—¿Begonia? No. Si no estoy en la orilla de Myeongsa, ¿cómo podría serlo?

—¿Ámbar, cristal, perla?

—Tampoco. Las perlas y los adornos los llevan los ministros, los magistrados y los artistas más famosos del país. ¿Cómo podría compararme con algo tan corriente?

—¿Carey, coral?

—No. El carey sirve para los grandes biombos y el coral para las balaustradas de los palacios reales. No soy de ese mundo.

—¿La Luna entonces?

—¿La Luna? Tampoco. Si no soy la que nace esta noche en el cielo claro, ¿cómo podría llamarme así?

El joven la miró fijamente:

—Entonces, ¿qué eres? ¿Eres acaso ese ser encantador que hechiza a los hombres? ¿Te crio tu madre con tanto esmero solo para volverme loco?

—Amor, amor... este es mi amor.

—¿Qué quieres comer? ¿Castañas frescas o castañas cocidas? ¿O prefieres sandía redonda, cortada con un cuchillo fino de carey, bañada con miel clara de Gangneung, con su pulpa roja brillando en una bandeja de plata?

—No... eso tampoco me apetece.

—¿Entonces qué comerás? ¿Ciruelas silvestres ácidas y ásperas?

—No... eso tampoco.

—¿Entonces qué quieres? ¿Quieres que mate un cerdo? ¿Un perro? ¿O acaso quieres devorarme a mí?

Chunhyang respondió con una carcajada:

—¿Cuándo me ha visto comer personas?

—¡Ah, eso no puede ser! Ay... mi amor.

—Ya basta —dijo ella—. Bájame ahora.

—En este mundo todo se hace por turnos. Yo te he llevado a la espalda, ahora tú debes llevarme a mí.

—Ay, señor... usted es fuerte y por eso me llevó, pero yo no tengo fuerza.

—Claro que puedes. No hace falta cargarme por completo. Basta con que te apoyes, que mis pies rocen apenas el suelo, que me sostengas por detrás. Así...

Chunhyang lo alzó como pudo. Pero el equilibrio no era el mismo.

—¡Ay, qué torpeza!

Se tambalearon de un lado al otro.

El joven rio:

—Ahora que me llevas, ¿qué sientes? Yo te llevé y te dije palabras hermosas. Ahora te toca a ti.

—Entonces hablaré —respondió ella—. Escucha.

»Como si llevara sobre mí a un noble de Buyeo, como si sostuviera a un gran señor... mi corazón se ensancha, como si abrazara la grandeza misma.

»Si mi señor alcanzara la gloria, si llegara a ser ministro fiel, servidor leal del trono, protector del reino... sería como llevar sobre mí a los Seis mártires que no traicionaron, a los Seis que sobrevivieron sin doblegarse⁴³, al maestro Il, al maestro Wol, al maestro Goun, a Jaebong, al señor de Yodong, al poeta Song Gangjeon, al almirante Yi Sunsin⁴⁴, a Uam, a Toegye, a Sagye, a Myeongjae... como si los llevara a todos sobre la espalda.

»Así te llevo ahora. Tú, mi señor, mi único señor, mi amado sin medida.

»Cuando apruebes los exámenes⁴⁵ y entres en la corte, cuando asciendas paso a paso: secretario, erudito real, académico de Hallim... subgobernador, gobernador izquierdo, gobernador principal... gobernador de las ocho provincias, luego de vuelta a la capital: consejero real, gran académico, gran rector, ministro, primer ministro izquierdo, primer ministro derecho, gran primer ministro, gran rector de la Academia Real... con tres mil guardias dentro y ochocientos fuera, pilar leal del reino...

»Seguirás siendo mío.

»Mi señor, mi amado, mi único. Mi dulce dulce señor».
(Ella lo había masajeadó con devoción mientras hablaba).

—Chunhyang, probemos otro juego más. El del caballo.

—¡Qué cosa tan graciosa! ¿Y qué será ahora?

—Es muy sencillo. Te arrastras por el suelo como si fuera hielo, y yo te guío. Cuando digo ven, tú vienes; cuando digo retrocede, retrocedes; y cuando avances de nuevo, yo te sigo. Si lo haces con vigor, hay una canción para ello.

—¡Montemos, montemos!

—El soberano Xuanyuan⁴⁶ capturó a su enemigo en la llanura de Zhuolu con sus diez valientes guerreros y su carro que señala el sur, y regresó victorioso. El rey Yu dominó las grandes inundaciones durante nueve años y avanzó en su carro de seis ruedas. El inmortal Chisongja cabalga sobre nubes, Lü Dongbin sobre una garza blanca, Li Bai sobre una ballena, Meng Haoran sobre un burro, el inmortal Taeil sobre una grulla, el emperador de China sobre un elefante, nuestro soberano sobre un palanquín real, los tres grandes ministros sobre literas, los seis ministros sobre sillas de honor, el comandante del Ejército sobre un carruaje, los magistrados de cada distrito sobre literas simples, el magistrado de Namwon sobre una litera especial, los pescadores del río al atardecer sobre una barca de una sola hoja...

»Todos tienen en qué montar.

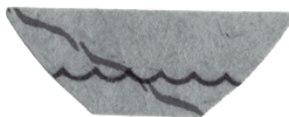
»Pero yo, en esta profunda noche de la tercera vigilia, no tengo nada en qué montar... [aquí el texto omite cuarenta y cinco caracteres], así que te tomaré a ti como mi montura.

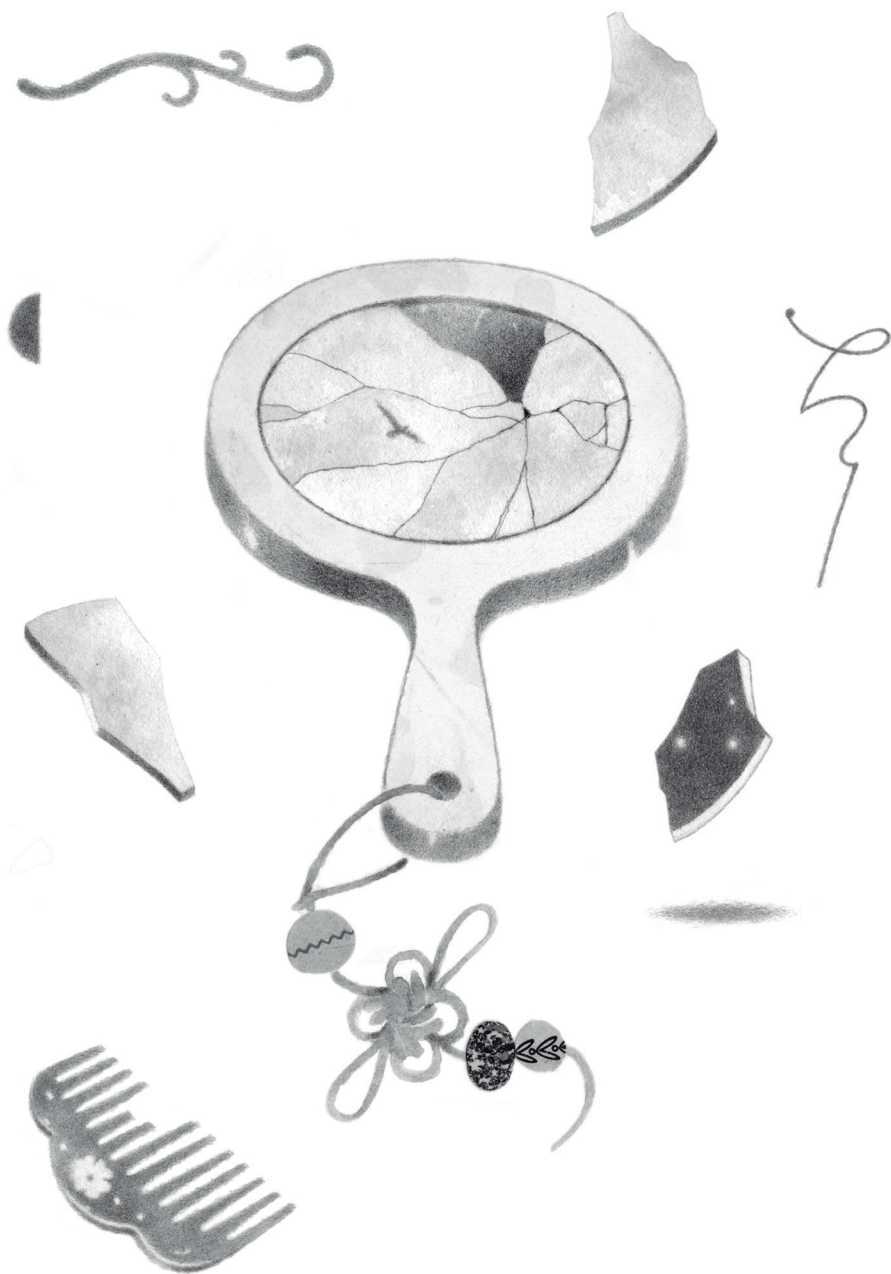
»Seré yo quien guíe, sujetando suavemente las riendas, y tú caminarás, ligera, como un caballo vivo. ¡Camina al paso! ¡Corre como corcel de guerra! ».

Anónimo

Jugaron. Rieron. Se enredaron en juegos y en palabras, en gestos y en cuerpos. Y en medio de todo ello, el tiempo dejó de existir.

Eran jóvenes los dos, dieciséis años cada uno, con el corazón encendido y sin darse cuenta de que pasaba el tiempo.





Cuarta parte La separación



En ese momento, de improviso, entró Bangja.

—Señor, el magistrado le llama.

El joven fue. El magistrado habló:

—Escucha. Ha llegado desde la capital un edicto que me nombra viceinspector del Este. Debo preparar los asuntos y partir. Tú acompañarás la marcha. Mañana, al amanecer, partiremos.

El joven escuchó las palabras de su padre. Por un lado, la noticia era motivo de honra. Por otro, el recuerdo de Chunhyang le oprimía el pecho. Sintió que todo el cuerpo se le aflojaba, como si el corazón se le quebrara en el pecho. Las lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por su rostro.

El magistrado lo miró:

—¿Por qué lloras? ¿Pensabas quedarte en Namwon toda la vida? Has sido llamado a un cargo en la corte. No te dejes llevar por sentimentalismos. Desde hoy, prepara todo. Mañana, sin falta, partirás antes del mediodía.

El joven apenas pudo responder. Se retiró. Entró en los aposentos interiores y, con lágrimas en los ojos, habló con su madre, tratando de explicar, de pedir, de encontrar alguna salida. Pero solo recibió reproches. Nada más.

Salió. El dolor le oprimía el pecho, pero no podía llorar en la calle. Se contuvo. Sin embargo, por dentro todo se desgarraba sin cesar. Cuando llegó ante la casa de Chunhyang, ya no pudo más. Las lágrimas estallaron.

—¡Ay... ay...!

Chunhyang, sobresaltada, salió corriendo.

—¿Qué sucede? ¿Te reprendieron al entrar? ¿Te ha ocurrido algo en el camino? ¿Ha llegado alguna noticia de la capital? Tú, tan sereno siempre..., ¿qué es esto?

Se acercó sin vacilar. Lo abrazó con fuerza y, con el borde de su manga, secó una y otra vez las lágrimas que le corrían por el rostro.

—No llores... no llores...

Pero cuanto más intentaba consolarlo, más lloraba él. Entonces Chunhyang se impacientó:

—Señor, no puedo soportarte así. Deja de llorar y dime qué ha ocurrido.

—Mi padre ha sido citado en la corte. Debemos partir.

Chunhyang, en lugar de entristecerse, respondió con una leve sonrisa:

—Es una buena noticia para tu casa. ¿Por qué habrías de afligirte así?

El joven respondió con el pecho oprimido:

—Porque debo dejarte atrás. ¿Cómo no habría de dolerme?

Ella lo miró con calma:

—¿Acaso pensabas que vivirías toda la vida en Namwon? ¿Y que yo podría seguirte así, sin más? Sube primero. Yo me quedaré aquí un tiempo, pondré la casa en orden y después subiré. No te preocupes. Si fuera por mí, iría sin ha-

cer ruido. Pero, aunque subiera, no podría vivir en la casa principal. Bastará con una casa pequeña cerca de la tuya. Búscala y déjala preparada. No seré una carga: me sostendré sola. Y tú... no podrás evitar casarte algún día. Cuando llegue ese momento, elige a una mujer de buena familia y cumple con tus deberes..., pero no me olvides por completo. Si alcanzas un alto cargo y eres enviado a las provincias, ¿cómo podrías presentarme ante todos? Eso no sería posible. Piensa bien... y obra en consecuencia.

El joven, desesperado, respondió:

—¿Cómo puedes decir eso? He querido hablar de esto con mi padre..., pero no he podido. Se lo dije a mi madre. Y me reprendió con dureza. Dijo que un hijo de familia noble no puede, tras bajar con su padre a una provincia, llevarse a una concubina. Que sería motivo de vergüenza ante la corte. Y que perdería toda posibilidad de carrera. No hay otra salida. Debemos separarnos.

Al escuchar aquellas palabras, Chunhyang quedó inmóvil por un instante. Y luego su rostro cambió por completo. El color le subió y bajó de golpe; los ojos se le encendieron, las cejas se alzaron tensas, las fosas nasales temblaban, los dientes crujían uno contra otro. Todo su cuerpo parecía desgarrarse por dentro, como un ave herida que no puede alzar el vuelo.

—¿Qué?... ¿Qué es lo que estás diciendo?

Se levantó de un salto. Se abalanzó hacia él. Con un tirón violento, rasgó su propia manga, se arrancó el cabello, lo apretó entre las manos y lo arrojó a los pies del joven.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Todo esto ya no sirve para nada!

Tomó los espejos, los adornos, los peines de coral, y los arrojó contra la puerta. Sonaron golpes secos, uno tras otro. Pisoteó el suelo, se golpeó las manos y, girándose de espaldas, se dejó caer. Entonces, entre sollozos, comenzó a lamentarse:

—¿Para qué sirven ahora todas estas cosas... ¿Para quién me adornaría yo? ¡Desdichada de mí, qué destino! Apenas tenía dieciséis años..., ¿cómo iba a saber que este amor terminaría en una despedida? Con palabras dulces me hiciste creer en una vida compartida... y ahora has dejado mi destino hecho añicos. ¡Ay, ay de mí!

Volviéndose lentamente, sin mirarlo de frente, habló con voz que fue creciendo:

—Dime, señor... ¿esas palabras que acabas de pronunciar son verdaderas? Cuando nos encontramos por primera vez y sellamos un juramento para toda la vida..., ¿era ya entonces voluntad de tu madre y de tu padre? ¿Qué significa esto ahora? Aquella noche, en la profunda soledad de la tercera vigilia, cuando no había nadie que nos viera, tú estabas allí y yo aquí. Juraste por el cielo, una y otra vez, que ni el cielo ni la tierra podrían separarnos. En la noche de Dano, el año pasado, tomaste mi mano, me llevaste fuera y, bajo el cielo claro, señalándolo una y otra vez, hiciste ese juramento. Yo creí. Creí en cada una de tus palabras. Y ahora, en el momento de partir, las arrojas como si nada.

Se llevó la mano al pecho.

—Yo aún soy joven..., ¿cómo he de vivir sin mi esposo?
En noches largas y sin fin... ¿cómo soportaré esta pena?

Y entonces su tono cambió, más duro:

—¡Cruel, cruel eres, señor! ¡Cruelles son los hombres de la capital! ¡El enemigo es este orden que separa lo noble y humilde! Dicen que, entre todas las afecciones del mundo, la de los esposos es la más profunda. ¿Cómo puede haber entonces un hombre tan despiadado? No pienses que, por ser yo de baja condición, puedes abandonarme sin más. Si esta Chunhyang, de destino frágil, deja de comer, deja de dormir, consumida por la pena..., ¿cuánto crees que podré vivir? Si muero de amor y mi alma se convierte en un espíritu errante⁴⁷..., ¿acaso no recaerá sobre ti la desgracia? ¡No trates así a una persona! ¡Moriría! ¡Sí, moriría! ¡Ay, qué dolor el mío!

Mientras Chunhyang lloraba sin consuelo, su madre, que aún no entendía lo que ocurría, murmuró para sí:

—Ah... esos dos están riñendo por amor. ¡Qué espectáculo...!

Pero al escuchar con atención, el llanto no cesaba. Dejó lo que estaba haciendo, se acercó en silencio a la ventana y escuchó. Entonces lo entendió.

—Esto... es una despedida.

Sus manos chocaron con fuerza.

—¡Vaya, vaya! ¡Que lo oiga todo el vecindario! ¡Hoy, en esta casa, mueren dos personas!

Subió de un salto, golpeó la ventana con ambas manos y entró.

—¡Tú, muchacha! ¡Muérete de una vez! ¡Viva no sirves para nada! ¡Al menos muerta, que este señor te cargue!

Cuando él se vaya, ¿a quién vas a darle tu corazón? ¿Cuántas veces te lo dije? No seas orgullosa, no te apartes de tu lugar. Elige a alguien de tu condición, un hombre de tu mundo... Si hubieras vivido así, ante mis ojos, tú estarías bien y yo también. ¡Pero no! ¡Te creíste distinta, mejor que los demás! ¡Mira qué bien ha terminado todo!

Golpeó sus manos con fuerza y se volvió hacia el joven. Su tono ya no era de grito, sino un hilo de voz:

—Hablemos, señor. Dice que se va... ¿Con qué motivo abandona a mi hija? Hace ya casi un año que le sirve. Dígame: ¿faltó en conducta? ¿Faltó en respeto? ¿Falló en su labor? ¿Fue descuidada en el habla? ¿Se comportó con ligereza? ¿Qué hizo mal? ¿Qué falta cometió para merecer esta desgracia? Un hombre no abandona a una mujer sin causa justa. ¿No conoce las razones por las que se puede repudiar a una esposa? Mi hija... tan joven... Día y noche la amó, la abrazaba, dormía junto a ella; juró no separarse jamás en los treinta y seis mil días de cien años... y ahora la deja caer como si nada.

Su voz se apagó un instante.

—Si cae una flor, ¿qué mariposa volverá a posarse en ella? Mi hija, tan pura como jade... con el tiempo su rostro envejecerá... y entonces, ¿quién la mirará? ¿Qué pecado ha cometido para desperdiciar así toda su vida? Cuando usted se haya ido, ella lo esperará. Por las noches, bajo la luna, caminará sola, suspirando sin cesar. ¿Pensará en ella? ¿O la olvidará por completo? Ni una carta. Ni una palabra. Y ella llorará hasta empapar su ropa de lágrimas. Entrará en su habitación sin desvestirse siquiera, se recostará sola abrazando el vacío. Llorará día y noche.

¡Eso no es vida! ¡Eso consume el alma! Y si muere así, consumida por la pena... ¿qué será de mí? Una vieja que pierde a su hija y pierde también a su yerno... ¿Con qué viviré? ¿A quién me aferraré? ¡No hagan esto! ¡No hagan algo que nadie haría!

Y finalmente estalló:

—¿Qué es usted? ¿Tiene dos cabezas para actuar así? ¡Qué espanto! ¡Qué hombre tan terrible!

La madre, fuera de sí, se abalanzó sobre él. Si aquellas palabras llegaban a los oídos del magistrado, todo habría estallado en un escándalo. El joven, apresurándose, trató de calmarla:

—Señora... si pudiera llevarme a Chunhyang conmigo, todo estaría resuelto.

Ella respondió de inmediato:

—Y si no la lleva, ¿la abandona aquí sin más?

El joven bajó la voz:

—No se altere más. Siéntese y escúcheme. He pensado en algo... pero es una idea que, si se dice en voz alta, no solo me avergonzaría a mí, sino también a todos mis antepasados.

La madre lo miró, desconfiada:

—¿Qué clase de idea es esa?

El joven habló en voz muy baja:

—Mañana, cuando parta la comitiva de mi padre, saldrá también el santuario familiar con las tablillas ancestrales⁴⁸. Yo me uniré a ese cortejo. Llevaré las tablillas ocultas en la manga de mi túnica... y Chunhyang irá en el palanquín. No hay otra manera.

Al escuchar aquello, Chunhyang lo miró en silencio. Luego negó suavemente y se volvió hacia su madre:

—Madre... no insista más. Nuestra vida ya está en sus manos. Deje que decida. Esta vez no hay otra salida que la separación. Si hemos de separarnos, ¿para qué forzar lo imposible? Solo la cercanía es lo que nos hace hablar así. Madre... vaya a la otra habitación.

Y casi en un susurro:

—Parece que mañana será el día de la despedida.

Se le quebró la voz.

—Ay... mi destino..., ¿cómo podré soportarlo?

Se volvió hacia él:

—Señor...

—¿Sí?

—¿De verdad nos separaremos?

Encendieron la lámpara. Se sentaron frente a frente. Pensaron en la partida. Pensaron en lo que quedaba atrás. Ya no podían distinguir nada frente a ellos. Los suspiros se alzaban, las lágrimas corrían sin descanso. Se tomaron de las manos y se miraron el uno al otro. Querían retener el tiempo.

—¿Cuántas noches más podré verte? Escucha... esta tristeza que llevo dentro... Mi madre ya es anciana y no tiene a nadie más que a mí, su única hija. Creí que, apoyándome en ti, mi vida encontraría su lugar. Pero el destino fue cruel y los espíritus nos fueron adversos... y hemos llegado hasta aquí.

Sus lágrimas no cesaban.

—Cuando suba a la capital..., ¿en quién podré apoyarme? ¿Cómo viviré con este peso en el corazón? Cuando

las flores de primavera llenen los campos..., ¿cómo podré disfrutarlas? Cuando el otoño llegue y las hojas se enciendan de rojo..., ¿qué consuelo podré hallar? En las noches solitarias, en esa habitación vacía y larga..., ¿cómo soportaré la oscuridad? Mis suspiros serán mi único aliento, mis lágrimas mi única compañía. En la montaña silenciosa, cuando amanezca..., ¿cómo resistir el canto del cuco? En cada estación, en cada paisaje... todo será tristeza.

Se echó a llorar con fuerza.

El joven la sostuvo entre sus brazos y habló:

—Chunhyang, no llores. Las mujeres que esperan a sus esposos ausentes, las esposas de quienes cruzan montañas y ríos... todas han vivido así. Los amantes separados por ríos y mares han soportado esta misma pena. Aunque esté lejos, cuando la luna brille en tu ventana... no dejes que la tristeza te consuma el cuerpo. No podré olvidarte. Ni un día, ni una sola hora..., ¿cómo podría ser indiferente? No llores... no llores.

Chunhyang, llorando aún, volvió a hablar:

—Cuando llegues a la capital, en cada calle te aguardará el placer. En cada esquina, el vino; en cada casa, mujeres hermosas; en cada lugar, música y flores. Tú, que tanto sabes apreciar esas cosas... viviendo así, día y noche..., ¿crees que recordarás, aunque sea un solo instante, a una pobre mujer como yo? ¡Ay, mi destino!

El joven respondió de inmediato:

—Chunhyang, no llores. En Hanyang⁴⁹ hay innumerables mujeres hermosas..., pero en lo más profundo de mi corazón no hay lugar para ninguna más que para ti.

Aunque llegue a ser un gran hombre..., ¿cómo podría olvidarte ni siquiera por un momento?

»Las noticias no te faltarán. Dicen que incluso la Reina Madre del Oeste⁵⁰ envió cartas desde mil li de distancia para encontrarse con su señor. Entre Namwon y Hanyang, ¿cómo no ha de llegar una palabra mía? No te angusties. Cuídate».

Pero el tiempo no se detenía. Ambos permanecían allí, incapaces de separarse. Entonces un sirviente irrumpió jadeando:

—¡Señor! ¡Debe partir de inmediato! ¡En la casa hay alboroto! El magistrado pregunta por usted. He dicho que había salido un momento a despedirse de un amigo..., pero no hay más tiempo. ¡Debe venir ahora!

—¿Está listo el caballo?

—Sí, señor. Todo está preparado.

El caballo blanco esperaba. Todo estaba dispuesto para la partida.

El joven se volvió. Y en ese instante, Chunhyang cayó. Se desplomó desde el estrado y se aferró a sus piernas con una fuerza desesperada.

—¡Si quieres ir, mátame primero! ¡Si me dejas viva, no podrás irte! ¡No puedes... no puedes ir!

Su voz se quebró. Y luego el cuerpo ya no resistió. Se desvaneció. Quedó inmóvil en el suelo.

La madre corrió hacia ella:

—¡Hyangdan! ¡Trae agua, rápido! ¡Prepara una infusión, trae medicinas! ¡Insensata! ¡Si te destruyes el cuerpo así, qué será de mí, vieja y sola!

Chunhyang recobró apenas el sentido:

—Ay... qué dolor tan intenso...

La madre, fuera de sí, se volvió hacia el joven:

—Señor... ¿qué ha hecho usted con esta pobre criatura? Si esta hija mía, tan firme en su corazón, muere de pena... yo, que quedaré sola en este mundo, ¿de quién podré depender?

El joven no hallaba palabras. Se inclinó hacia Chunhyang:

—Chunhyang... ¿qué es esto? ¿Quieres no volver a verme nunca más? Incluso las despedidas más dolorosas conocen el día del reencuentro. La madre que se separa de su hijo, el marido que deja a su esposa en tierras lejanas, los hermanos que se apartan en el camino, los amigos que se despiden en la puerta de la ciudad... todos ellos, aunque se separen, se dan noticias unos a otros y algún día vuelven a verse. Yo iré a la capital, aprobaré los exámenes y volveré por ti. Así que no llores. Cuida tu cuerpo. Si lloras demasiado, tus ojos se hincharán, tu voz se quebrará, tu cabeza dolerá. La piedra, aunque pasen mil años, no sabe que llegará a ser polvo. El árbol que espera permanece en pie junto a la ventana, atravesando todas las estaciones, sin saber cuándo llegará la primavera. Pero el corazón que ama... ese enferma de añoranza. Si quieres volver a verme... no te abandones al dolor. Quédate bien y espera.

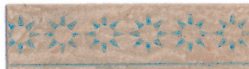
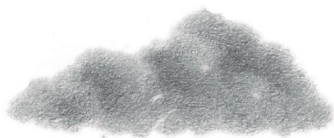
Chunhyang, sin salida alguna, guardó silencio. Luego habló:

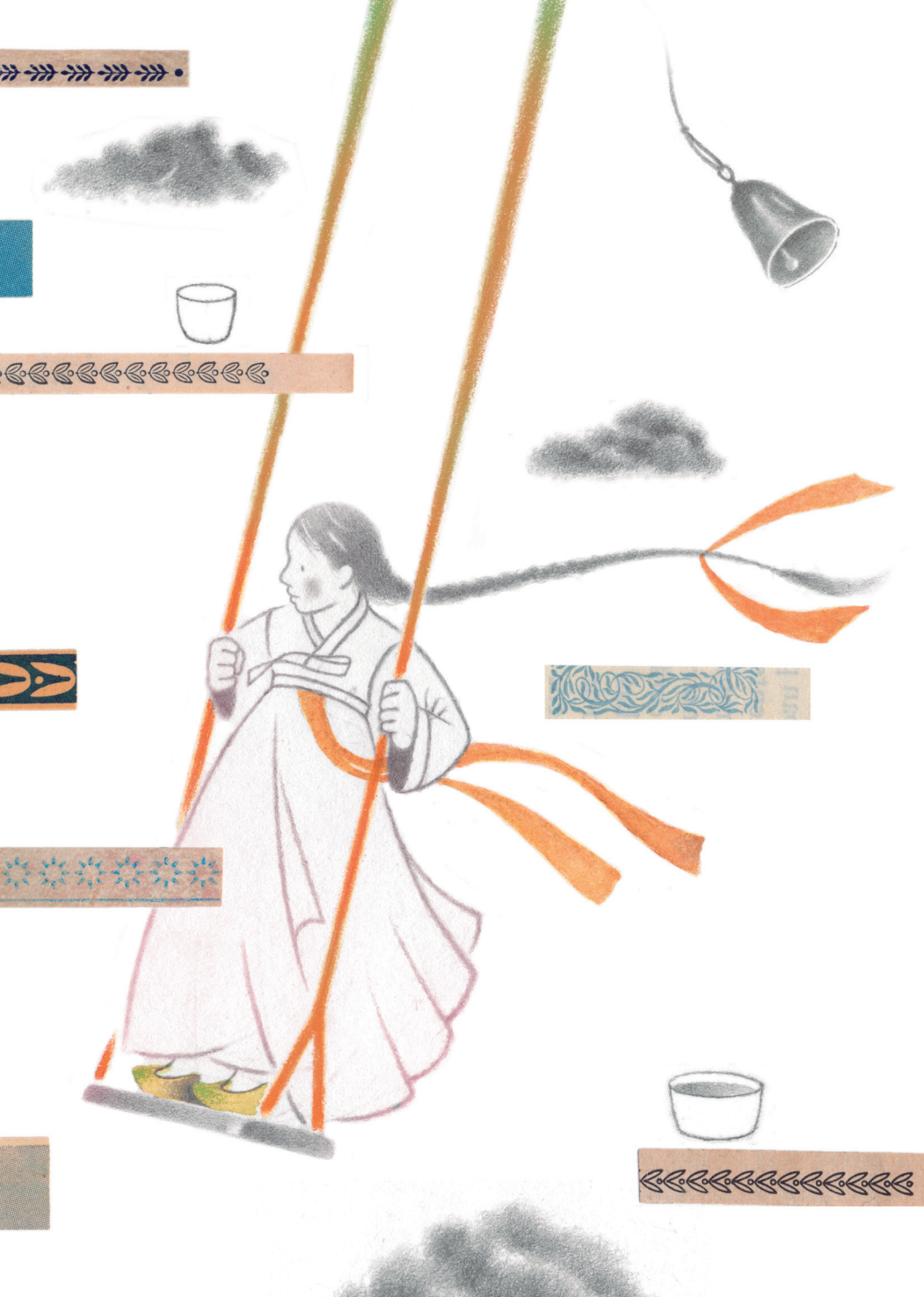
—Señor... toma al menos una copa de vino de mi mano antes de partir. Si te vas sin probar nada, lleva al menos este pequeño cofre de comida...⁵¹ y cuando descanses en el camino, come pensando en mí.

—Hyangdan, trae el vino.











Quinta parte El sufrimiento



En aquel tiempo, tras apenas unos meses, fue nombrado un nuevo magistrado: un noble llamado Byeon Hakdo⁵², originario de Jahakgol. Era hombre de letras, de presencia vivaz y modales desenvueltos; versado en los placeres y en los usos del mundo, generoso en sus gastos y liberal en sus costumbres. Sin embargo, no carecía de defectos: su temperamento era áspero, inclinado a los excesos y, más de una vez, su conducta daba motivo de escándalo. Quienes lo conocían bien lo consideraban obstinado e incorregible.

Cuando el séquito del nuevo magistrado se presentó, fueron anunciándose uno a uno:

—Los alguaciles están presentes.

—Los escribanos.

—Los inspectores.

—Los subordinados.

—Llamen al jefe administrativo.

—Aquí está.

—¿En esta jurisdicción hay algún asunto pendiente?

—No, señor. Todo está en orden.

—Dicen que las *gisaeng* de esta región son las mejores de las tres provincias del sur⁵³.

—Así es, señor. Son dignas de servicio.

—Y también he oído que hay una joven llamada Chunhyang, de gran belleza.

—Sí, señor.

—¿Se encuentra bien?

—No hay novedad, señor.

—¿A cuánta distancia está Namwon de aquí?

—A seiscientos treinta li, señor.

—Tengo prisa. Preparen todo de inmediato.

El mensajero se retiró y murmuró para sí:

—Algo va a suceder en nuestro distrito...

Aquel mismo día, habiendo fijado con premura la fecha de partida, el nuevo magistrado emprendió el viaje hacia su destino con una pompa imponente.

El cortejo avanzaba como una nube en movimiento. Un palanquín ricamente adornado se balanceaba sobre los hombros de los portadores, con cortinas azules a ambos lados. Los asistentes que lo flanqueaban vestían de colores vivos, ceñidos con cinturones de cuero oscuro rematados en metal brillante. El sombrero oficial de nácar de Tongyeong⁵⁴, inclinado con estudiado descuido sobre la frente, oscurecía parte de su rostro. Aferrando con firmeza las riendas de la cortina del palanquín, su voz resonó con dureza:

—¡Apártense! ¡Dejen paso!

La autoridad descendía con él, rígida, incontestable. Dos asistentes lo seguían de cerca con sombreros adornados con cuentas; tras ellos, los oficiales, los inspectores y los escribanos, todos en perfecta formación. Guardias con estandartes abrían el camino; otros se desplegaban a los lados de la calzada. Sombrillas ceremoniales de seda blanca con bordes de

seda del sur se alzaban sobre su figura, y los ornamentos de estaño, al moverse, lanzaban destellos fugaces a cada paso. El sonido del avance —mezcla de pisadas, trompetas y órdenes— hacía eco en las montañas, mientras los cantos de los heraldos se elevaban hasta perderse entre las nubes.

Atravesaron Jeonju⁵⁵, donde se detuvieron brevemente en la oficina provincial y en la casa de huéspedes. Sin demora retomaron el trayecto: cruzaron colinas, pasaron Imshil⁵⁶ con rapidez y, tras un breve descanso, volvieron a partir para llegar ese mismo día a su destino. Al aproximarse al pabellón de entrada, la escolta se desplegó con rigor: estandartes azules y rojos en parejas, emblemas de las cuatro direcciones; guardias del norte, del sur, del este y del oeste, formados de a dos, doce parejas de soldados a ambos lados. Todo era alboroto y bullicio. El estruendo de los instrumentos militares llenaba el aire, y el retumbar de los cantos de honor hacía vibrar los caminos cercanos y lejanos.

Al entrar en la casa de huéspedes, el magistrado descendió con gravedad. Se cambió de ropa y fue a anunciarse en la sala oficial. Los habitantes del lugar, alineados a ambos lados, contenían la respiración. Tras instalarse en la sala de gobierno⁵⁷ y recibir el banquete de bienvenida, dio la orden:

—Que se presente el oficial principal.

Recibió los saludos del oficial principal y de todos los funcionarios de los seis departamentos⁵⁸. Luego ordenó:

—Llamen al encargado de las *gisaeng*. Que se haga el registro.

El jefe local obedeció. Abrió el registro y comenzó a llamar, uno a uno, los nombres escritos con esmero, cada uno acompañado de sus versos propios.

—Myeongwol, luna de los jardines del este en otoño.

Myeongwol entró. Levantó varias veces el borde de su falda, ajustándola pulcramente al pecho, y avanzó con pasos pequeños y contenidos.

—Presente.

—Retírate.

—Dohong, de rostro tan delicado como los dos colores reflejados en el agua de primavera.

Dohong apareció, sosteniendo su falda roja entre ambas manos, avanzando con el mismo cuidado.

—Presente.

—Retírate.

—Chaebong, como el ave solitaria que pierde a su pareja entre las montañas, firme en su temple y de lealtad inquebrantable.

Chaebong entró con pasos medidos, recogiendo su vestidura con elegancia.

—Presente.

—Retírate.

—Yeonsim, flor entre las flores, cuya figura pregunta al mundo por la pureza del loto.

Yeonsim se acercó, arrastrando suavemente el borde de su falda, con movimientos lentos y precisos.

—Retírate.

—Myeongok, brillante como la luna sobre el mar profundo, jade blanco del monte sagrado.

Myeongok entró. Su figura, armoniosa, se movía con una elegancia contenida. Cada paso caía con un peso suave mientras avanzaba despacio, en silencio.

—Presente.

—Retírate.

—Aengaeng, como el ruiseñor entre los sauces dorados bajo el cielo claro de primavera.

Aengaeng apareció, recogiendo el vuelo de su falda roja y ajustándola con firmeza sobre el pecho. Caminó con pasos breves y contenidos, presentándose con discreción.

—Presente.

—Retírate.

El magistrado ordenó:

—Llámenlas con más rapidez.

—Sí, señor.

El jefe obedeció. Esta vez los nombres fueron llamados con versos más breves.

—En el alto pabellón de Gwanghan, aquella que ofrecía las copas... Gyehyang.

—Presente.

—Tú, joven bajo el pino, que preguntas dónde está el maestro, en las verdes montañas... Unsim.

—Presente.

—Desde el palacio de la luna, quien arranca la rama del árbol de canela... Aejol.

—Presente.

—¿Dónde habita el dueño de esta casa? En el sendero de flores... Haenghwa.

—Presente.

—La luna del monte Ami⁵⁹ reflejada en las aguas del río... Gangseon.

—Presente.

—En el corazón del árbol de paulownia, quien pulsa la cítara... Tangeum.

—Presente.

—Flor de loto en pleno otoño, que llena el estanque... Hongnyeon.

—Presente.

—Con bolsa de brocado al cinto y adornada con nudos de seda... Geumnang.

—Presente.

El magistrado, impaciente, dio otra orden:

—Llámenlas de a varias.

—Yangdaeseon, Woljungseon, Hwajungseon.

—Presentes.

—Geumseon, Geumok, Geumnyeon.

—Presentes.

—Nongok, Nanok, Hongok.

—Presentes.

—Nakchun, mecida por el viento de la primavera tardía.

—Presente... aquí estoy.

Nakchun entró. Venía esforzándose visiblemente por parecer elegante, como si sobre todo su cuerpo cargara una gracia que no le pertenecía. Decían que se empolvaba el rostro... y en efecto: desde la frente hasta detrás de las orejas se había cubierto sin medida, como si hubiera comprado toda la cal del mercado y se la hubiera untado sin recato, dejándose la cara blanca como una pared recién enlucida. Alta y desgarrada, casi como un espantapájaros en mitad del campo, alzó el borde de su falda hasta sujetarlo bajo el mentón, y

avanzó con un paso torpe y pesado, como si caminara sobre barro, dando saltos desacompañados, entrando a trompicones.

—Presente.

—Retírate.

Entre todas aquellas *gisaeng* hermosas que llenaban la sala, el magistrado, sin embargo, tenía en mente otro nombre. Había oído hablar de Chunhyang, y ese nombre se le había quedado grabado con insistencia. Por más que escuchaba la lista, ese nombre no aparecía. Frunció el ceño y llamó al encargado:

—¿Ya ha terminado el registro? ¿Por qué no se ha llamado a Chunhyang? ¿Está retirada?

El funcionario respondió con cautela:

—La madre de Chunhyang fue *gisaeng*... pero Chunhyang no lo es.

El magistrado frunció el ceño:

—Si no es *gisaeng*, ¿cómo es que su nombre circula con tanta insistencia entre la gente?

El funcionario respondió:

—Es hija de *gisaeng*, sí, pero su virtud y su belleza son tales que incluso hombres de casas ilustres y jóvenes eruditos han solicitado verla. Sin embargo, ni ella ni su madre aceptan tales visitas. Durante todo un año han rechazado invitaciones sin siquiera prestarse a conversaciones ligeras. Y, por un destino que parece haber sido dispuesto por el cielo, ha sellado un compromiso de por vida con el joven señor Yi, hijo del magistrado anterior. Antes de partir, él le hizo prometer fidelidad, y Chunhyang ha guardado esa promesa sin quebrantarla.

El rostro del magistrado se endureció:

—¿Y quién es ese tal joven para que se le trate con semejante reverencia? ¿Desde cuándo un muchacho puede tomar por concubina a quien le place y luego dejarla como si nada? No vuelvas a repetir esas palabras. No pienso quedarme sin verla por escuchar excusas. Basta de hablar. Traedla.

La orden cayó con peso. El oficial administrativo dudó un instante antes de hablar:

—No solo no es *gisaeng*... su vínculo con el joven señor es serio. Forzar su presencia podría ir en contra de la rectitud del Gobierno y manchar la autoridad de su cargo...

El magistrado estalló:

—¡Si se retrasa un solo instante, castigaré a todos, desde el primero hasta el último! ¿No pueden traerla de inmediato?

Los oficiales se miraron unos a otros, pálidos:

—Kim Beonsu, I Beonsu... ¿Han visto alguna vez algo así? —murmuraron en voz baja—. Pobre Chunhyang... su virtud está en peligro. La orden es absoluta. Vamos... debemos ir.

Y se apresuraron a cumplirla.

Los alguaciles y los sirvientes, mezclados unos con otros, llegaron finalmente ante la puerta de Chunhyang. Ella, sin saber si eran funcionarios o guardias quienes venían, pasaba los días y las noches pensando solo en el joven señor, sumida en el llanto. Su lamento, nacido de lo más hondo del pecho, se volvía un ruego triste que hería el corazón de quien lo escuchara. El anhelo la consumía por dentro. No comía, no podía dormir; su cuerpo, agotado por la pena, se marchitaba poco a poco. La sangre y la carne perdían su fuerza, y

su llanto, debilitado, se transformaba en una melodía lenta y arrastrada:

—¿Debería irme? ¿Debería irme tras él? Lo seguiría, aunque fueran mil li... aunque fueran diez mil. Cruzaría tormentas, escalaría montañas, atravesaría cumbres donde ni las aves más veloces se detienen a descansar. Si él me llamara, caminaría descalza, sin detenerme un solo instante. Mi amado, en la capital..., ¿pensará en mí como yo pienso en él? ¿O, sin corazón, me habrá olvidado ya y habrá entregado su amor a otra?

Los hombres, al escuchar su voz, no pudieron permanecer indiferentes. Sus corazones se aflojaron de inmediato.

—¿Cómo no compadecerse de esto? —murmuraron—. Si no somos capaces de proteger a una mujer así, ¿qué clase de hombres somos?

Pero en ese mismo instante, uno de los alguaciles, apremiando a los demás, alzó la voz:

—¡Sal ya!

El grito la sobresaltó. Chunhyang se volvió y miró por la rendija de la puerta: eran los alguaciles.

—Ah... lo había olvidado. Hoy era el tercer día del registro... algo debe de haber ocurrido.

Abrió la ventana y los recibió con calidez:

—¡Ah, señores! ¡Pasen, pasen! ¡Qué visita tan inesperada! ¿El camino estuvo tranquilo? ¿Y el nuevo magistrado..., ¿qué clase de hombre es? ¿Han pasado ya por la casa del magistrado anterior? ¿No llegó ninguna carta del joven señor Yi?

Los tomó de las manos y los fue guiando hacia el interior.

—El otro día estaba ocupada y no pude atenderles como correspondía..., pero no crean que mi corazón ha cambiado. Entren, por favor... entren.

Los hizo sentarse y llamó a Hyangdan:

—Trae vino y comida.

Después de hacerlos comer y beber hasta dejarlos bien entonados, abrió el cofre, sacó diez mil monedas de cobre y las puso delante de ellos:

—Señores, tomen esto y, de camino, beban un poco. Les ruego que no dejen malas habladurías tras de sí.

Los alguaciles, ya encendidos por el licor, respondieron:

—¿Dinero? Eso no viene al caso. ¿Cree que hemos venido hasta aquí por codicia?

Y sin embargo añadieron:

—Vuélvelo a guardar... Kim Beonsu, guárdalo tú. No está bien lo que hacemos, pero ¿acaso se le puede tapar la boca a todo el mundo?

Así, aceptando el dinero y echándoselo al cinto, entraron tambaleándose. Entonces apareció la jefa de las *gisaeng*. Venía dando palmadas secas con ambas manos y apenas entró dijo:

—Escucha bien, Chunhyang. Una fidelidad como la tuya también la tengo yo; una castidad como la tuya también la he guardado yo. ¿Por qué solo la tuya habría de contar? ¿Por qué solo la tuya habría de valer? Señorita de la fidelidad, señorita de la castidad... por una mocosa como tú, empeñada hasta el fin, los seis departamentos, los funcionarios de cada oficina y todos los responsables van a quedar arruinados. Vamos ya. Date prisa. Vamos.

Sin más remedio, Chunhyang salió por la puerta con la misma dignidad con que había guardado su fidelidad.

—Hermana, hermana..., jefa de las hermanas, no me trates así. Tú eres jefa de *gisaeng* desde hace generaciones; yo no soy más que Chunhyang. En esta vida se muere una sola vez, no dos.

Así, con paso vacilante, entró en la sala del magistrado.

—Chunhyang está presente.

El magistrado, al verla, se llenó de satisfacción. Era ella, sin duda.

—Sube.

Chunhyang avanzó y se sentó en lo alto, erguida y en silencio. Entonces el magistrado ordenó:

—Vayan a la oficina. Que venga el encargado.

Los hombres de letras entraron. El magistrado, complacido, señaló hacia ella:

—Miren. Esa es Chunhyang. ¿Qué les parece?... Verdaderamente hermosa.

—Lo es —respondieron—. Desde que estaban en la capital, no dejaban de mencionar su nombre. Vale la pena verla.

El magistrado rio:

—¿Se atreverían a servir de intermediarios?

Se recostó un momento y luego añadió:

—Desde el principio habría sido mejor enviar a una casamentera en lugar de hacerla venir así. Ahora el asunto ha tomado un cariz incómodo..., pero, ya que está aquí, no queda más que convertirlo en matrimonio.

El magistrado, satisfecho, se volvió hacia Chunhyang y ordenó:

—Desde hoy, arréglate como corresponde y preséntate para servirme.

Chunhyang respondió con calma:

—Agradezco la orden, pero ya he entregado mi vida a un solo hombre. No puedo obedecer.

El magistrado soltó una risa breve:

—Vaya, vaya..., ¡qué mujer! Así que eres verdaderamente virtuosa. ¡Qué admirable tu fidelidad, qué firme tu decisión! No puedo negarlo. Pero ese joven del que hablas es hijo de una familia noble de la capital, rodeado de linajes ilustres. ¿Crees que recordará a una mujer como tú, a quien conoció solo por un breve afecto, como a una flor encontrada al paso? Tú, en cambio, podrías conservar esa virtud hasta que tu rostro pierda su brillo y tu cabello se vuelva blanco. Y entonces, al lamentar el paso del tiempo, ¿quién se compadecerá de ti? Aunque guardes tu fidelidad, ¿quién te reconocerá como mujer virtuosa? Deja eso a un lado y respóndeme: ¿no es mejor, estando en este lugar, servir al magistrado que quedar atada a un muchacho ausente?

Chunhyang respondió sin vacilar:

—El leal no sirve a dos señores, y la mujer virtuosa no toma dos esposos. Eso es lo que deseo seguir. Si su orden va en contra de ello, prefiero la muerte. Hagan conmigo lo que juzguen.

En ese momento, uno de los funcionarios intervino con brusquedad:

—¡Escucha! ¡Qué mujer tan insolente! En toda la región no hay belleza como la tuya, ¿y aún te niegas? El magistrado te favorece, eso es lo que ocurre. ¿De qué fidelidad hablas

tú, siendo de origen humilde? Has despedido al magistrado anterior; ahora corresponde recibir al nuevo. Así lo dicta la ley, así lo manda la costumbre. No digas palabras absurdas. ¿Desde cuándo alguien como tú puede hablar de lealtad y de virtud?

Chunhyang, conteniendo la indignación, recobró la voz con serenidad:

—La lealtad y la virtud no distinguen entre alto y bajo. Escuchen bien. También, entre las *gisaeng* ha habido mujeres de honor. Una a una puedo nombrarlas: Nongseon, de Hwanghae, que entregó su vida en el paso de Dongseon; una joven de Seochon, instruida en las enseñanzas de los siete clásicos; Nongae, de Jinju, venerada por su lealtad al reino, honrada en el pabellón de los mártires y recordada con ofrendas cada año; Hwayeol, de Cheongju, cuyo nombre quedó inscrito en los pabellones de honor; Wolseon, de Pyongyang, también honrada entre las virtuosas; Iljihong, de Andong, cuyo nombre fue grabado en la puerta de las mujeres leales y a quien se le otorgó título honorífico. No desprecien a las *gisaeng*.

Chunhyang volvió a hablar, dirigiéndose al magistrado:

—Cuando conocí al joven señor, mi corazón quedó sellado con firmeza, tan inquebrantable como las montañas y el mar. Aunque poseyera la fuerza del gran héroe que mueve montañas, nadie podría arrancarme esta fidelidad. Los grandes consejeros pueden invocar vientos favorables y dominar las corrientes, pero el corazón de una mujer que ha entregado su lealtad no puede doblegarse. En el monte Qi, Xu You⁶⁰ rechazó el poder del mundo y se lavó los oídos

para no oír palabras impuras; en la montaña de Shouyang, Boyi y Shuqi⁶¹ prefirieron morir de hambre antes que alimentarse de lo injusto. Si ellos no hubieran existido, ¿quién hablaría hoy de rectitud? Yo, aunque nacida en condiciones humildes, no desconozco esas enseñanzas. Convertirme en concubina para buscar riqueza y posición... eso es propio de quienes, por ambición, olvidan la justicia. Hagan conmigo lo que juzguen.

El rostro del magistrado se deformó de ira:

—¡Escucha bien! El crimen de rebelión se castiga con la muerte más cruel; burlarse de la autoridad es delito grave; desafiarla abiertamente se paga con castigo y destierro. No llores luego por tu vida.

Chunhyang respondió, firme:

—Y arrebatar por la fuerza a una mujer casada... ¿no es también un crimen?

El magistrado quedó momentáneamente sin palabras, fuera de sí. Golpeó con fuerza la mesa. Su tocado se deslizó, el nudo de su cabello se aflojó, y su voz, quebrada por la furia, estalló:

—¡A esa mujer..., sáquenla de aquí!

Los sirvientes se abalanzaron sobre ella. La tomaron del cabello y la arrastraron sin miramientos.

—¡Rápido! ¡Sáquenla!

Chunhyang se sacudió con fuerza:

—¡Suéltlenme!

La empujaron hacia el patio central. Los guardias, como tigres, como un enjambre que cae de golpe, se arrojaron sobre ella. Su cabello, fino como seda, fue enrollado y tironeado sin

piedad, como marineros que recogen las cuerdas del ancla, como quien enrolla una soga una y otra vez sin detenerse. La arrojaron de bruces. El cuerpo de Chunhyang, delicado como el jade blanco, quedó tendido y golpeado contra la tierra.

A su alrededor, los oficiales se alinearon portando los instrumentos de castigo: varas largas, bastones, azotes.

—Llamen al verdugo.

—¡Aquí está!

El magistrado, fuera de sí, temblaba de ira, sin aliento, con la voz rota:

—¿Para qué perder tiempo con preguntas? No pregunten nada. Átenla al almacén⁶². Rómpanle la carne. Aumenten el castigo.

La alzarón y la sujetaron al almacén de tortura. Las varas, los bastones y los instrumentos de castigo se apilaban debajo de ella, y el ruido seco al golpear el suelo hacía que su mente se nublara.

El verdugo eligió con cuidado la vara: firme, flexible, capaz de quebrarse al impacto. Se descubrió el hombro derecho, la alzó y esperó la orden.

—Ejecuten la orden. Golpeen sin compasión. Que sienta el castigo como corresponde.

El verdugo respondió:

—La orden es terminante. ¿Qué compasión podría haber aquí? No muevas las piernas. Si te resistes, se te romperán los huesos.

Se inclinó, ajustó su postura y murmuró en voz baja:

—Aguenta uno o dos golpes... no hay otra salida. Dobla las piernas... así... y así...

—¡Golpeen!

—¡Ahí va!

El golpe cayó. La vara se quebró con el impacto. Los fragmentos salieron disparados, giraron en el aire y cayeron en el patio. Chunhyang apretó los dientes, giró apenas la cabeza, y trató de contener el dolor que la desgarraba por dentro.

—¡Ay... qué es esto...!

Mientras los alguaciles contaban los golpes —uno, dos, tres—, el castigo formal seguía su propia ley. El verdugo y su ayudante, frente a frente, se alternaban como gallos en combate: uno golpeaba, el otro marcaba; dos golpes, dos marcas. Como quien anota deudas en la pared de una taberna, iban trazando línea sobre línea hasta formar una sola marca interminable.

Chunhyang recibía los golpes, y su voz, temblando pero firme, se alzaba entre el dolor.

Con el primer golpe:

—Mi corazón es uno, indivisible. He entregado mi vida a un solo hombre. Aunque me castiguen, aunque pase un año entero... ni un instante cambiaré.

Con el segundo golpe:

—Conozco el deber de la esposa fiel: la mujer virtuosa no sirve a dos maridos. Aunque muera bajo estos golpes, no olvidaré al joven Yi.

Con el tercer golpe:

—Conozco las tres obediencias y las cinco relaciones⁶³, la ley del cielo y de la tierra. Aunque me destierren o me castiguen, no olvidaré a mi señor de Samcheongdong⁶⁴.

Con el cuarto golpe:

—Un magistrado debe gobernar con justicia, no abusar del poder. ¿No ven el rencor del pueblo de Namwon en los cuarenta y ocho barrios? Aunque me despedacen en cuatro partes, viva o muerta, no olvidaré a mi amado.

Con el quinto golpe:

—Los lazos entre esposo y esposa, tejidos por los cinco elementos⁶⁵ no se rompen aunque los desgarran hilo a hilo. Mi amado, día y noche, siempre en mis pensamientos. Bajo la luna clara de otoño, él está lejos... ¿Vendrá hoy? ¿Mañana? Yo no he cometido falta alguna. ¡No prolonguen este tormento! ¡Ay, mi destino!

Con el sexto golpe:

—Seis por seis son treinta y seis. Aunque me mataran sesenta mil veces, este amor de seis mil palabras, guardado en lo más hondo, no cambiará.

Con el séptimo golpe:

—¿Cuál de las siete faltas⁶⁶ he cometido? Si no he pecado en ninguna, ¿por qué este castigo de siete golpes? Si van a matarme, háganlo de una vez con una espada de siete palmos. No midan los golpes uno a uno... ¡Mi juventud se apaga!

Con el octavo golpe:

—¡Qué destino el mío! Entre todos los magistrados de las ocho provincias, encontré al más cruel. ¿Ha venido a gobernar o a castigar?

Con el noveno golpe:

—Mi corazón se rompe en nueve pliegues, mis lágrimas se vuelven el río de nueve años de inundación. Si pudiera, cortarí los pinos de nueve cumbres, construiría una barca y navegaría rápido hasta la capital, subiría los nueve pisos

del palacio real, presentaría mi queja ante nuestro soberano, y luego buscaría a mi amado en Samcheongdong... solo entonces, quizás, este dolor se aliviaría.

Con el décimo golpe:

—Aunque muera diez veces, aunque me maten cien mil veces, esta determinación de toda una vida no cambiará. Con apenas dieciséis años... ¡qué final tan lamentable!

Pensaron que tras diez golpes cedería. Pero el decimoquinto cayó:

—La luna llena del decimoquinto día se oculta entre nubes; mi amado se pierde en Samcheongdong, en la capital. Luna..., tú que todo lo ves, ¿dónde está él? ¿Por qué yo no puedo verlo?

Creyeron que, tras veinte golpes, caería. Pero al vigésimo quinto, aún habló:

—Como las veinticinco cuerdas de la cítara que vibran bajo la luna de otoño, este dolor no se apaga. Grullas que vuelan, ¿adónde vais? De camino, buscad la ciudad de Hanyang, encontrad a mi señor en Samcheongdong y díganle todo lo que han visto aquí. Díganle que no me olvide.

Con un corazón tan joven, como si se elevara hacia los cielos para suplicar ante el Emperador de Jade⁶⁷, de su cuerpo brotaba sangre y de sus ojos corrían lágrimas. Lágrimas de sangre que, al derramarse, parecían teñir de rojo el agua de algún valle lejano, como la corriente roja del paraíso de los melocotoneros en flor.

Y aun así, en medio de la agonía, murmuró con voz apenas audible:

—No me dejen así... si van a matarme, mátenme de una vez. Despedácenme. Y después de mi muerte, me convertiré en el ave que llama a las almas; junto a los pájaros que lloran en la noche, lloraré en las montañas desiertas, bajo la luna. Cuando mi señor duerma, iré a turbar su sueño...

No pudo seguir. Perdió el sentido.

El verdugo que la sostenía alzó la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos. Los alguaciles, que habían golpeado sin descanso, se apartaron también llorando:

—Esto... esto no lo puede soportar un ser humano...

Los presentes, hombres y mujeres, no pudieron contenerse. Se volvieron llorando:

—Nadie puede ver esto sin que el corazón se rompa...

Firme... demasiado firme era la fidelidad de Chunhyang. Una fidelidad como aquella no parecía propia de este mundo. Y, sin embargo, el magistrado no cedía:

—¿De qué te sirve resistir así ante el tribunal? ¿Qué ganas con esto? ¿Seguirás desafiándome incluso después de todo lo que has recibido?

Chunhyang, medio viva, medio muerta, alzó apenas la voz:

—Señor magistrado..., ¿cómo puede no saber lo que es el amor que resiste un año entero, sin saber si el otro vive o muere? El dolor de una mujer es como la escarcha en pleno verano: hiere en lo más hondo. Si mi espíritu asciende hasta el cielo y presenta esta queja ante nuestro soberano..., ¿cree que quedará sin culpa? Si va a matarme... máteme.

El magistrado, desconcertado, murmuró:

—Esta mujer... no hay manera de razonar con ella. ¡Enciérrenla!

Le colocaron el gran collar de madera⁶⁸ y la sujetaron. La cargaron a la espalda y la sacaron por la puerta principal.

Las *gisaeng* salieron a su encuentro:

—¡Ay, muchacha! ¡Recobra el sentido! ¡Qué desgracia tan terrible!

Le tocaban el cuerpo con cuidado, le aplicaban remedios, llorando unas aferradas a otras. En ese momento apareció Nakchun, alta y desgarrada, entrando con estrépito:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué bien! ¡En Namwon ya tenemos una mártir!

Y corrió hacia ella:

—¡Ay, muchacha..., qué pena das!

En medio de aquel tumulto llegó la madre de Chunhyang, fuera de sí. Se abalanzó sobre su hija y la abrazó con desesperación:

—¡Ay, hija mía! ¿Qué es esto? ¿Qué crimen has cometido para recibir este castigo? Señores, funcionarios..., ¿qué falta ha cometido mi hija? ¿Qué daño ha hecho a nadie? ¡Ay, qué desgracia la mía! Vieja como soy, sin nadie en quien apoyarme... mi única hija...

Su voz se quebraba.

—La crie con esmero, la mantuve en recogimiento, siempre con los libros en la mano, cultivando en el interior del hogar el saber de las mujeres virtuosas. Me decía: «No llore por no tener hijo varón, madre, yo cumpliré ese deber». ¿Qué hijo habría sido más devoto que ella? ¿El hijo filial de Guo Ju y el de Meng Zong⁶⁹ habrían podido superar a mi hija? ¿El amor de una madre distingue entre lo alto y lo bajo?

Se golpeó el pecho.

—No tengo a dónde ir... El corazón se me quema, y mis suspiros se vuelven humo. Kim Beonsu, I Beonsu..., aunque la orden fuera estricta, ¿cómo han podido golpearla así? ¡Mírenla! Sus piernas, blancas como la nieve, están cubiertas de sangre como si fueran tinta roja. En las casas nobles hasta a una hija ciega la aceptarían... ¿Y ella, por ser hija de *gisaeng*, merece esto? ¡Chunhyang, hija..., despierta!

Luego gritó:

—¡Hyangdan! Sal y consigue dos cargadores. Hay que enviar una carta urgente a la capital.

Al oír aquello, Chunhyang, apenas consciente, murmuró:

—Madre..., no lo haga. ¿Qué sentido tendría? Si esa carta llega a la capital y él la ve... no sabrá qué hacer, su corazón se quebrará y enfermará de pena. Eso tampoco es lo que debemos hacer. No diga eso... Lléveme a la prisión.

Cargada a la espalda de un guardia, Chunhyang fue llevada a la prisión. Hyangdan caminaba delante, sosteniendo el extremo del bastón de castigo, y su madre la seguía de cerca, a un paso. Al llegar a la puerta del calabozo, llamaron. El carcelero, adormecido, tardó en reaccionar y finalmente abrió.

Cuando entraron, la celda se reveló en toda su miseria: entre las rendijas de los muros desmoronados se colaba el viento como agujas; las paredes, agrietadas, se deshacían a pedazos; pulgas y chinches invadían el cuerpo sin descanso.

Allí, en medio de aquella oscuridad, Chunhyang comenzó a lamentarse:

—¿Qué crimen he cometido? Si no he robado bienes del Estado, ¿por qué este castigo tan cruel? Si no he dado muerte

a nadie, ¿por qué estas cadenas en el cuello y en los pies? Si no he quebrantado el orden moral, ¿por qué tengo atadas las extremidades? Si no he codiciado lo prohibido, ¿por qué este tormento? Quisiera elevar mi queja al cielo, escribir mi dolor en una hoja de papel azul y presentarlo ante el Emperador de Jade..., pero el anhelo por mi amado me abrasa el pecho. Mis suspiros se hacen viento, y ese viento aviva el fuego que me consume. No tengo salida... ¿Voy a morir así?

»El crisantemo solitario guarda su nobleza; el pino bajo la nieve mantiene su rectitud. Así quiero ser yo. El pino soy yo, el crisantemo es mi amado... y entre ambos solo queda este dolor que brota en lágrimas y se ahoga en suspiros. Si mis suspiros fueran viento y mis lágrimas, lluvia, los enviaría lejos para despertarlo del sueño.

»Gyeonwoo y Jingnyeo, separados por la Vía Láctea, se encuentran al menos una vez al año... pero nosotros, ¿qué río nos separa que ni siquiera puedo oír una sola noticia de él? Así vivo, consumida por el anhelo... mejor sería morir y olvidar.

Su voz se fue apagando, casi en susurro:

—Si muriera, me convertiría en el cuco y lloraría en las montañas para que mi amado escuchara mi voz. O en pato mandarín para volar en pareja y así mostrarle mi fidelidad. O en mariposa de primavera, para rozar su ropa con mis alas perfumadas. O en la luna clara del cielo, para iluminar su rostro cada noche. Con la sangre de mi corazón pintaría su retrato y lo colgaría ante mi puerta, para verlo al entrar y al salir.

Se quebró la voz.

—Mi fidelidad, mi virtud..., todo se pierde aquí. Como jade blanco enterrado en el barro, como hierba aromática confundida entre maleza, como el ave fénix atrapada entre espinas... ¿Es este mi destino?

Pero incluso entonces buscó consuelo en la memoria de los antiguos:

—También los sabios sufrieron sin culpa. Los reyes virtuosos Yao, Shun, Yu y Tang⁷⁰ fueron perseguidos por los tiranos Jie y Zhou, encerrados y humillados... y, sin embargo, la historia los honró. El gran Confucio fue acorralado en los campos desiertos... y, sin embargo, alcanzó la grandeza. Si así fue con ellos..., ¿podré yo sobrevivir y volver a ver el mundo?

Su voz se quebró de nuevo:

—¿Quién resolverá esta injusticia? Mi amado, en Hanyang..., ¿no vendrá? ¿No podrá rescatarme antes de que muera aquí? Las nubes de verano se acumulan sobre las cimas: ¿es que el camino es tan alto que no puede cruzarlo? ¿Vendrá solo cuando los picos del Geumgangsán⁷¹ se vuelvan llanura? ¿Solo cuando el gallo pintado en el biombo bata las alas y cante al alba? ¡Ay, ay, mi vida!

Chunhyang abrió la pequeña ventana de bambú. La luz de la Luna entró en la celda. Sola, levantó los ojos hacia el cielo y habló:

—Luna... tú que iluminas todo el mundo... si puedes ver dónde está mi amado, déjame verlo también a mí. Préstame tu luz, aunque sea por un instante. Dime si está acostado, si está sentado... Dímelo tal como lo ves para aliviar, aunque sea un poco, este dolor que llevo dentro.

—Ay... ay..., ¿cómo he de soportar este rencor?

Así lloraba, hasta que al fin el sueño la venció.

Entre el sueño y la vigilia, todo comenzó a desvanecerse lentamente. Como la mariposa que soñó Zhuangzi⁷², y Zhuangzi que se volvió mariposa, su espíritu, ligero como la lluvia fina, como el viento, como una nube, fue llevado hacia un lugar desconocido. Ante ella se extendían un cielo vasto, montañas de serena belleza y aguas claras. Entre un bosque de bambú que susurraba sin viento, se alzaba un pabellón de tejado curvo, suspendido como si flotara en el aire. Así son los caminos del espíritu: ligeros como el viento, capaces de ascender al cielo y descender a la tierra. Y en ese breve espacio de sueño, Chunhyang recorrió miles de li hacia el norte.

Al mirar al frente, vio una inscripción en grandes caracteres dorados:

Mausoleo de la fidelidad eterna en Hanyang.

Su corazón se agitó. Vagó sin rumbo por aquel lugar. Entonces aparecieron tres figuras femeninas, de una pureza que no parecía provenir de este mundo. Una de ellas sostenía una lámpara: era Nokju, la concubina predilecta del rico Seok Sung⁷³; junto a ella estaban Nongae, la *gisaeng* de Jinju, y Wolseon, la *gisaeng* de Pyongyang. Ellas la guiaron hacia el interior del salón.

Allí, en lo alto, dos mujeres vestidas de blanco la esperaban. Alzaron sus manos con gracia y la invitaron a acercarse. Pero Chunhyang retrocedió un paso y dijo:

—¿Cómo podría una mujer humilde de este mundo atreverse a entrar en un lugar sagrado como este?

La dama insistió varias veces, y Chunhyang, sin poder rechazarla más, subió con cuidado. Le ofrecieron asiento y, una vez sentada, le dijeron:

—Así que tú eres Chunhyang. Admirable, verdaderamente admirable. Hace poco, en el banquete celestial de Yaochi⁷⁴, oí hablar de ti entre las damas con gran insistencia; tu nombre resonaba con tanta fuerza que deseé verte con mis propios ojos. Por eso te he llamado. Pero me inquieta lo que has tenido que sufrir.

Chunhyang se inclinó profundamente y respondió:

—Aunque soy ignorante, he leído algo de los textos antiguos. Pensé que solo después de la muerte podría contemplar rostros tan ilustres. Que hoy me sea permitido estar ante ustedes en este lugar sagrado me llena de reverencia y emoción.

La señora principal habló:

—Nuestro señor, el gran Shun⁷⁵, partió en su última expedición hacia el sur y murió en el monte Cangwu. Nosotras, sin consuelo, derramamos lágrimas de sangre en el bosque de bambú de Xiaoxiang; cada hoja, cada rama guarda nuestro dolor. Las manchas en el bambú que aún hoy se ven son las huellas de nuestro llanto. Durante mil años no hemos tenido dónde desahogar este rencor. Pero al ver tu fidelidad, hemos querido hablarte. Dinos, ¿cuándo se vuelve puro lo que ha sido manchado? ¿Cuándo dejará de soplar el viento del sur sobre las cuerdas del antiguo instrumento? El poema del viento del sur que él compuso aún se transmite hasta hoy.

Mientras hablaban, otra mujer intervino:

—Chunhyang, yo soy Nongok⁷⁶. En otro tiempo viví en Bianzhou, conocida por mi música de flauta de jade. Era la esposa de Xiao Shi. Tras separarnos en el monte Taihua, mi amado ascendió al cielo montado en un fénix, y yo me quedé sola con mi pena. Con la flauta de jade intenté aliviar mi dolor, pero él se fue sin dejar rastro, y desde entonces los melocotoneros florecen cada primavera sobre las montañas y los ríos.

Luego habló otra:

—Yo soy Wang Zhaojun⁷⁷, dama de la corte Han. Fui enviada a las tierras lejanas de los bárbaros del norte, y solo tuve por compañía la hierba pálida y el cielo vasto sin fin. Con una sola melodía de pipa⁷⁸ a caballo, dejé atrás mi rostro juvenil en aquellas tierras. Regresé en espíritu bajo la luz de la luna, errando como un alma sin descanso. ¿Cómo no habría de ser esto un dolor eterno?

Mientras así conversaban, un viento extraño comenzó a soplar desde algún lugar. Las velas vacilaron, agitadas, a punto de apagarse. Algo se precipitó hacia la luz. Chunhyang, sobresaltada, miró. No era del todo humano ni del todo espíritu. Su figura era incierta y difusa, pero su lamento llenaba el aire en todas direcciones:

—Escucha, Chunhyang. No me reconocerás. Soy la consorte Qi⁷⁹, esposa del emperador Gaozu de Han. Tras la muerte de mi señor, la emperatriz Lü, celosa y despiadada, ordenó que me mutilaran: me cortaron los brazos y las piernas, me quemaron los oídos, me arrancaron los ojos, me dieron una poción que me quitó el habla, y me arrojaron

viva al pozo de la letrina. Mi rencor se ha extendido durante mil años... ¿Cuándo podré liberarme de él?

Mientras así lloraban, la señora principal habló con calma:

—Este lugar no es para que permanezcas mucho tiempo. Es un sitio donde los vivos y los muertos se separan, y los caminos divergen. No puedes quedarte más.

Llamó a las jóvenes sirvientas para preparar la despedida. Desde el oriente llegaba el canto de los grillos, como si todo un campo despertara de golpe. Dos mariposas revoloteaban en el aire. Y en ese instante, Chunhyang se sobresaltó y abrió los ojos.

Era un sueño.

Desde entonces los sueños no cesaban. A veces veía caer flores de durazno en la ventana de la prisión; otras, un espejo se hacía añicos ante sus ojos; en ocasiones, un espantapájaros colgaba de la puerta. Cada imagen le parecía un presagio de muerte. Pasaba las noches en desvelo, consumida por la angustia. El canto de los gansos atravesaba la oscuridad y, bajo la luna, su silueta solitaria se recortaba alargada sobre el suelo.

La noche avanzaba. Ya había pasado la tercera vigilia. La lluvia caía sin tregua. Algo crujía en la oscuridad, algo silbaba sin cesar. El viento sacudía las puertas, los aleros vibraban y por todas partes se oían lamentos, como si los espíritus de los muertos vagaran en pena: los de quienes habían muerto bajo los bastones, los de quienes habían perecido con injusticia... Todos llorando desde los cuatro rincones. El sonido de los fantasmas llenaba el aire de la noche.

Dentro de la celda, bajo el techo, en el suelo, en cada rincón resonaban voces:

—Ay... ay...

No había forma de dormir.

Al principio, Chunhyang se aterraba ante esos sonidos. Pero tras oírlos una y otra vez, fue habituándose y terminó por tomarlos como simples ruidos de la noche. Llegó incluso a recitar en voz baja una fórmula de protección, como si quisiera ahuyentarlos:

—¡Malditos espíritus! Si van a llevarme, háganlo en silencio. ¡Dejen ya tanto alboroto!

—*Eomgeupgeup yeo yullyeong sapasoe*⁸⁰.

En ese momento, por fuera de la prisión pasaba un adivino ciego. Si hubiera sido de la capital, habría anunciado su presencia con un «¡pido limosna!», dicho con compostura, pero siendo de aldea, gritaba con voz áspera:

—¡Den caridad! ¡Den caridad!

Chunhyang, al oírlo, dijo:

—Madre, llame a ese ciego.

La madre lo llamó:

—¡Eh, señor! ¡Usted, el que pasa!

El hombre respondió:

—¿Quién me llama?

—Soy la madre de Chunhyang.

—¿Y qué quieren?

—Mi hija, que está en prisión, desea que venga por un momento.

El ciego soltó una risa leve:

—Que me llamen así... no es cosa de todos los días. Voy.

Cuando se dirigía hacia la prisión, la madre de Chunhyang tomó su bastón y lo fue guiando:

—Por aquí, señor. Aquí hay un puente estrecho... y aquí cruza un arroyo. Tenga cuidado al cruzar.

El ciego, decidido, se preparó para saltar el arroyo. Lo intentó largamente, calculando el impulso con cautela, pero al hacerlo no avanzó sino casi en vertical y cayó de lleno en medio del agua.

—¡Ay!

Al intentar salir, apoyó la mano en el suelo... pero la posó sobre excremento.

—¡Ay... esto es... esto es estiércol!

Al levantar la mano para alejarlo, la golpeó con fuerza contra una piedra. El dolor le arrancó un gemido. Se llevó la mano a la boca, sollozando, y de sus ojos ciegos brotaron lágrimas.

—Ay... ay... mi destino... Ni siquiera puedo cruzar un pequeño arroyo sin acabar así. ¿A quién puedo culpar? ¿A quién reclamar? Mi vida... es como vivir sumido en la más completa oscuridad. No distingo el día de la noche, apenas adivino que cambian las estaciones. Llega la primavera y no veo las flores; llega el otoño y no veo los colores. ¿Conozco el rostro de mis padres? ¿El de mi esposa? ¿El de mis amigos? Nada conozco... todo es oscuridad. ¿Es culpa mía por ser ciego... o es culpa del arroyo por estar ahí?

Lloraba sin consuelo.

La madre de Chunhyang, conmovida, dijo:

—Basta ya... no llore más.

Lo lavaron y lo condujeron al interior de la prisión. Chunhyang, al oírlo llegar, se alegró:

—Ay, señor... venga, venga.

El ciego, que había oído hablar de su belleza, sonrió al reconocer su voz:

—Por como sueñas... debes de ser Chunhyang.

—Sí, soy yo.

—Hace tiempo que quería venir a verte, pero la pobreza me lo impedía. Que hoy me hayas llamado... no es por cortesía mía, sino por la tuya.

—¿Cómo dice eso? Dígame, ¿cómo está su salud? ¿Conserva aún la voz?

—Eso no importa ahora. Dime, ¿para qué me has llamado?

—Anoche tuve un sueño inquietante. Quisiera que me lo interpretara... y también saber cuándo vendrá mi señor a buscarme, si mi destino será favorable o adverso. Por eso lo he hecho venir.

—Así que es eso...

El ciego comenzó a preparar sus instrumentos de adivinación y recitó la invocación:

—El año, el mes y el tiempo se elevan hacia el cielo... aunque no sepamos cuándo ni dónde se manifiesta la voluntad divina, cuando se invoca con sinceridad, siempre hay respuesta. Espíritus claros, fuerzas invisibles, escuchen. Los cinco grandes sabios (Fuxi⁸¹, el rey Wen, el rey Wu, el duque de Zhou, Confucio) y sus discípulos: Yan Hui, los cuatro maestros, los diez sabios del salón, Zhuge Liang⁸², Li Chunfeng, Shao Kangjie, Cheng Mingdao, Cheng Yichuan, Zhou Lianxi⁸³, los grandes maestros de todas las edades, aquellos que vieron

lo oculto y comprendieron el destino, respondan a esta consulta. Que descendan los inmortales, que acudan las fuerzas del cielo y de la tierra, los espíritus de los cuatro pilares del año, del mes, del día y de la hora, que todo se manifieste con claridad. En Namwon, provincia de Jeolla, junto al río, vive la leal y virtuosa Seong Chunhyang, que en tal mes y tal día fue encerrada en prisión. Y Yi Mongryong, que reside en Samcheongdong, en la capital, ¿en qué día y a qué hora llegará a esta tierra? Les rogamos que los espíritus divinos iluminen esta consulta.

Sacudió el cilindro con fuerza. Las tablillas resonaron al chocar y cayeron.

—A ver... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Se detuvo un instante y sonrió:

—Ah... esto es un buen signo. Es el hexagrama Geonsan⁸⁴. Al principio parece bloqueado, pero al final se abre: lo pequeño se transforma en grande. Antiguamente, el rey Wu de Zhou obtuvo este signo antes de salir a la batalla y regresó victorioso. ¿Cómo no va a ser favorable? Desde lejos vendrá aquel a quien esperas. Tu esposo regresará pronto y tu pena se disipará. No temas... es un presagio excelente.

Chunhyang respondió:

—Si así ha de ser, me alegraré. Pero dígame también el sentido del sueño que tuve anoche.

—Habla. Dímelo con detalle.

—Vi que el espejo con el que me adornaba se hacía pedazos; vi caer flores frente a la ventana; vi un espantapájaros colgado sobre la puerta; vi derrumbarse una montaña y secarse el mar... ¿No es esto un sueño de muerte?

El ciego guardó silencio un momento, reflexionando, y luego dijo:

—Ese sueño es excelente. Lo que parece ruina es, en verdad, plenitud. La flor cae porque el fruto está por nacer: ¿puede un fruto madurar sin que antes caiga la flor? El espejo roto anuncia un nuevo comienzo: ¿puede romperse un espejo sin hacer ruido? Lo que está colgado sobre la puerta será visto y admirado por todos cuantos pasen. Cuando el mar se seca, se revela el rostro del dragón; cuando la montaña cae, la tierra se allana. Es un sueño de buena fortuna, de doble augurio. No temas. Todo llegará pronto.

Mientras conversaban, un cuervo se posó de pronto en el muro de la prisión y comenzó a graznar.

Chunhyang levantó la mano para espantarlo:

—Maldito pájaro..., si vienes a llevarme, hazlo en silencio.

El ciego la detuvo:

—Espera. Ese cuervo... ¿está graznando *ga-ok, ga-ok*?

—Sí, así es.

—Entonces es buena señal. Ese *ga* suena como el carácter de ‘alegría’, ‘bien’; y ese *ok* suena como el carácter de ‘casa’, ‘hogar’⁸⁵. Significa que algo bueno y alegre llegará pronto a esta casa. Aquel a quien esperas regresará, y tu pena se disipará. No tengas miedo. Ni por mil monedas de oro me iría ahora; prefiero quedarme a ver cómo se cumple todo. Y cuando llegue ese día... no me olvides.

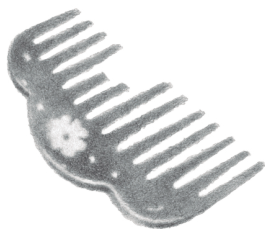
Se levantó.

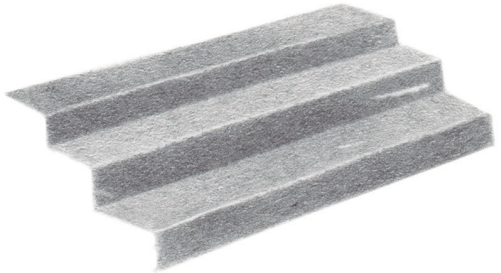
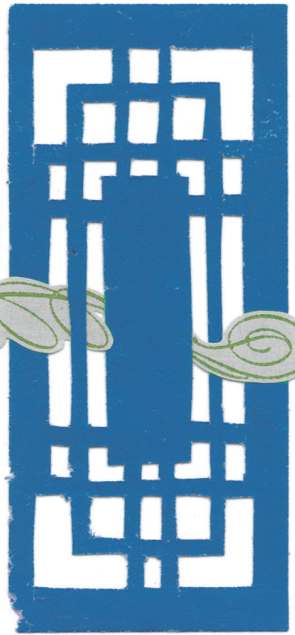
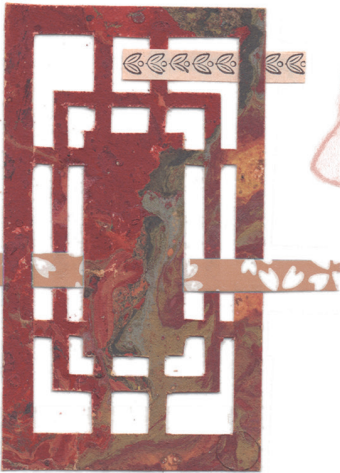
—Me marcho.

—Vaya en paz..., y que volvamos a encontrarnos en días mejores.

Anónimo

Y así, Chunhyang continuó sus días en la prisión, entre suspiros y pensamientos, tan solo esperando.





Sexta parte **El reencuentro**



En aquel tiempo, en la ciudad de Hanyang, el joven Yi se sumergía día y noche en la lectura de los clásicos y de los cien autores. En las letras parecía Li Bai, y en la caligrafía, como Wang Xizhi.

Cuando llegó el gran examen estatal⁸⁶ en tiempos de paz, entró al recinto con los libros aún en el pecho. Miró a su alrededor: innumerables candidatos de todas partes se inclinaban al unísono. Entre la música solemne y refinada, parecía que hasta los loros danzaban en el aire. El Gran Académico eligió el tema y el rey lo concedió. El edicto fue llevado y colgado sobre un paño rojo. Decía con claridad:

La primavera en el palacio de Chundang
es la misma en todos los tiempos.

Al ver el tema, el joven Yi lo reconoció de inmediato. Era un tema en el que había trabajado antes. Desplegó el papel, meditó su respuesta, movió la tinta con calma y, con el pincel cargado, escribió de un solo trazo, siguiendo la elegancia de Wang Xizhi y el estilo de Zhao Mengfu⁸⁷. Los examinadores lo leyeron: cada carácter era digno de elogio, cada frase, de admiración. Su escritura volaba como un dragón y caía

como un ganso en reposo. Era, sin duda, un talento extraordinario. Su nombre fue llamado de inmediato. Tras tres copas de honor, se le otorgó el primer lugar en el examen.

Al salir, llevaba en la cabeza la flor del inspector real; vestía la túnica oficial de color amarillo verdoso y en la cintura ceñía el cinturón ceremonial de plumas de grulla. Tras los tres días de desfile triunfal, rindió homenaje en la tumba de sus ancestros y se presentó ante el rey. El soberano lo hizo llamar personalmente y dijo:

—Tu talento es el primero en la corte.

Y ordenó que se le nombrara inspector secreto⁸⁸ de Jeolla. Era el deseo de toda su vida. Le entregaron el sello de autoridad, la placa de bronce⁸⁹ y la vara de mando. Se despidió del rey y regresó a su casa. Su porte era como el de un tigre en lo más profundo de la montaña. Se despidió de sus padres y partió hacia Jeolla.

Cruzó la puerta sur de la ciudad, tomó caballos de posta en Cheongpa y avanzó sin detenerse: pasó por los mercados y los puentes, cruzó Dongjak, superó Namtaeryeong, descansó en Gwacheon, siguió hasta Sageun y el templo Mireuk, pernoctó en Suwon, pasó por el puente de Daehwanggyo y el mercado de Tteok, siguió por Jinggaewool, descansó en Jinwi, pasó por Chilwon, Sosa, el puente de Aegodari y la estación de Seonghwan, descansó en Cheonan, cambió caballos en Samgeori y Doriteo, pasó velozmente por Deokpyeong y pernoctó en Wonggi, siguió por Palpungjeong, Gwangjeong y Moran, cruzó el río Geumgang en Gongju, descansó en la capital provincial, pasó por los caminos de montaña, Nonsan y Eunjin, y finalmente pernoctó en Yeosan.

Al día siguiente, llamó a sus hombres y dio órdenes severas:

—Tú irás por la ruta oriental: Jinsan, Geumsan, Muju, Yongdam, Jinan, Jangsu, Unbong, Gurye. Recorre esas ocho regiones y preséntate en Namwon el día señalado. Ustedes, por la ruta occidental: Yong'an, Hamyeol, Impi, Okgu, Gimje, Mangyeong, Gobu, Buan, Heungdeok, Gochang, Jangseong, Yeonggwang, Mujiang, Muan, Hampyeong. Reúnanse en Namwon en la fecha indicada. Y tú, encárgate de las demás regiones: Iksan, Geumgu, Taein, Jeongeup, Sunchang, Okgwa, Gwangju, Naju, Changpyeong, Damyang, Dongbok, Hwasun, Gangjin, Yeongam, Jangheung, Boseong, Heungyang, Nagan, Suncheon, Gokseong. Todos sin falta deben llegar a Namwon el día acordado.

Con voz firme como el hielo del otoño, continuó:

—Esta es la primera ciudad de Jeolla. La misión es grave. Si fallan, no escaparán con vida.

Tras dar las órdenes y enviar a cada uno por su camino, el inspector preparó su propio disfraz. Para engañar a cualquiera, se cubrió con un viejo sombrero de bambú desgastado, atado con cuerdas burdas y cintas rústicas; una cinta gastada de cáñamo le ceñía la cabeza. Vestía una túnica raída, ceñida con un cinturón de tela áspera y llevaba en la mano un abanico viejo al que había atado una piña de pino para cubrirse del sol.

Así, bajo ese disfraz de mendigo, emprendió el camino.

Pernoctó en Tongseam, pasó por Hanne y el árbol de gleditsia, contempló el arroyo de Garinnae y el pabellón de Singeumjeong, cruzó velozmente por Supyeong, la puerta norte de Gongbungnu y la puerta oeste, subió a la puerta sur y, al mirar en torno, exclamó para sí:

—Esto es como el sur del gran río.

Contempló los ocho paisajes de Wansan: el unicornio que asoma la luna, la niebla azul del río Hanbyeok, el pabellón de Namgo al atardecer, la luna reflejada en Gonji, el embalse de Dagasa, la recogida de lotos en Deokjin, los gansos que descienden en Bibi, las cataratas de Wibong. Los contempló todos, uno a uno, antes de continuar su marcha.

Mientras avanzaba, los magistrados de cada distrito, al oír que el inspector había sido nombrado, se inquietaban y ordenaban sus asuntos, temerosos de la inspección. Los funcionarios no hallaban reposo: unos revisaban cuentas con prisa, otros huían con el pretexto de diligencias, otros quedaban aturridos, sin saber qué hacer.

En ese momento el inspector llegó a las cercanías de Imsil, en los campos de Guwa. Era la época de las labores agrícolas. Los campesinos, trabajando la tierra, cantaban al unísono:

¡Eh, eh, al compás!
En este vasto mundo en paz,
nuestro rey gobierna con virtud.

En los caminos de las aldeas,
los cantos del pueblo reflejan su gran bondad.
¡Eh, eh, al compás!

Por la virtud del rey Shun,
aramos los campos sagrados en el monte Yishan.
¡Eh, eh, al compás!
Desde los tiempos de Shennong⁹⁰,

la labor del campo se transmite sin fin.
¿Cómo no habría de ser grande?
¡Eh, eh, al compás!

El rey Yu domó las grandes inundaciones
durante nueve años
y nos dejó la tierra en calma.
¡Eh, eh, al compás!

El sabio rey Tang
soportó siete años de sequía
y aun así sostuvo al pueblo.
¡Eh, eh, al compás!

Cultivamos la tierra y,
tras ofrecer tributo a nuestro rey,
¿no habremos de alimentar a nuestros padres
y sostener a nuestras familias?
¡Eh, eh, al compás!

Sembramos cien hierbas
y así conocemos las estaciones;
todas viven y crecen bajo el cielo.
¡Eh, eh, al compás!

¿Qué gloria en el cielo
puede superar a este oficio?
¡Eh, eh, al compás!
Cultivemos los campos del sur y del norte,
vivamos con sencillez y abundancia.
¡Eh, eh, al compás!

El inspector, apoyado en su bastón, se detuvo a escuchar el canto de los campesinos y pensó: «Por aquí la cosecha será abundante...».

Luego volvió la mirada hacia otro lado y vio algo que le llamó la atención. Un grupo de ancianos encorvados se había reunido en un claro, formando un corro. Llevaban sombreros gastados de paja, sostenían azadas en las manos, y cantaban con voz temblorosa:

¡Vayamos, vayamos ante el cielo...!

Si allí nos presentamos,

¿qué dirá de nosotros?

Que los viejos no mueran,

que los jóvenes no envejezcan.

Vayamos ante el cielo.

¡Maldito sea, maldito sea...!

El cabello blanco es nuestro enemigo.

Intentamos detenerlo con la mano derecha,

empujamos, con la izquierda tiramos,

golpeamos la cabellera blanca que se acerca,

retenemos la juventud que se escapa,

la atamos, la apretamos con fuerza...,

pero la juventud se va sola

y el cabello blanco vuelve siempre,

aferrándose a las orejas.

El cabello negro se vuelve blanco:

al alba era hierba verde,

al atardecer ya es nieve.

El tiempo no tiene compasión.

La juventud se escapa una y otra vez...,
¿no es esto la fugacidad de la vida?
Quisiéramos montar caballos de oro
y recorrer las grandes avenidas,
volver a ver las montañas y los ríos,
contemplar la belleza del mundo.
Quisiéramos amar, jugar, vivir...,
pero los ojos se nublan, los oídos se apagan,
y ya no podemos ver ni oír.
Nada queda por conocer.

¡Ay, amigos...! ¡Adónde iremos!
Como hojas de otoño,
caemos uno a uno;
como estrellas que se apagan al amanecer,
desaparecemos en pequeños grupos.
¿A dónde conduce este camino?
Tal vez la vida no sea más que un sueño breve...

Mientras así cantaban, un campesino se adelantó diciendo:
—¡Vamos a fumar, vamos a fumar!

Con el sombrero echado hacia adelante, salió del grupo. Sacó su pipa de piedra, tanteó con los dedos, sacó su bolsa de cuero, escupió un poco de saliva sobre el tabaco, lo amasó con fuerza entre los dedos, lo encendió y aspiró profundamente. El humo salió espeso; sus mejillas se hundían y se inflaban, la nariz resoplaba y el sonido de la pipa era áspero como el de un animal pequeño. El inspector lo observó y aprovechó para preguntar en tono familiar:

—Oye, campesino, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué cosa?

—Dicen que Chunhyang, en este pueblo, se ha entregado al magistrado, quien ha recibido sobornos y ha corrompido al pueblo... ¿Es cierto?

El campesino, encendido de ira, respondió:

—¿De dónde eres tú?

—De donde sea que viva...

—¿Cómo que de dónde sea? ¿No tienes ojos ni oídos? Chunhyang no se ha sometido a nadie; por negarse, ha sido azotada y encerrada. Una mujer así, tan fiel, es rara en este mundo. Y tú, mendigo, hablando de ese modo... Ni mendigar sabrás, morirás de hambre. Y ese tal Yi, o como se llame... desde que se fue, ni una noticia. Con ese comportamiento, ni de funcionario sirve ni de hombre tampoco.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—No deberías hablar así de los demás...

—Hablas como un niño que no sabe nada.

El inspector cortó la conversación y se dio la vuelta:

—¡Bah..., qué vergüenza! Sigán con su trabajo.

—Sí.

Al doblar por un recodo del camino, vio a un muchacho que venía arrastrando un bastón, murmurando entre versos y canciones:

—¿Qué día será hoy? ¿Cuántos días me tomará recorrer los mil li hasta la capital? Si tuviera el caballo veloz que cruzó

el río con Zhao Zilong⁹¹, llegaría en un instante... Pero pobre Chunhyang, pensando en su señor, encerrada en prisión, al borde de la muerte. Y ese noble Yi, sin dar señal de vida..., ¿es ese el deber de un hombre?

El inspector lo llamó:

—Muchacho, ¿de dónde vienes?

—De Namwon.

—¿Y adónde vas?

—A la capital.

—¿Por qué?

—Llevo una carta de Chunhyang a la casa del magistrado anterior.

—Déjame verla.

El muchacho frunció el ceño:

—¡Vaya señor más extraño! ¿No sabe que no se deben leer cartas ajenas, y menos aún cartas privadas?

—Escucha. Se dice que quien viaja comparte el mismo camino. Déjame verla, no pasará nada.

El muchacho lo miró con desconfianza, pero cedió:

—Tiene mal aspecto... pero sus palabras no lo son tanto. Eche un vistazo rápido y devuélvamela.

—Vaya insolente...

Tomó la carta y la abrió. Decía:

Desde nuestra separación no he tenido noticia alguna. Espero que te encuentres bien y en paz. Mi anhelo por ti es profundo. Yo, tu humilde Chunhyang, yacía encadenada en prisión, al borde de la vida y de la muerte.

En la oscuridad de la noche, mi espíritu vaga como si ya hubiera cruzado al otro mundo, visitando el mausoleo de las mujeres leales. No tengo más que una sola verdad: una mujer no sirve a dos hombres. Ignoro si mi vida se salvará o si moriré aquí, junto a mi anciana madre. Dejo todo a tu juicio.

Al final de la carta, había unos versos escritos con sangre:

Desde que partiste, mi vida se divide entre el frío del invierno y el otoño interminable. El viento nocturno sopla como nieve. ¿Por qué permanezco en esta prisión de Namwon?

Los trazos, como alas de ganso que caen en la llanura, aparecían dispersos y temblorosos, y cada uno parecía decir: «¡Ay!». Al leerlos, los ojos del inspector se llenaron de lágrimas. Las gotas cayeron una tras otra.

El muchacho lo miró y dijo:

—¿Por qué llora por una carta ajena?

—Aunque sea ajena... al leer un dolor así, las lágrimas brotan solas.

—¡Si va a llorar, llore en otra parte! Está manchando la carta. Vale quince nyang⁹². Tendrá que pagarla.

El inspector respondió:

—Escucha. Yi yyo somos amigos desde la infancia. Bajamos juntos al sur, pero él se detuvo en Wanyang. Quedamos de encontrarnos en Namwon mañana. Ven conmigo. Lo verás allí.

El muchacho, desconfiado, retrocedió:

—¿Cree que la capital está al otro lado de la colina?

Y se abalanzó:

—¡Devuelva la carta!

Al forcejear, el muchacho notó algo bajo la ropa del inspector: un objeto duro y redondo sujeto a la cintura. Se apartó de golpe, sorprendido:

—¿De dónde ha sacado eso...? Sale un aire frío...

El inspector, en voz baja, le advirtió:

—Si revelas lo que has visto, no conservarás la vida.

Tras decir esto, entró en Namwon.

Subió a una colina y miró a su alrededor. Las montañas eran las mismas de antes. El río, el mismo. Todo permanecía y, sin embargo, todo era distinto.

Bajó por la puerta sur murmurando:

—Pabellón Gwanghan..., ¿sigues en pie? Puente Ojak..., ¿sigues intacto?

El agua clara del río seguía fluyendo junto a la casa de huéspedes donde había atado su burro; las aguas cristalinas donde había lavado los pies en otros tiempos; los anchos caminos verdes que había recorrido de ida y de vuelta; y bajo el puente, mujeres que lavaban la ropa, sentadas en fila, conversando entre ellas:

—¡Ay, qué pena! ¡Qué pena lo de Chunhyang! ¡Qué injusticia...! ¡Qué cruel es nuestro magistrado! Quiso forzarla, pero ella resistió como la roca. ¿Acaso temió la muerte? ¡Y ese Yi...! ¡Qué hombre tan desalmado! ¡Ni una sola noticia ha dado!

Hablaban mientras golpeaban la ropa contra las piedras. El inspector las observó desde lo alto. Su figura, su manera

de hablar, su movimiento al lavar... Parecían salidas de un viejo relato, pero sin su Yang Soyoo⁹³ que las contemplara.

El sol se inclinaba hacia el oeste; las aves buscaban refugio. Entre los árboles distinguió la casa de Chunhyang al este, en lo profundo del bosque de Jangnim. Allí estaba el jardín interior que recordaba con claridad. Y, al fondo, la roca oscura junto a la que se alzaba la prisión donde su Chunhyang lloraba. ¡Qué tristeza! ¡Qué pena!

Al caer la tarde, llegó a su puerta. El anexo se había derrumbado, la casa principal estaba desolada. El viejo árbol de paulownia se alzaba solo, sacudido por el viento, envejecido. Bajo el alero, una garza blanca cojeaba, como si hubiera sido mordida por un perro, con las plumas caídas, dando pasos torpes y emitiendo un sonido lastimero. En el patio, un perro flaco y cansado, que había estado adormecido, levantó la cabeza y, sin reconocerlo, comenzó a ladrar con furia:

—Calla..., no ladres. Soy alguien que pertenece a esta casa. ¿Dónde está tu dueña? ¿Sales tú a recibirme?

Al mirar hacia la puerta interior, vio las palabras que él mismo había escrito antaño: el carácter de ‘lealtad’ aún permanecía, pero el del centro había desaparecido, dejando solo el de ‘corazón’. El papel de primavera, colgado en la entrada con los versos del dragón que asciende, se agitaba al viento del sureste, como si avivara su propia tristeza. Entró.

El patio estaba en silencio. Miren a la madre de Chunhyang: avivaba el fuego bajo la olla de gachas mientras murmuraba:

—Ay, ay, mi pobre hija... Qué cruel, qué cruel es ese Yi. Ha olvidado por completo a mi hija, ni una sola noticia envía. Ay, qué dolor... Hyangdan, ven y aviva el fuego.

Luego salió, se lavó el cabello blanco en el arroyo del patio, lo peinó con cuidado, y colocó un cuenco de agua pura⁹⁴ ante el altar. Se inclinó profundamente y rezó:

—Espíritus del cielo y de la tierra, del sol y de la luna, escuchen mi ruego con un mismo corazón. He criado a mi única hija como a una joya, esperando que honrara a sus descendientes, y ahora, sin culpa, ha sido golpeada y encerrada. No hay forma de salvarla. Compadézcanse y eleven a Yi Mongryong en la capital, para que venga y salve a mi joven hija.

Tras terminar su oración, dijo:

—¡Hyangdan, enciéndeme una pipa de tabaco!

Tomó el tabaco, fumó y suspiró con tristeza, con las lágrimas corriendo por su rostro.

Al ver aquello, el inspector pensó para sí: «Creía que mi ascenso se debía a la virtud de mis antepasados..., pero es por la devoción de mi suegra».

Y dijo en voz alta:

—¿Hay alguien dentro?

—¿Quién es?

—Soy yo.

Entró.

—Soy Yi.

—¿Yi? ¿El hijo del señor Yi de Ipungheun?

—Ah... suegra, ¿de verdad no me reconoce?

—¿Quién eres tú?

—Dicen que el yerno es huésped de cien años... ¿Cómo no me reconoce?

La madre de Chunhyang, sobresaltada, exclamó:

—¡Ay, ay! ¿Qué es esto? ¿De dónde vienes ahora? Hace tanto tiempo que no dabas señales. ¿Has llegado con el viento? ¿Has bajado entre las nubes? ¿Has venido al fin para salvar a Chunhyang? ¡Entra, entra pronto!

Lo tomó de la mano y lo llevó dentro. Lo sentó frente a la luz de la vela y lo observó detenidamente.

Parecía el más miserable de los mendigos.

La mujer, desconcertada, murmuró:

—¿Qué ha pasado contigo...?

—No hay nada que decir. Cuando subí a la capital, mi carrera se truncó, la fortuna de la casa se perdió, mi padre se fue a enseñar a otra parte, mi madre regresó a su familia... Todos se dispersaron. Bajé a ver a Chunhyang, pensando en al menos obtener algo de dinero..., pero al llegar, lo que vi no tiene nombre.

Al oír esto, la madre de Chunhyang estalló:

—¿Qué hombre tan cruel! Desde que partiste no hubo ni una sola noticia, y ahora vienes con estas palabras. Pensé que volverías con buenas noticias, y mira en qué ha quedado todo. Como una flecha disparada o agua derramada... ya no hay remedio. Pero ¿qué será de mi hija Chunhyang?

Se abalanzó hacia él:

—La culpa no es de la nariz... es mía. Pero ni siquiera mi propia suegra me reconoce. El cielo no carece de voluntad: el viento, la tormenta, el trueno y el rayo también obran con designio.

La madre, exasperada, dijo:

—Se ha torcido tanto que hasta habla como un loco.

El inspector, con descaro, dijo:

—Tengo hambre... denme algo de comer.

—No hay comida.

Claro que la había, pero lo decía por enojo.

En ese momento, Hyangdan regresaba de la prisión. Al oír el alboroto, le latía el corazón con fuerza. Entró con cautela, miró de cerca... y reconoció a su antiguo señor. Conmovida, corrió hacia él:

—Hyangdan os saluda. ¿Cómo se encuentra el señor? ¿Y la señora madre? ¿Ha llegado en paz desde tan lejos?

—Sí... y tú, ¿cómo estás?

—Estoy bien, señor... Señora, por favor, no haga eso. Ha venido desde tan lejos..., ¿cómo puede tratarle así? Si la joven señora lo supiera, sería un escándalo. No lo desprecie de ese modo.

Entró en la cocina y preparó lo que había: arroz ya servido, pimientos verdes, encurtidos sazonados, salsa clara y agua fría en un cuenco, todo presentado en una bandeja sencilla.

—No es mucho, pero tome algo primero mientras llega la comida caliente.

El inspector, al verlo, dijo:

—Arroz... cuánto tiempo sin verte.

Sin ceremonia alguna, mezcló todo con la mano, lo amontonó al lado y comió con avidez, como si no hubiera probado bocado en días. La madre murmuró:

—¡Vaya manera de mendigar comida...

Hyangdan, pensando en su señora, no pudo contener las lágrimas y lloró en silencio:

—¿Qué haremos...? ¿Cómo podremos salvar a nuestra joven señora...? ¿Qué será de ella...?

El inspector la miró y dijo:

—Hyangdan, no llores. Una persona de tal virtud... no morirá así. Si su conducta es justa, habrá un día de salvación.

La madre, al oírlo, replicó:

—¡Mira quién habla como un noble!

—¿Por qué estás así conmigo?

Hyangdan respondió:

—No tomen en cuenta las palabras de la señora. Es la pena... al ver lo ocurrido, habla desde el dolor. Por favor, coman.

El inspector tomó el plato, pero su corazón hervía de indignación. No tenía apetito.

—Hyangdan, retira esto.

Sacudió su pipa y dijo:

—Suegra, debo ver a Chunhyang.

—Claro... ¿cómo no habría de verla?

Hyangdan intervino:

—Ahora han cerrado la prisión. Cuando den la señal de la noche, iremos.

En ese momento sonó el toque del anochecer. Hyangdan tomó una bandeja de gachas y un farol, y el inspector la siguió. Llegaron a la puerta de la prisión: no había nadie, todo estaba en silencio, ni siquiera el guardián se veía por allí.

En ese momento, Chunhyang, entre el sueño y la vigilia, veía a su amado: llevaba una corona dorada y vestía la túnica oficial. En su anhelo, se abrazaba a él, desbordando palabras de amor.

—Chunhyang...

Por más que la llamaban, no respondía. El inspector dijo:

—Llámenla más fuerte.

—No es prudente. La prisión está junto al tribunal. Si se oye demasiado, el magistrado podría enterarse. Esperen un momento.

—¿Qué importa eso? Yo la llamaré. ¡Chunhyang!

Al oír la voz, Chunhyang se sobresaltó y se incorporó:

—Ah... Esa voz... ¿Es sueño o es verdad? ¡Qué dulce suena...!

El inspector, conmovido, dijo:

—Díganle que he venido.

—Si le dicen eso, se desmayará. Esperen un momento.

La madre habló primero:

—Hija... recupera el ánimo. Ha venido alguien.

—¿Quién?

—Alguien ha venido.

—Me muero de angustia... Díganme quién. En sueños me encontré con él, le hablé, lo abracé... ¿Acaso ha llegado noticia de mi señor? ¿Ha dicho cuándo vendrá? ¿Ha dejado el cargo para venir? ¡Ay, qué desesperación!

—Tu señor o quien sea... ha venido un mendigo.

—¿Qué dicen? ¿Mi señor ha venido? ¿Lo que vi en sueños lo veré ahora en vida?

A través de la rendija de la puerta, tomó una mano. No pudo decir palabra. Se desmayó.

—¡Ay...! ¿Quién eres? Debe de ser un sueño. ¿Cómo podría encontrarme así con quien tanto he anhelado? Ya puedo morir sin pesar. ¿Por qué fuiste tan cruel? ¿Qué destino el

mío... Desde que partiste, día y noche te he esperado y ahora que mi vida ha llegado a esto, que voy a morir bajo los golpes... ¿Has venido a salvarme?

Tras un largo rato de alegría contenida, al mirar con detenimiento el rostro de su amado, no pudo sino sentir una profunda desolación:

—Señor mío... que yo muera no me causa pena, pero ¿cómo has llegado a este estado?

—Chunhyang, no llores. La vida está en manos del cielo... ¿Cómo habrías de morir?

Chunhyang llamó a su madre:

—Madre... ¿quién, en esta tierra, ha esperado con tanta devoción como yo al señor que partió a la capital, como quien espera la lluvia en los siete años de la gran sequía? El árbol que planté con tanto cuidado se ha quebrado; la torre que levanté con esfuerzo se ha derrumbado. Mi destino es desdichado. Al menos, cuando muera, cumplan mi último deseo.

La voz le temblaba:

—El vestido de seda que llevaba está guardado en el cofre. Sáquenlo, véndanlo y, con ese dinero, háganle ropa digna: una túnica limpia de lino fino de Hansan⁹⁵, un sombrero, un cinturón, sandalias. También hay adornos de jade, una daga de ámbar y anillos de jade en la caja; véndanlos para prepararle todo lo necesario. Yo, que voy a morir pronto, ¿para qué necesito ya nada? Vendan todo lo que queda en los armarios lacados y ofrézcale una última comida como corresponde. Y después de mi muerte... no me olviden. Sírvanle como si yo aún viviera.

Se volvió hacia él:

—Escucha, señor mío. Mañana es el cumpleaños del magistrado. Cuando se emborrache, mandará que me azoten otra vez. Ya me han golpeado tanto que las piernas están hinchadas y apenas puedo moverme. Si entro tambaleándome y caigo, hazte pasar por un sirviente ordinario, cárgame en la espalda y llévame al pabellón Buyongdang, donde nos encontramos por primera vez. Allí, en silencio, vísteme tú mismo con la mortaja. No me quites la ropa. Entiérrame tal como esté, en un rincón soleado. Y si llegas a la gloria..., no olvides este momento. Organiza un entierro digno, llévame a nuestra tierra natal y entiérrame bajo el monte de la familia. En la lápida se graban solo diez palabras: «Aquí yace Chunhyang, que guardó su fidelidad hasta la muerte». ¿No sería eso como la piedra que espera al esposo ausente?⁹⁶ El sol que se pone mañana volverá a salir..., pero Chunhyang, una vez que se vaya, ¿cuándo volverá? Por favor, no manches mi nombre. ¡Ay, qué destino el mío! Mi pobre madre... si me pierde, vagará sola de casa en casa y cuando muera al pie de algún terraplén, las bandadas de cuervos que bajan del Jirisan vendrán a picotearle los ojos, y no habrá ningún hijo que las espante...

El llanto estalló.

El inspector la miró y dijo:

—No llores. Aunque el cielo se derrumbe, siempre hay un resquicio por donde salir. ¿Me conoces y aun así te abandonas a la desesperación?

Se despidió y regresó a la casa de Chunhyang.

Chunhyang, en la oscuridad profunda de la tercera vigilia, había encontrado a su amado por un instante breve

como un relámpago y ahora quedaba de nuevo sola en la prisión, suspirando.

—El cielo no es mezquino cuando da vida a los seres humanos... ¿Qué crimen cometí yo para que, en la flor de mis dieciséis años, despidiera a mi señor, sobreviviera a su ausencia y recibiera este castigo? Meses de prisión, esperando día y noche que llegara... y ahora que al fin lo veo, toda su luz se ha apagado. ¿Qué diría ante los reyes del inframundo si muriera y llegara ante ellos?

El llanto estalló y el cuerpo se debatió entre la vida y la muerte.

El inspector salió de la casa y decidió pasar la noche sin dormir. Se movió en silencio, prestando oído aquí y allá. Al acercarse a la oficina del escribano, oyó a un funcionario que decía a un subalterno:

—Escucha bien. Dicen que el inspector que han nombrado viene de una familia Yi de fuera de la capital. Ese que entró esta noche con una linterna, siguiendo a la madre de Chunhyang... Ese mendigo me parece sospechoso. Cuando el banquete del magistrado esté por terminar mañana, hay que vigilar de cerca. Que no se escape nada.

El inspector lo oyó y murmuró para sí: «Algo saben...».

Fue a otra oficina y escuchó que el jefe de los alguaciles decía a sus hombres:

—Ese anciano que vieron en la prisión... no es una persona ordinaria. Tiene que ser el inspector. Grábense bien su aspecto y abran bien los ojos.

El inspector sonrió para sí: «Tienen buen olfato...».

Pasó también por la sala de los alguaciles. Allí decían lo mismo. Recorrió todas las oficinas y regresó a la casa de Chunhyang para pasar la noche.

Al día siguiente, tras una inspección previa, los magistrados de los distritos vecinos fueron llegando uno a uno: Unbong, Gurye, Gokseong, Sunchang, Okgwa, Jinan, Jangsu... Todos entraron en fila. A la izquierda se alinearon los altos funcionarios, a la derecha, los subalternos y en el centro, el magistrado anfitrión presidía.

Las órdenes no cesaban:

—¡Llamen al encargado de cocina y preparen los banquetes! ¡Sacrifiquen un buey entero! ¡Prohíban la entrada de personas ajenas!

Todo era bullicio y alboroto. Las banderas ondeaban, la música llenaba el aire. Las *gisaeng*, vestidas de rojo y verde, alzaban los brazos y danzaban, y el sonido de los instrumentos se extendía por todas partes. Al verlo, el corazón del inspector se agitaba.

—Oigan, alguaciles, vayan a preguntarle al magistrado que un mendigo llegado de lejos, al encontrarse con tan espléndido banquete, quisiera recibir al menos una copa de vino.

Los alguaciles lo miraron con desprecio:

—¿Quién te crees que eres para decir eso delante de nuestro magistrado? Ni se te ocurra.

Y lo empujaron.

En ese momento, el magistrado de Unbong lo vio y dijo al magistrado anfitrión:

—La ropa es humilde, pero tiene el porte de un joven de buena familia. ¿Qué le parece si lo sentamos al final y le ofrecemos una copa antes de que se vaya?

—Hágalo.

El inspector murmuró para sí: «Bien..., robaré y la culpa caerá sobre ustedes».

Unbong ordenó:

—¡Déjenlo pasar!

El inspector entró y tomó asiento. Miró a su alrededor: todos los magistrados tenían ante ellos mesas abundantes, con música que no cesaba. Al ver la suya, la rabia se encendió: una bandeja rota, hierbas marchitas, frijoles con sus vainas y un cuenco de licor turbio.

De una patada apartó la bandeja, miró de soslayo a Unbong y dijo:

—Me gustaría probar un trozo de costilla.

—Tome todo lo que quiera.

Unbong añadió:

—En un banquete como este, la música por sí sola no basta para la alegría. ¿Qué tal si cada uno compone unos versos?

Todos estuvieron de acuerdo. El inspector dijo:

—Aunque soy un mendigo, de joven aprendí algo de letras. Ante un banquete tan generoso, sería descortés marcharme sin ofrecer unos versos. Me sumo a la propuesta.

Le dieron pincel y papel. Nadie en la sala pudo escribir. Él, pensando en el sufrimiento del pueblo y en la corrupción del magistrado, compuso:

El vino en copas de oro es sangre del pueblo;
los manjares en platos de jade son la grasa de la multitud.
Cuando cae la cera de la vela,

caen también lágrimas del pueblo;
y cuando la música se eleva,
más alto aún se alzan los lamentos.

Así escribió el poema. El magistrado no comprendió su sentido. Pero Unbong, al leerlo, pensó para sí: «Ay... esto es grave».

Cuando el inspector se retiró, Unbong llamó de inmediato a sus hombres y dio órdenes apresuradas:

—¡Rápido, esto es serio! Llamen al encargado de provisiones: que refuerce el almacén. Al de correos: que prepare los caballos. A los de cocina: que aseguren los banquetes. Al carcelero: que vigile a los prisioneros. A los sirvientes: que refuercen las puertas. Al escribano: que revise los documentos. A los alguaciles: que se mantengan en sus puestos.

Todo era un caos. El magistrado, sin entender nada, preguntaba:

—¿Dónde está Unbong?

—Ha salido un momento.

Entonces, ordenó:

—¡Traigan de inmediato a Chunhyang!

Pero en ese instante, cuando el ambiente aún estaba cargado, el inspector hizo la señal. Bastó una mirada a sus hombres.

Los mensajeros corrían de un lado a otro, murmurando en secreto. Los oficiales del inspector se vistieron con rapidez, se ajustaron la ropa y se prepararon con determinación. La ciudad de Namwon entera comenzó a agitarse. Llevaban turbantes de seda sencillos con cintas de raso ne-

gro, nuevos sombreros planos bien encajados, polainas de tres palmos y sandalias nuevas de paja, túnicas y pantalones de tela limpia, y en la muñeca colgaba el garrote de seis aristas con cordón de piel verde. Aparecían aquí y allá, de un lado al otro, y todo Namwon comenzó a zumbar como un avispero.

Entonces, el portador de la placa de autoridad la levantó en alto, brillante como la luna bajo el sol, y gritó:

—¡El inspector secreto está aquí!

El grito retumbó como si montañas y ríos se derrumbaran, como si el cielo y la tierra se volcaran. ¿Cómo no habrían de estremecerse todos los seres vivos?

Desde la puerta sur:

—¡El inspector secreto está aquí!

Desde la puerta norte:

—¡El inspector secreto está aquí!

Desde el este y el oeste, el eco llenó el cielo.

Los funcionarios perdieron el juicio:

—¡Guardias!

—¡Ay, estamos perdidos!

—¡Provisiones!

—¡Me obligaron a hacerlo!

—¡Estoy arruinado!

Los oficiales huían en todas direcciones. Unos olvidaban sus cajas de sellos y cargaban con pastelillos de arroz en su lugar; otros perdían su placa de mando y se cubrían la cabeza con una bandeja; otros sujetaban la vaina de su espada mientras se orinaban del miedo; las puertas se rompían, los tambores caían al suelo. El magistrado, presa del pánico y

sin poder controlar sus intestinos, entró tambaleándose en sus aposentos como un ratón que mira por un agujero.

—¡Qué frío...! ¡Cierren la puerta! ¡Me ahogo de calor... traigan agua!

Mientras tanto, los sirvientes, abandonando las mesas, huían con las tablas en la mano. Los mensajeros del inspector los alcanzaban, los empujaban, los derribaban.

—¡Ay, me muero!

En ese momento el inspector secreto dio la orden:

—Este es el lugar donde el padre del soberano ejercía su autoridad. Prohíban el alboroto y establezcan la sede en la casa de huéspedes.

Tras tomar asiento, ordenó:

—Destituyan de inmediato al magistrado y sellen sus almacenes.

Así fue: el magistrado quedó depuesto y sus almacenes sellados; se fijaron edictos en las cuatro puertas de la ciudad, y el inspector llamó al carcelero:

—Traigan a todos los prisioneros.

Uno a uno fueron presentados. Tras interrogarlos, liberó a los inocentes.

—¿Y esa mujer? —preguntó.

El carcelero respondió:

—Es hija de la *gisaeng* Wolmae. Está encarcelada por haberse rebelado contra la autoridad.

—¿Cuál fue su falta?

—El magistrado la llamó para servirle, pero ella se negó, alegando fidelidad y virtud. Por ello fue acusada de desobediencia.

El inspector dijo con severidad:

—¿Tú, que te aferras a tu castidad y te rebelas contra la autoridad... ¿esperas acaso vivir? Mereces morir. ¿Acaso también desobedecerás mi mandato?

Chunhyang, sin poder contenerse, respondió:

—Cada magistrado que llega aquí se cree justo. Escúchame bien: ¿acaso una roca en lo alto de un precipicio se derrumba por el viento? ¿Acaso el pino y el bambú cambian su esencia bajo la nieve? No pronuncies tales palabras... máta-me de una vez.

Y añadió:

—Hyangdan, mira, mi señor está cerca. Anoche estuvo en la puerta de la prisión y me hizo mil promesas... ¿Dónde está ahora? ¿No sabe que estoy a punto de morir?

Entonces el inspector ordenó:

—Levanta el rostro y mírame.

Chunhyang alzó la cabeza... y vio, sentado en lo alto, al mismo mendigo que había venido la noche anterior. Era él. El mismo hombre. Pero ahora, en el asiento del inspector.

Entre risa y llanto, exclamó:

—¡Ah!, ¡qué dicha! ¡Qué dicha! Mi señor convertido en inspector... Yo, que en Namwon estaba destinada a caer como una hoja en otoño, ahora veo florecer la primavera en la casa de huéspedes. Las flores de peral vuelan con el viento primaveral. ¿Es esto un sueño o la realidad? Temo despertar...

Mientras así se abandonaba a la emoción, su madre entró y, sin poder contener su alegría, comenzó a celebrar a gritos. ¿Cómo describir tanta felicidad? La virtud de Chunhyang brillaba ahora con toda su luz.

El inspector, tras poner en orden los asuntos de Namwon, partió hacia la capital, llevando consigo a Chunhyang, a su madre y a Hyangdan. Su porte era espléndido, y todos los que lo veían no podían sino elogiarlo.

Al despedirse de Namwon, Chunhyang, aunque elevada ahora en honor, no pudo evitar la tristeza de dejar su tierra:

—Pabellón Buyongdang, donde jugábamos y descansábamos, permanece en paz. Gwanghanru, puente Ojak, pabellón Yeongju, permanezcan todos en paz. La hierba verde renace cada año, pero quien se va... ¿volverá? Que todos vivan en paz por siempre. Tal vez no nos volvamos a ver...

El inspector recorrió las provincias de la izquierda y de la derecha, atendió los asuntos del pueblo con justicia y regresó a la capital. Se presentó ante el rey. Los tres altos ministros estaban presentes. Tras examinar su labor y verificar los documentos, el soberano lo colmó de elogios y lo nombró de inmediato consejero del Ministerio de Personal y gran rector de la Academia Nacional⁹⁷.

Y a Chunhyang le fue otorgado el título de Señora de la Rectitud y la Fidelidad⁹⁸.

Tras dar gracias, regresaron a su hogar y rindieron homenaje a sus padres, quienes celebraron la gracia del soberano.

Más tarde, él alcanzó todos los altos cargos del reino, desde ministro hasta gran primer ministro y, tras retirarse, vivió en plena dicha junto a su esposa hasta el fin de sus días. Tuvieron tres hijos y dos hijas, todos inteligentes

y virtuosos, quienes superaron incluso a su padre, y cuya familia continuó elevándose de generación en generación hasta los más altos rangos, dejando su nombre para la eternidad.



Notas

- ¹ *Rey Sukjong*: decimonoveno rey de la dinastía Joseon (r. 1674-1720), conocido por su activo ejercicio del poder y por los conflictos políticos que marcaron su reinado.
- ² *Yao y Shun*: reyes sabios legendarios de la antigua China, considerados en la tradición confuciana el modelo ideal del gobernante virtuoso. Evocarlos era referirse a una época de perfecta armonía y justicia.
- ³ *Gisaeng*: artista profesional de la Corea tradicional, formada en música, poesía y artes de la conversación. Su condición social era compleja y no puede reducirse simplemente a la idea de prostitución.
- ⁴ *Monte Nigu*: montaña en el antiguo estado de Lu (actual provincia de Shandong, China) donde, según la tradición, el padre de Confucio rezó para concebir un hijo. De allí tomó Confucio su segundo nombre, Qiu.
- ⁵ *Yangban*: clase aristocrática de la dinastía Joseon, integrada por familias de letrados y funcionarios. El acceso a los cargos públicos dependía en gran medida del linaje y del dominio de los clásicos confucianos.
- ⁶ *Tres estaciones de primavera*: en la tradición coreana, la primavera se divide en tres períodos: el primero (febrero), el segundo (marzo) y el tercero (abril). El texto alude al segundo o tercero, considerado el más festivo.
- ⁷ *Cuco* (두견새, *dugyeonssae*): ave cuyo canto, en la tradición poética coreana y china, evoca la separación y la melancolía. Se asocia al llanto y al anhelo del ausente.
- ⁸ *Doryeong*: título con que se designaba al hijo joven de un funcionario o aristócrata en la Corea de la dinastía Joseon. Equivale aproximadamente a «joven señor».

- ⁹ *Du Mu, Li Bai, Wang Xizhi*: poetas, calígrafos y escritores de la China clásica, figuras de referencia en la cultura letrada de la dinastía Joseon. Citarlos era señal de erudición y buen gusto literario.
- ¹⁰ *Bangja*: sirviente personal asignado al hijo del magistrado. En la tradición narrativa coreana, el bangja suele ser un personaje de carácter vivo y lenguaje directo, que contrasta con la solemnidad de su amo.
- ¹¹ *Sima Xiangru... río Xunyang*: alusiones a episodios célebres de la biografía o la obra de estos escritores chinos. Sima Xiangru (179-117 a.C.) viajó al sur del reino Han; Li Bai (701-762) frecuentó el río Caixi; Su Dongpo (1037-1101) compuso sus famosas Odas al acantilado Rojo en el río Yangtsé; Bai Juyi (772-846) escribió su poema más famoso, «La balada del laúd», junto al río Xunyang, una noche de otoño.
- ¹² *Rey Sejong*: cuarto rey de Joseon (r. 1418-1450), considerado el monarca más ilustre de la historia coreana. Creó el alfabeto coreano (Hangeul) y fue modelo de gobernante sabio y amante de las letras.
- ¹³ *Pabellón Gwanghan*: pabellón histórico ubicado en Namwon, provincia de Jeolla del Sur. Su nombre evoca el palacio lunar de la mitología coreana y china. Fue construido durante la dinastía Goryeo y ampliado en la época Joseon.
- ¹⁴ *Gyeonwoo y Jingnyeo*: en la mitología coreana y china, dos amantes convertidos en estrellas —Altair y Vega— separados por la Vía Láctea. Se reencuentran una vez al año, el séptimo día del séptimo mes lunar, cuando las urracas forman un puente con sus cuerpos en el cielo. El puente Ojak toma su nombre de esta leyenda.
- ¹⁵ *Dano*: festival tradicional coreano que se celebra el quinto día del quinto mes lunar. Es uno de los cuatro grandes días festivos del calendario coreano. Las mujeres se columpiaban, los hombres practicaban lucha tradicional (ssireum), y se realizaban rituales para ahuyentar los malos espíritus.

- ¹⁶ *Hyangdan*: criada personal de Chunhyang. En la tradición narrativa coreana, es una figura de lealtad y de acompañamiento constante.
- ¹⁷ *Xi Shi, Yu Meiren, Wang Zhaojun, Ban Jieyu, Zhao Feiyan*: mujeres legendarias de la antigüedad china, modelos de belleza y virtud en la cultura letrada de la dinastía Joseon. Citarlas era señal de la más alta alabanza.
- ¹⁸ *Mongryong*: nombre del joven Yi. Los caracteres significan literalmente «dragón en sueños» (mong: 'sueño'; ryong: 'dragón'), lo que explica el presagio de la madre de Chunhyang.
- ¹⁹ *Zhongyong, Daxue, Analectas, Mencio, Shijing, Shujing, Yijing, Guwen Zhenbao, Tongsallyak, Mil caracteres*: textos clásicos del confucianismo chino y coreano que formaban la base de la educación letrada en la dinastía Joseon. Su dominio era requisito para los exámenes de acceso a la función pública.
- ²⁰ *Shijing*: la más antigua antología de poesía china, compilada aproximadamente entre los siglos XI y VII a. C. Su primer poema describe a un noble que anhela a una joven virtuosa, de ahí que el joven Yi no pueda terminarlo.
- ²¹ *Torre de Tengwang*: famoso ensayo del poeta Tang Wang Bo (650-676), considerado una de las obras maestras de la prosa clásica china, célebre por la belleza de sus imágenes.
- ²² *Oda al acantilado Rojo*: dos ensayos en prosa poética del escritor Su Dongpo (1037-1101), escritos durante su destierro junto al río Yangtsé. Son obras cumbre de la literatura clásica china.
- ²³ *Li* (리): unidad de distancia tradicional en Corea y China. Un li equivale aproximadamente a 400 metros. Seiscientos treinta li equivalen a unos 250 kilómetros.
- ²⁴ *Tercera vigilia*: (삼경, *samgyeong*): en el sistema tradicional coreano y chino, la noche se dividía en cinco vigiliass. La tercera vigilia corresponde apro-

ximadamente a la medianoche, entre las once de la noche y la una de la madrugada.

²⁵ *Geomungo*: cítara tradicional coreana de seis cuerdas, considerada el instrumento más noble y refinado de la cultura letrada de Joseon.

²⁶ *Árbol de paulownia* (오동나무): árbol de madera fina y ligera, muy valorado en las culturas coreanas y chinas. Se asocia al ave fénix y a la música, pues con su madera se fabricaban instrumentos de cuerda como el geomungo.

²⁷ *Armarios lacados con nácar*: muebles tradicionales coreanos decorados con incrustaciones de nácar sobre laca negra, considerados objetos de gran valor y refinamiento.

²⁸ *Torre de la Grulla Amarilla*: famosa torre de la ciudad de Wuhan, China, immortalizada por el poeta Tang Cui Hao. Es uno de los lugares más evocados en la poesía clásica china.

²⁹ *Séptimo día del séptimo mes*: festividad conocida en Corea como Chilseok, equivalente al Tanabata japonés. Es la noche en que Gyeonwoo y Jingnyeo se reencuentran al cruzar la Vía Láctea.

³⁰ *Mulan*: heroína legendaria china que se disfrazó de hombre para servir en el ejército en lugar de su padre anciano. Símbolo de fidelidad filial y de un temple inquebrantable.

³¹ *Ritos formales del matrimonio*: en la sociedad Joseon, el matrimonio seguía un estricto protocolo confuciano que constaba de seis etapas rituales. La unión de Yi y Chunhyang carece de estos ritos, lo que subraya su carácter irregular pero sincero.

³² *Porcelana Buncheong*: cerámica tradicional coreana de la dinastía Joseon, caracterizada por su esmalte grisáceo y sus decoraciones espontáneas. Es considerada una de las expresiones más originales del arte cerámico coreano.

- ³³ *Lago Xiaoxiang*: confluencia de los ríos Xiao y Xiang en la provincia de Hunan, China. Lugar de gran resonancia poética en la literatura clásica china y coreana, asociado a la melancolía y la belleza otoñal.
- ³⁴ *Vino de unión*: en la ceremonia matrimonial coreana tradicional, los novios comparten un vino especial como símbolo de su unión. Al llamar a este vino «vino de nuestra unión», el joven Yi convierte el momento en un rito nupcial improvisado.
- ³⁵ *Monje Seongjin y las ocho doncellas*: alusión a la novela clásica coreana *Guunmong* (*El sueño de las nueve nubes*), de Kim Manjung (1687), en la que el monje Seongjin sueña con una vida mundana junto a ocho hermosas doncellas celestiales.
- ³⁶ *Yang Guifei*: concubina favorita del emperador Xuanzong de Tang (712-756), considerada una de las cuatro grandes bellezas de la historia china. Su historia de amor con el emperador y la tragedia que la rodeó son uno de los temas más recurrentes de la poesía clásica china.
- ³⁷ *Los caracteres chinos del amor*: el juego de palabras se basa en los radicales del chino clásico. Los caracteres de ‘tierra’ (土), ‘sombra’ (影) y ‘mujer’ (女) evocan a Chunhyang; los caracteres de ‘cielo’ (天), ‘hombre’ (男), ‘padre’ (父), ‘varón’ (壯) e ‘hijo’ (子) evocan al joven Yi. Unidos, sus trazos forman otros caracteres como ‘bueno’ (好), ‘grato’ (樂) y ‘amor’ (愛).
- ³⁸ *Jongno en Hanyang*: gran campana de la capital de Joseon, la actual Seúl. Se tocaba al amanecer y al anochecer para abrir y cerrar las puertas de la ciudad. Su sonido marcaba el ritmo de la vida urbana.
- ³⁹ *Hogueras de señales*: sistema de comunicación militar de la dinastía Joseon mediante fuegos en cimas de montañas. El número de hogueras indicaba el nivel de alerta. Las menciones a Jilmajae y Namsan corresponden a puntos estratégicos de la red de señales.

⁴⁰ *Signo gyeongshin*: en el sistema calendárico tradicional coreano y chino basado en los diez tallos celestiales y los doce ramos terrestres, el signo *gyeongshin* designa una combinación específica de año, mes, día y hora considerada de especial intensidad energética.

⁴¹ *Jeong (정)*: palabra coreana que expresa el vínculo afectivo profundo entre personas, que va más allá del amor romántico e incluye la lealtad, el apego y la ternura acumulados con el tiempo. No tiene una traducción exacta al español.

⁴² *Palacio Afang*: imponente palacio construido por el emperador Qin Shihuang (221-210 a. C.), el primero en unificar China. Símbolo del poder absoluto y del lujo desmesurado en la tradición literaria china.

⁴³ *Los Seis mártires y los Seis que sobrevivieron*: los Sayuksin (사육신) fueron seis funcionarios de Joseon ejecutados en 1456 por intentar restaurar al rey Danjong, depuesto por su tío. Los Saengnyuksin (생육신) fueron seis que sobrevivieron, pero se negaron a servir al usurpador. Ambos grupos son símbolos de lealtad y rectitud en la tradición coreana.

⁴⁴ *Almirante Yi Sunsin (이순신)*: almirante coreano (1545-1598), considerado uno de los grandes estrategas navales de la historia mundial. Defendió Corea de las invasiones japonesas de Hideyoshi con recursos mínimos, y murió en batalla en el momento de la victoria final. Es una figura de culto en Corea.

⁴⁵ *Los exámenes (과거)*: el *gwageo* era el sistema de exámenes imperiales de la dinastía Joseon, basado en el modelo chino. Aprobarlo era el único camino legítimo hacia los cargos públicos y el prestigio social para los yangban. El proceso podía durar décadas.

⁴⁶ *Soberano Xuanyuan*: nombre del Emperador Amarillo, figura mítica fundadora de la civilización china. Según la leyenda, venció al caudillo

Chiyou en la batalla de Zhuolu gracias a su carro mágico que siempre señalaba el sur.

⁴⁷ *Espíritu errante* (원귀, *wonggwi*): en la tradición coreana, el alma de quien muere con una injusticia o un deseo no resuelto puede convertirse en un espíritu que vaga sin descanso buscando desahogo. Su presencia se consideraba fuente de desgracia para los vivos.

⁴⁸ *Tablillas ancestrales* (위패, *wipae*): placas de madera con los nombres de los difuntos de la familia, conservadas en el santuario doméstico y objeto de veneración ritual confuciana. Transportarlas era un acto solemne reservado a ocasiones formales.

⁴⁹ *Hanyang* (한양): capital de la dinastía Joseon, hoy Seúl. Sede de la corte real y centro del poder político y cultural del reino.

⁵⁰ *Reina Madre del Oeste* (서왕모, *Seowangmo*): divinidad de la mitología china que habita en el monte Kunlun, en el extremo occidente del mundo. Guardiana de las hierbas de la inmortalidad, es figura recurrente en la poesía y narrativa clásica coreana y china como símbolo de lo inalcanzable y lo eterno.

⁵¹ *Cofre de comida* (찬함, *chanham*): recipiente tradicional coreano de varias capas, usado para transportar alimentos. Ofrecer un *chanham* al viajero era gesto de cuidado y afecto.

⁵² *Byeon Hakdo* (변학도): nombre del nuevo magistrado de Namwon y antagonista central de la segunda mitad de la obra. Su nombre se ha convertido en sinónimo de abuso de poder en la cultura popular coreana.

⁵³ *Las tres provincias del sur* (삼남, *samnam*): denominación tradicional de las tres provincias meridionales de la península coreana (Chungcheong, Jeolla y Gyeongsang). Región conocida por su riqueza cultural y artística.

- ⁵⁴ *Tongyeong* (통영): ciudad costera de la provincia de Gyeongsang, famosa por sus artesanías de nácar. Los sombreros lacados con incrustaciones de nácar de Tongyeong eran considerados objetos de distinción y lujo.
- ⁵⁵ *Jeonju* (전주): capital de la provincia de Jeolla y ciudad de gran importancia administrativa y cultural durante la dinastía Joseon. Sede de la oficina provincial.
- ⁵⁶ *Imshil* (임실): población de la provincia de Jeolla situada en el camino entre Jeonju y Namwon.
- ⁵⁷ *Sala de gobierno* (동헌, *dongheon*): edificio principal de la sede administrativa local en la época de Joseon, donde el magistrado despachaba asuntos oficiales y ejercía la justicia.
- ⁵⁸ *Seis departamentos* (육방, *yukbang*): los seis organismos administrativos que gestionaban los asuntos locales en la época de Joseon: personal, finanzas, ritos, guerra, justicia y obras públicas.
- ⁵⁹ *Monte Ami* (아미산, *Amisan*): monte situado en la provincia de Sichuan, China, considerado uno de los cuatro montes sagrados del budismo chino. Su mención en la poesía clásica evoca paisajes de una belleza sobrenatural.
- ⁶⁰ *Xu You*: ermitaño de la antigua China que rechazó el trono que le ofreció el rey Yao y se lavó los oídos en el monte Qi para purificarse de tan indigna propuesta. Símbolo de la renuncia al poder mundano.
- ⁶¹ *Boyi y Shuqi* (백이·숙제): dos hermanos que se negaron a servir a la nueva dinastía Zhou por considerarla ilegítima, y prefirieron morir de hambre en la montaña de Shouyang antes que comer de lo que era injusto. Símbolo supremo de lealtad e integridad en la tradición confuciana.
- ⁶² *Armazón de tortura* (형틀): estructura de madera empleada en la época Joseon para inmovilizar al condenado durante la ejecución del castigo corporal.

- ⁶³ *Tres obediencias y cinco relaciones* (삼강오륜): sistema moral central del confucianismo. Las tres obediencias regulan las relaciones entre el soberano y el súbdito, el padre y el hijo, y el esposo y la esposa. Las cinco relaciones añaden las de hermano mayor y menor, y entre amigos.
- ⁶⁴ *Samcheongdong* (삼청동): barrio residencial del norte de Hanyang, actual Seúl, donde residía la familia del joven Yi.
- ⁶⁵ *Cinco elementos* (오행): madera, fuego, tierra, metal y agua. Sistema fundamental del pensamiento tradicional de Asia oriental para explicar el cosmos y las relaciones humanas.
- ⁶⁶ *Siete causas de repudio* (칠거지악): en la tradición confuciana, las siete razones por las que un marido podía repudiar a su esposa: desobediencia a los suegros, esterilidad, lujuria, celos, enfermedad grave, locuacidad y robo.
- ⁶⁷ *Emperador de Jade* (옥황상제): divinidad suprema de la mitología taoísta, gobernante del cielo y de todos los seres del universo.
- ⁶⁸ *Collar de madera*: instrumento de castigo de la época Joseon. Tabla de madera ancha y pesada que se colocaba alrededor del cuello del condenado para impedirle moverse y someterlo a una humillación pública.
- ⁶⁹ *Guo Ju y Meng Zong*: dos de los grandes ejemplos de piedad filial en la tradición china. Guo Ju estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo para alimentar a su madre anciana; Meng Zong lloró
- ⁷⁰ *Yao, Shun, Yu y Tang*: reyes sabios y virtuosos de la antigua China, modelos del buen gobernante en la tradición confuciana. Jie y Zhou fueron los tiranos que los persiguieron, paradigmas del mal gobierno.
- ⁷¹ *Geumgangsán* (금강산): famosa cadena montañosa del noreste de la península coreana, conocida por sus doce mil picos y su belleza excepcional. Su nombre aparece con frecuencia en la literatura clásica como metáfora de lo imposible o lo inalcanzable.

- ⁷² *El sueño de la mariposa de Zhuangzi*: célebre parábola del filósofo taoísta Zhuangzi, quien soñó que era una mariposa y, al despertar, no sabía si era un hombre que había soñado ser mariposa o una mariposa que soñaba ser hombre. Reflexión clásica sobre los límites entre la realidad y el sueño.
- ⁷³ *Nokju y Seok Sung*: Seok Sung fue el hombre más rico de la China de la dinastía Jin. Nokju era su concubina predilecta, célebre por haberse arrojado desde una torre antes de ser entregada a un poderoso que la reclamaba por la fuerza. Símbolo de fidelidad hasta la muerte.
- ⁷⁴ *Yaochi*: en la mitología china, el lago celestial situado en el monte Kunlun donde la Reina Madre del Oeste celebra sus banquetes para los inmortales.
- ⁷⁵ *Las dos consortes del rey Shun*: Ehuang y Nüying, hijas del rey Yao y esposas del rey Shun. Según la leyenda, al morir Shun en el monte Cangwu, lloraron tanto que sus lágrimas mancharon para siempre los bambúes del río Xiaoxiang. Símbolo eterno de la fidelidad conyugal.
- ⁷⁶ *Nongok*: figura legendaria china, hija del duque Mu de Qin. Casada con el inmortal Xiao Shi, ambos ascendieron juntos al cielo montados en un fénix tras años de práctica espiritual. Símbolo del amor que trasciende este mundo.
- ⁷⁷ *Wang Zhaojun*: dama de la corte del emperador Yuan de Han, considerada una de las cuatro grandes bellezas de la historia china. Fue enviada a las estepas del norte como esposa de un caudillo mongol para sellar una alianza. Su historia es uno de los temas más recurrentes en la poesía clásica china y coreana.
- ⁷⁸ *Pipa*: instrumento de cuerda tradicional chino, similar al laúd, de cuatro cuerdas. Según la tradición, Wang Zhaojun lo tocaba a caballo mientras se alejaba hacia el norte, expresando así su dolor por el destierro.

⁷⁹ *Consorte Qi*: concubina favorita del emperador Gaozu de Han. Tras la muerte del emperador, la emperatriz Lü ordenó que le cortaran los miembros, le quemaran los oídos, le arrancaran los ojos, le dieran una poción que le quitó el habla, y la arrojaron viva a un pozo. Uno de los episodios de crueldad más recordados de la historia china.

⁸⁰ *Eomgeupgeup yeo yullyeong sapasoe*: fórmula de exorcismo popular de la época Joseon, mezcla de caracteres chinos y expresiones chamanistas, cuyo significado aproximado es «En nombre de la ley divina, alejaos los espíritus malignos». Se empleaba como conjuro de protección, valorando más su efecto ritual que su significado literal.

⁸¹ *Fuxi, rey Wen, rey Wu, duque de Zhou y Confucio*: los cinco grandes sabios fundadores de la civilización y del pensamiento confuciano. Fuxi creó los ocho trigramas; el rey Wen desarrolló el I Ching; el rey Wu fundó la dinastía Zhou; el duque de Zhou codificó los ritos y la música; Confucio los sistematizó y los transmitió.

⁸² *Zhuge Liang*: gran estratega y consejero del reino de Shu Han durante el período de los Tres Reinos (181-234). Su lealtad y sabiduría lo convirtieron en el arquetipo del consejero ideal en la cultura de Asia oriental.

⁸³ *Shao Kangjie, Cheng Mingdao, Cheng Yichuan y Zhou Lianxi*: filósofos neokonfucianos de la dinastía Song cuyas enseñanzas sentaron las bases del pensamiento que dominó la dinastía Joseon durante cinco siglos.

⁸⁴ *Hexagrama Geonsan*: Uno de los 64 hexagramas del I Ching (Yijing). Su imagen es la de dos montañas superpuestas, que representan el obstáculo y la perseverancia. Su interpretación augura que las dificultades iniciales darán paso a una resolución favorable.

⁸⁵ *Interpretación del graznido del cuervo*: el graznido *ga-ok* se descompone en dos sílabas con doble sentido: *ga* (佳) significa 'bello' o 'alegre', y *ok*

significa 'casa' u 'hogar'. Es un ejemplo típico del juego de homofonías que caracteriza la adivinación popular coreana de la época Joseon.

⁸⁶ *Gran examen estatal* (과거, *gwageo*): examen de acceso a los cargos oficiales de la dinastía Joseon, basado en el dominio de los clásicos confucianos y la composición literaria. Obtener el primer lugar equivalía al reconocimiento más alto que un letrado podía alcanzar.

⁸⁷ *Zhao Mengfu*: calígrafo y pintor chino de la dinastía Yuan (1254-1322), considerado uno de los maestros más influyentes de la caligrafía china. Su estilo elegante y clásico fue muy admirado en la Corea de la época Joseon.

⁸⁸ *Inspector secreto* (암행어사, *amhaengeo-sa*): alto funcionario enviado de incógnito por el rey para supervisar la administración local y corregir los abusos de los magistrados provinciales. Su identidad se mantuvo oculta hasta el momento de la intervención.

⁸⁹ *Placa de bronce* (나팔, *mapae*): credencial oficial del inspector secreto, grabada con imágenes de caballos que indicaban el número de monturas que podía requisar en las estaciones de posta. Su exhibición pública era la señal de que el inspector había revelado su identidad.

⁹⁰ *Shennong*: figura mítica de la antigua China, considerado el padre de la agricultura y de la medicina herbal. Según la tradición, enseñó a los seres humanos el cultivo de la tierra.

⁹¹ *Zhao Zilong*: general legendario del período de los Tres Reinos de China (siglo III), famoso por su valor y maestría ecuestre. Su nombre evoca en la cultura popular la imagen del guerrero que cabalga a velocidad sobrehumana.

⁹² *Nyang* (냥): unidad monetaria de la época Joseon. Quince nyang era una suma considerable para un mensajero o un campesino de la época.

⁹³ *Yang Soyoo*: protagonista de *El sueño de las nueve nubes* (*Guunmong*), una novela clásica coreana del siglo XVII atribuida a Kim Manjung. Yang Soyoo es el joven letrado que contempla y seduce a ocho beldades mientras asciende en la corte. Su mención aquí es una alusión literaria: las lavanderas evocan escenas de un romance clásico, pero falta el galán que las observe.

⁹⁴ *Agua pura* (정화수, *jeonghwasu*): agua fresca extraída al amanecer y ofrecida ante un altar doméstico como gesto de devoción y plegaria. Era práctica común entre las mujeres coreanas rezar por sus seres queridos.

⁹⁵ *Lino fino de Hansan* (한산 세고시): tejido de ramio de gran finura producido en la región de Hansan, en la provincia de Chungcheong. Era uno de los textiles más apreciados de la época Joseon, símbolo de distinción y calidad.

⁹⁶ *La piedra que espera al esposo ausente* (강부석, *mangbuseok*): roca con forma de mujer que, según la leyenda coreana, es la petrificación de una esposa que esperó durante tanto tiempo el regreso de su marido que terminó convirtiéndose en piedra. Símbolo de fidelidad conyugal absoluta.

⁹⁷ *Consejero del Ministerio de Personal y gran rector de la Academia Nacional*: dos cargos de alta jerarquía en la burocracia de Joseon. El Ministerio de Personal gestionaba los nombramientos oficiales; la Academia Nacional (*Sungkyunkwan*) era la institución educativa suprema del reino, encargada de la formación de los funcionarios confucianos.

⁹⁸ *Señora de la Rectitud y la Fidelidad*: título honorífico otorgado por el rey a Chunhyang en reconocimiento de su fidelidad inquebrantable. En la Corea de la dinastía Joseon, tales títulos eran concedidos a mujeres cuya virtud ejemplar era considerada digna de reconocimiento oficial.

Este libro es una alianza entre:



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad



Apoya:



20.^a
Fiesta del Libro y la
Cultura de Medellín
Travesías de la lectura

Chunhyangjeon

se terminó de imprimir en agosto de 2026
para la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín.

Organiza:



BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO



Alcaldía de Medellín
— Centro de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Biblioteca Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín

Libros publicados

0—Las aventuras de Pinocho
Historia de un títere de madera
Carlos Collodi

1—Los cuentos como son
Rudyard Kipling

2—Y te lleva como el viento
Antología de poemas, rondas y cuentos
Gabriela Mistral

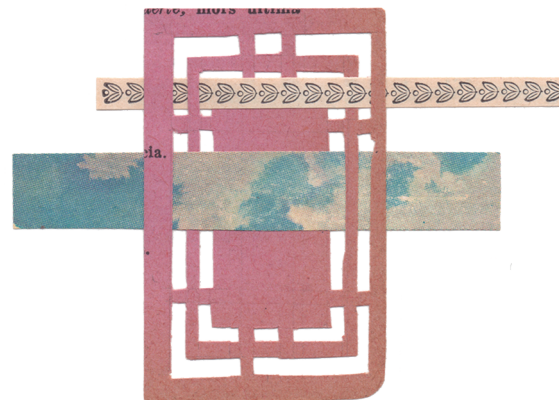
3—Heidi
Johanna Spyri

4—Una habitación propia
Virginia Woolf

5—Las mil y una noches
Anónimo

6—El principito
Antoine de Saint-Exupéry

Grafado



«Espero que te encuentres bien y en paz. Mi anhelo por ti es profundo. Yo, tu humilde Chunhyang, yacía encadenada en prisión, al borde de la vida y de la muerte. En la oscuridad de la noche, mi espíritu vaga como si ya hubiera cruzado al otro mundo, visitando el mausoleo de las mujeres leales. No tengo más que una sola verdad: una mujer no sirve a dos hombres. Ignoro si mi vida se salvará o si moriré aquí, junto a mi anciana madre. Dejo todo a tu juicio».



Chunhyangjeon

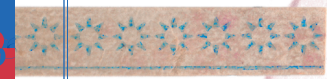
2

Anónimo

Biblioteca Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín

Chunhyangjeon

Anónimo



Samuel Castaño
Ilustraciones

Samil Yang
Traducción

2

Grafado

Samil Yang (traductor)

Presidente de la Fundación Cultural Asia-Iberoamérica (FCAI) y director del Instituto Sejong de Bogotá. Durante más de treinta años ha trabajado en proyectos de intercambio cultural y educación artística entre Corea e Hispanoamérica. Estudió Filosofía y Letras y Ciencia Política en la Universidad de los Andes, Colombia. Actualmente, impulsa proyectos de diplomacia cultural, educación y traducción literaria entre Corea e Hispanoamérica.

Samuel Castaño (ilustrador)

Dibujante y diseñador gráfico. Ha participado como ilustrador en proyectos de literatura infantil y libro-álbum con distintas editoriales, así como en diversos medios. Ha desarrollado proyectos personales alrededor del dibujo, la auto-publicación y la narrativa.